

Francisco L. Urquizo

# La Ciudadela quedó atrás

Escenas vividas  
de la Decena Trágica

Prologado por  
Elías Salas Westphal

 SUMMA MEXICANA

Summa Mexicana es una expresión acuñada por José Rogelio Álvarez para hablar de los trabajos y los días de nuestro país; las distintas formas en que ha sido concebido: sus mitologías públicas y también las íntimas; su historia, sus costumbres, su lengua, su paisaje; tanto sus magnas aventuras como sus mínimos, pero no menos trascendentes afanes. ¿Es posible fijar el significado de la palabra "México"? Summa Mexicana recorre la variedad hospitalaria del nombre que nos define.





LA CIUDADELA QUEDÓ ATRÁS



LA CIUADAELA QUEDÓ ATRÁS  
ESCENAS VIVIDAS DE LA DECENA TRÁGICA

FRANCISCO L. URQUIZO

PRÓLOGO DE  
ELÍAS SALAS WESTPHAL





Primera edición: 2009

Edición: Dirección General de Publicaciones  
del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

© Elías Salas Westphal, por el prólogo

D.R. © 2009 de la presente edición  
Dirección General de Publicaciones  
Av. Paseo de la Reforma 175  
Cauhtémoc, C.P. 06500  
México, D.F.

Coordinador de la colección: Vicente Quirarte  
Diseño de la colección: Antonieta Cruz / Alonso García

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad de la Dirección General de Publicaciones del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Todos los derechos reservados. *Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Dirección General de Publicaciones.*

ISBN 978-607-455-296-6

Impreso y hecho en México

## ÍNDICE

Prólogo, <i>Elías Salas Westphal</i> . . . . .	9
I. . . . .	17
II. . . . .	20
III. . . . .	37
IV. . . . .	44
V. . . . .	47
VI. . . . .	53
VII. . . . .	61
VIII. . . . .	67
IX. . . . .	74
X. . . . .	81
XI. . . . .	88
XII. . . . .	95
XIII. . . . .	102
XIV. . . . .	108
XV. . . . .	115
XVI. . . . .	123
XVII. . . . .	129
XVIII. . . . .	134
Palabras preliminares . . . . .	149



## PRÓLOGO

La Revolución mexicana dio origen a una literatura cuya temática trata sobre los violentos acontecimientos históricos entre 1910 y 1928, en los que además de decenas de miles de combatientes directos, también murieron dos jefes de Estado en funciones y un presidente electo, así como numerosos caudillos y multitud de inocentes ajenos a las armas. Esta literatura se ha manifestado, durante casi 100 años, en una elevada cantidad de textos en todos los géneros: artículos periodísticos, crónica, cuento, novela, poesía, corrido, ensayo, teatro, historia, biografía y memorias; sigue dando de qué hablar y es fuente temática de importantes escritores, no sólo mexicanos.

Dentro de este mar documental, algunas obras subsisten como clásicas al ser continuamente valoradas, generación tras generación, y otras, las menos, son rescatadas y motivo de una revaloración. En este segundo caso se encuentra, con un manojito de virtudes, *La Ciudadela quedó atrás* (1965) de Francisco L. Urquiza (1891-1969).

Su contenido fue cuidadosamente seleccionado, se apega al marco contextual en el que se inserta y sobresale la capacidad del autor de plasmar en pocas palabras lo esencial así como el fino trabajo del artista que nos presenta, con sencillez formal y lenguaje llano, toda una secuencia de acciones con agilidad y tensión dramática en aumento gradual y progresivo que sostienen el libro, evitando que al lector se le caiga de las manos.

*La Ciudadela quedó atrás* es una obra de singular valor histórico y literario. En ella se rescata, con agilidad narrativa y estricto apego a los acontecimientos, uno de los más patéticos episodios de la Revolución mexicana, la llamada Decena Trágica, como es conocido el periodo (entre el domingo 9 y el martes 18 de febrero de 1913) que duró el cuartelazo en el que fue derrocado y artatamente asesinado el presidente de México, Francisco I. Madero, iniciador del movimiento revolucionario que obligó al dictador Porfirio Díaz a dimitir.

Urquizo logra introducirnos en el epicentro de los funestos acontecimientos históricos, tanto en el fragor de las batallas como en la configuración y desarrollo del maléfico plan; a través del relato testimonial del personaje que refiere los hechos como protagonista de la obra. ¿Pero quién es el escritor que nos permite conocer este eslabón fundamental de la historia de México, comprenderlo y compenetrarnos en el conflicto para dilucidar el dramático sentido de los acontecimientos?

Francisco Luis Urquizo Benavides nació el 21 de junio de 1891 en el seno de una familia de afanados agricultores cerca de la ciudad de Torreón, Coahuila. Fue enviado a la ciudad de México para estudiar la secundaria en un prestigiado colegio, el Liceo Fournier,

institución de inclinación humanista que le proporcionó el dominio del francés y los conocimientos básicos para las actividades comerciales.

A la muerte de su padre tuvo que hacerse cargo de los negocios familiares en su tierra natal, pero muy pronto, el 7 de febrero de 1911, optó por integrarse a “la bola” para combatir por la justicia y la libertad al lado de su paisano y vecino, Emilio Madero, en las filas del llamado Ejército Libertador, en el movimiento contra la reelección de Porfirio Díaz. Después de algunas batallas en Durango, alcanzó el grado de capitán de la guardia rural, y el 11 de diciembre de 1911, con recomendaciones de la familia Madero, se integró al ejército federal como subteniente de caballería auxiliar en el Escuadrón de Guardias de la Presidencia en la ciudad de México. Fue testigo presencial de los acontecimientos que se narran en *La Ciudadela quedó atrás*. Luego de los hechos de la Decena Trágica, solicitó su baja del ejército federal y se incorporó al Ejército Constitucionalista, comandado por Venustiano Carranza.

Urquiza fue objeto de los más altos honores militares y también probó en distintas épocas y circunstancias el polvo de la derrota. Debido a la persecución política en su contra, tras el asesinato de Carranza, se autoexilió en Europa. Cuando regresó a México estuvo proscrito del ejército más de 10 años, durante los cuales se ganó la vida como burócrata de la Secretaría de Hacienda en puestos de mediana importancia. Lázaro Cárdenas lo reincorporó al ejército y llegó a ser secretario de la Defensa durante el sexenio de Manuel Ávila Camacho.

Escribió desde temprana edad. Fue un cuidadoso observador de la naturaleza humana y asiduo estudioso de

la historia. Se distinguió tanto por su curiosidad intelectual como por su espíritu de luchador por la justicia, la libertad y la dignidad humana. Esto se refleja en su obra, que consta de novelas, textos de historia, cuentos, crónicas de viaje, ensayos e incluso manuales militares. Está considerado como uno de los mejores novelistas de la Revolución mexicana y se distinguió por ser un escritor documentado y minucioso, que guardaba en forma ordenada sus notas y apuntes, así como por poseer una memoria privilegiada.

*La Ciudadela quedó atrás* es una de las últimas obras narrativas de Urquiza. Publicada cuatro años antes de su muerte, se refiere a hechos presenciales de su juventud, acontecidos cuando el autor tenía entre 20 y 22 años. La lejanía en el tiempo le permitió una perspectiva de neutralidad y compromiso con su conciencia, más allá de cualquier valoración o perspectiva ideológica explícita.

Al acercarnos a esta obra, una de las primeras preguntas que nos surgen es ¿cómo clasificarla? El autor la presenta como *memorias*. Sin embargo, bajo esta modalidad literaria los escritores suelen presentar episodios significativos de su vida, que se constituyen en eje narrativo; no obstante, *La Ciudadela quedó atrás* rebasa este género no sólo porque las anécdotas personales se refieren en exclusiva a un periodo de la vida del autor, sino porque éstas han sido seleccionadas únicamente por su relación con el eje narrativo de la obra, que en este caso no es su vida entera sino la participación del protagonista en la Decena Trágica y su incorporación al Ejército Constitucionalista de Venustiano Carranza para retornar a la ciudad de México con el objeto de redimir el asesinato de Madero, quien días antes de su muerte había

sido obligado a renunciar a la Presidencia de la República. El objetivo entonces era derrotar a Victoriano Huerta, el usurpador. No obstante, Urquiza nunca nos deja ver otras facetas ajenas al eje temático, de la vida de los personajes históricos.

La posibilidad de ubicación de la obra como un texto histórico tampoco es factible, porque, aunque se apega a los acontecimientos y proporciona datos precisos y verificables sobre las acciones de los personajes históricos, estos hechos aparecen en relación con otros, ficticios o incidentales, pero sin pertinencia histórica, y concierne, de manera exclusiva, al establecimiento de la tensión dramática o la recreación de anécdotas personales. Además, Urquiza suele intercalar en el texto comentarios y reflexiones personales, ajenos a los hechos estrictamente históricos.

Con amplitud de criterio podríamos decir que la obra es una tragedia. Su asunto principal está constituido no sólo por la urdimbre de la traición de Huerta contra el jefe de Estado que le otorgó la confianza y jerarquía para defenderlo, sino por la confabulación de aquél con los ambiciosos enemigos del presidente y el embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, así como la alevosa dirección de las fuerzas leales a Madero por parte de Victoriano Huerta para hacerlas caer trampingamente en hecatombes ante el fuego de traidores, con el consecuente desmoronamiento de la capacidad de defensa del presidente; pero este núcleo trágico forma parte de una visión más amplia acerca del movimiento revolucionario, tratada en este texto narrativo.

La obra tampoco parece ajustarse a la modalidad de la biografía, porque si se tratara de la narración de la

vida del autor, ésta quedaría restringida a un pequeño periodo, entre los 20 y 22 años de edad, y en cuanto a sus actividades, se circunscribirían sólo a la faceta militar de su vida. No podría tratarse tampoco, por supuesto, de la biografía ni de Madero ni de Carranza, ya que el tratamiento de dichos personajes resulta incidental.

El más versátil de los géneros narrativos, que admite todas las modalidades y características señaladas, es la novela; es el único género que puede comprenderla cabalmente: incluyendo el exordio de las “Palabras preliminares” y las reflexiones intelectuales del autor. Por ello nos referiremos en adelante a esta obra como una de las mejores novelas de la Revolución mexicana. No se trata de una novela más sobre determinados episodios de la Revolución, sino de la obra literaria más significativa acerca de la Decena Trágica y, sin duda, una de las más representativas del maderismo.

El subtítulo de la novela es *Escenas vividas de la Decena Trágica*. Se halla constituida por un exordio intitulado “Palabras preliminares” y por 18 capítulos. Su contenido está conformado por acciones de progresión lineal en el tiempo. Se basa en los viajes del protagonista, en quien prácticamente se sustenta la voz narrativa (en primera persona y tiempo pasado) a lo largo de toda la novela, con algunas excepciones como las “Palabras preliminares”, algunas acotaciones explicativas y reflexiones intelectuales donde predomina el uso de la tercera persona.

En la novela encontramos cuatro planos de acción perfectamente identificados que giran en torno al eje central de la novela: el asesinato de Madero. El primero de ellos se refiere al viaje que, después de haber comba-

tido en Durango con el ejército maderista antirreeleccionista, el capitán Urquizo, de la policía rural, realiza a la ciudad de México para integrarse a la Guardia Presidencial del presidente Madero. El segundo plano corresponde al meollo conflictivo del asunto, que es la participación del protagonista en los hechos de la Decena Trágica. El tercero trata su regreso al noreste de México y al sur de Texas en busca de su incorporación a las fuerzas de Venustiano Carranza. Finalmente, el cuarto plano de acción narrativa comprende su inserción en el Ejército Constitucionalista y su participación en una importante batalla de la gesta épica que se dirige hacia la ciudad de México, para derrotar al usurpador Victoriano Huerta y restablecer el orden constitucional.

El escritor plantea en los primeros capítulos de la novela las condiciones de la trama, que incitan al lector a continuar con la lectura. Aunque sabemos cuál fue históricamente el desenlace, logra intrigarnos acerca de la manera como sucedieron las cosas. Nos cuenta lo que le ocurrió al ingresar a la Guardia Presidencial y pone sutilmente al descubierto la candidez, ingenuidad y torpeza estratégica del presidente Madero. También recrea algunos aspectos de la ciudad de México de esa época, que van desde el *glamour* de los bailes de la Academia Metropolitana hasta las precarias condiciones de “la juanada”.

Conforme avanzamos en la lectura Urquizo, asumiendo la narración testimonial de los hechos de la Decena Trágica, nos ubica en el centro mismo de la conjura, y las acciones cobran un intenso dramatismo bajo el fuego cruzado entre la Ciudadela y el Palacio Nacional.

La novela cumple cabalmente con una función social: denuncia la deslealtad, la traición, el contubernio y el

oprobio de un grupo de ambiciosos que anhelan el poder a toda costa por encima del honor y la legalidad; suerte que, con diferentes matices, también correría Venustiano Carranza, cuyo asesinato fue tratado por Francisco L. Urquiza en otra de sus obras narrativas: *México-Tlaxcalantongo*.

*La Ciudadela quedó atrás* se caracteriza por la presentación de los sucesos con economía y eficacia expresiva: dice mucho con pocas palabras. El autor rescata lo pertinente, deja sólo lo significativo y nos brinda una obra que sobrepasa su valor narrativo; en ella no interpreta los hechos ni emite juicios sobre las personas. Nos permite comprender mejor las pasiones, bajezas, vicios y debilidades humanas en torno al poder. Amplía la perspectiva de comprensión histórica del movimiento armado, político y social iniciado en 1910; por lo tanto, *La Ciudadela quedó atrás* debe ser considerada como una de las lecturas imprescindibles para conocer y comprender la Revolución mexicana.

*Eliás Salas Westphal*

# I

Tenía entonces veinte años de edad.

Mi padre había muerto dos años antes y yo, el mayor de la familia, quedé al frente de lo que dejaba: unos terrenos por San Pedro de las Colonias, pero allá abajo, en la Laguna de Mayrán. Terrenos buenos cuando las avenidas del río Nazas eran grandes: regaba las tierras de arriba y el sobrante llegaba hasta la laguna, lo cual no ocurría año por año sino de vez en cuando. Entonces se sembraba algodón, trigo y maíz.

En los años de sequía la laguna se iba secando y se convertía en páramo. Sólo el monte de los mezquites quedaba en las orillas y en el llano verdeaba la yerba gobernadora.

La opulencia de un año bueno era seguida de la pobreza de dos o tres malos.

Sin cultivo las tierras por falta de agua, se cortaba leña para vender y se criaban cabras.

El ganado cabruno y las gallinas viven con cualquier cosa.

A aquellos terrenos de Mayrán pomposamente les llamamos Hacienda de la Bética; en realidad sólo era un rancho compuesto de una casa de madera, unos jacales y corrales para el ganado. Frente al rancho la estación de Benavides, del ferrocarril de Torreón a Monterrey, que allí corría día tras día sobre una vía férrea brillante, que era una recta inmensa, que atravesaba las cinco leguas, que medía la laguna y continuaba en su misma rectitud hasta perderse en el horizonte. El humo de las locomotoras durante el día, o sus fanales, en la noche, se percibían desde media hora antes de llegar a la estación.

Vino la Revolución que acaudilló Madero cuando reinaba la sequía. El remolino nos “alevantó” y fuimos rebeldes. Miles de hombres del campo fuimos a la bola.

Pasamos hambre y sed. De cualquier modo se pasaban con la sequía.

Caminamos, corrimos y peleamos. Hombres de campo endurecidos por el trabajo y resistentes para la fatiga, aquello resultaba un bienestar. Teníamos además veinte años; éramos jóvenes y solteros.

Sorpresivamente la victoria llegó.

Ganó Madero y don Porfirio Díaz hubo de irse.

Los rebeldes, unos fueron licenciados y otros quedaron como fuerzas rurales.

Yo había llegado a capitán y mandaba un escuadrón del 229 Cuerpo Rural de la Federación, que comandaba el coronel Orestes Pereyra.

Guarnecemos varias plazas y hasta hicimos una fugaz campaña en Durango contra un brote de descontentos que estaban en favor del general Bernardo Reyes. Los golpes que les dimos en Tepehuanes y en San José de Cañas acabaron con el intento.

El general Reyes se entregó, sin combatir, en Linares, Nuevo León. Reinaba la paz.

Llegó para mí el cambio de vida: de capitán primero de rurales pasé a ser subteniente de la Guardia Presidencial, con gran satisfacción de mi parte y sincera pesadumbre de mis compañeros, a quienes abandonaba.

Me pareció un sueño el camino desde Torreón a México. Dejé mi indumentaria de maderista en casa y, vestido de paisano, me presenté en mi nuevo cuartel, llevando sólo la maleta de mi reducido equipaje y una espada, única cosa que conservé de mis andanzas anteriores.

Era yo el único oficial de la Revolución que ingresaba al ejército de línea; posteriormente ingresaron a la Escuela Militar de Aspirantes de Tlalpan, en calidad de subtenientes en instrucción, el coronel Gregorio García y su ayudante, José de la Luz Ocampo.

Yo tenía un recuerdo vago y agradable de lo que era la Guardia Presidencial; era un recuerdo de la niñez, de cuando estaba interno en el Liceo Fournier: los domingos, cuando salíamos los alumnos de paseo provistos del consabido tostón que nos daban para nuestros gastos del día de asueto, a donde generalmente íbamos era a la Alameda Central; allí, paseando bajo los altos toldos de lona que instalaba domingo a domingo la empresa alquiladora de sillas, oíamos el concierto de la banda de policía y veíamos pasear a la “gente bien” de la capital: caballeros de relucientes chisteras y fúnebres levitas cruzadas; damas con complicadísimos sombreros; cadetes del Colegio Militar de Chapultepec; alumnos uniformados, verde en la cintura, del Colegio de Mascarones, rival del nuestro y con quienes tratábamos de armar

camorra cada vez que se podía; militares con dolmanes de alamares rojos que más tarde supe eran gendarmes del ejército y, lo que más me llamaba la atención, los militares de dolmanes con aplicaciones de color azul y franjas en los pantalones del mismo color. Imperaba en la milicia todavía la moda francesa, y por consecuencia, se usaba el quepis y el pantalón abombado. Aquellos militares de azul me parecían totalmente diferentes a los otros; los veía más buenos mozos, más altos, más marciales. Agradaba a mi vista contemplar aquellos hombres. Por aquel entonces aparecieron unos versos que lograron popularidad; eran dedicados a una chica rubia y decían, entre otras cosas agradables:

... y sus ojos tan azules  
como las franjas que usan  
los guardias presidenciales.

En realidad era un azul atrayente el reglamentario para las franjas y “vivos” del uniforme negro de la guardia. Y si agradaba el uniforme del diario, ¿qué sería el de gala?: penacho, cordones, pantalón blanco, botas de charol, magníficos caballos, etcétera.

## II

Una buena mañana salí de Torreón. Me despedí emocionado de mi madre y de mis hermanos, aún pequeños. No había de volver a verlos sino años después, tras de luchas, miserias y fatigas. Iba yo realmente a comenzar una vida nueva, a tomar definitivamente mi camino.

Aún recuerdo los detalles de mi salida.

El tren acababa de llegar y un sinnúmero de gente pugnaba por bajar de él y otro por subir, con esa ansia que tienen todos los viajeros de llegar cuanto antes y ese temor de perder el viaje, de los que van a partir. Cuando calmó algo la excitación, subí al carro de primera y me acomodé en el primer sitio que encontré vacío. Mi asistente me seguía, y colocó a mi lado la modesta y vieja petaca, herencia de mis mayores, en que traía mi equipaje, el bulto con el capote y la manta y en medio de ambos mi espada, única prenda militar que se distinguía de mi indumentaria.

Eulalio, mi asistente, tal vez por permanecer más tiempo a mi lado, por hacer más larga la despedida, mucho rato estuvo buscando acomodo a mis objetos, y al fin hubo de decidirse por ponerlos bajo mi asiento; después, con toda confianza, nacida del largo tiempo que tenía de andar a mi lado, se sentó cómodamente cerca de mí, se quitó el ancho sombrero, se rascó la melnuda cabellera y medio suspirando me dijo eso que en situaciones semejantes suele decirse por hablar algo:

—¿Con que siempre se va, mi capitán?

Me sonreí, comprendiendo el significado de las palabras del pobre hombre.

—Qué remedio —contesté—, tengo que irme.

Eulalio, mi asistente, se resistía a creer que yo lo abandonara; pensaba sin duda en la campaña que acababa de pasar, en las noches de insomnio en que huyendo del enemigo, superior a nosotros, atravesábamos llanos y sembradíos y ganábamos el monte como única salvación; pensaba quizás en las tristes noches de nuestros campamentos, cuando al amor de la lumbre y tomando

café se narraban anécdotas o cantaban corridos de la tierra; pensaba tal vez en el cariño que se tenían mi caballo el Alazán, y su Borracho, el retinto; en las escaramuzas en que alguna vez estuvimos parapetados tras la misma piedra, haciendo fuego y defendiéndonos del enemigo; pensaba sin duda, que él no había sido mi asistente sino mi compañero, mi amigo más aún, algo como de la familia. Habíamos cruzado las mismas veredas, habíamos comido de las mismas tortillas, habíamos bebido de la misma cantimplora. Pensaba que al irme yo de su lado le faltaría algo; que hasta su caballo, el Borracho, echaría de menos al mío, el Alazán. Pensaba de seguro todo eso y no podría decírmelo por la emoción que sentía al verme, quizá por última vez, y condensaba su sentimiento, su amargura, su reproche cariñoso con sus vulgares palabras:

—¿Conque siempre se va, mi capitán?

—¿Por qué no te vienes conmigo? —le dije, sintiendo cierto remordimiento—; haré que causes alta en la Guardia Presidencial, adonde yo voy.

—Ni modo, mi capitán, ¿no ve que tengo acá mis animalitos, mi siembra, mis muchachos?... Yo no nací para soldado, usted bien lo sabe, yo me metí porque hacía falta; ahora ya no, ¿para qué? Ya conseguimos lo que queríamos, ya don Panchito es nuestro presidente; cuando se ofrezca otra vez, otra vez estaré listo como antes.

En pocas palabras sintetiza Eulalio el sentir del pueblo. Abandonó sus modestos intereses, su familia, su siembra, sus animales, todo cuanto tenía (y que para él era un tesoro) y se fue al monte, y peleó y sufrió; y la intemperie, y el hambre, y el cansancio martirizaron su nervudo cuerpo; y la nostalgia de su jacal y el pensa-

miento de los suyos martirizaron su alma, y todo lo sufrió con resignación, con esa resignación innata de nuestra raza, con esa fe que hace que las causas justas triunfen al fin. Y ahora satisfecho, sin laureles, sin honores regresaba a su hogar, al lado de los suyos que lo lloraron por muerto; en su mismo caballo que lo acompañó en las correrías, con su misma montura vieja, llena de remiendos en los arzones, que ahora le serviría ya no para bélicas andanzas, sino para acarrear el rastrojo de la milpa y los bultos de algodón; con su misma carabina de “doce”, que antes era para los venados en las cacerías por semana santa, y que después sirvió para derrocar una tiranía de treinta años.

El convoy dio muestras de partir y Eulalio se levantó trabajosamente.

—Adiós, mi capitán, Dios le ayude —me dijo, y al abrazarme una lágrima rodó por su tostada mejilla.

—Adiós —le contesté estrechando su garrudo cuerpo, y con intensa emoción agregué—: Acuérdate alguna vez de mí.

—Siempre, mi capitán —me contestó emocionado. Y bajó rápidamente del tren.

Saqué la cabeza por la ventanilla para verlo por última vez, y así permanecí hasta que perdí de vista su ancho sombrero de paja ribeteado de negro que quedaba allá atrás, en la estación de mi pueblo, y que quizá no volvería a ver más.

Lleno de emoción quedé largo rato extasiado.

El tren corría velozmente por la inmensa llanura de la región de La Laguna; los plantíos de algodón pasaban rápidamente por mi vista y al verlos pensé con nos-

talga en mi pasado, en mi vida tranquila de antes de ser soldado.

¡Cuántas veces vi crecer esas pequeñas plantas!, ¡cuántos desvelos al lado de mi padre trabajando para que se desarrollaran sin tropiezo alguno!; ¡cuántos años entre la gente del campo asistiendo a todas sus faenas, animándolos! ¡Cuántas veces deseamos mi padre y yo, por los calurosos meses de junio, una providencial lluvia bienhechora que salvase las labores, amarillentas de sed, decaídas, sin esperanza casi de salvación. ¡Cuántos corazones al unísono del mío oraron al cielo pidiendo la lluvia a tiempo para que no faltara el trabajo a la peonada, y cuántas veces, ¡oh dolor!, la lluvia no vino, y la sequía asoló todo, marchitando las plantas y los corazones.

Después el grito del apóstol, grito de redención y de justicia. Y la peonada aquella, abandonando los arados, marchando a su lado a derrocar una tiranía ignominiosa. El apóstol habló al corazón de la gleba y el corazón respondió, y los gañanes fueron soldados y vencieron, y muchos con su sangre regaron los surcos que antes habían regado con el sudor de su frente.

¡Por qué extraña casualidad vine a realizar un sueño de mi niñez: ser soldado! De la Revolución que triunfaba salía yo para ingresar al ejército de línea, uniformado e instruido; al ejército sostenedor de un gobierno legítimo, emanado de la voluntad popular, y yo pasaba a ser oficial, subteniente de uno de sus mejores cuerpos, la Guardia Presidencial.

Pensando en mi próximo porvenir, en los uniformes que tendría que usar, en el servicio que desempeñaría, en los libros militares que aglomeradamente había leído antes de mi marcha para no hacer un mal papel entre

los militares de profesión, y en cuantos consejos recibí de aquellos que habían sido militares, me quedé dormido.

Apenas llegué a la capital desde luego me encaminé al cuartel del cuerpo en que iba a ingresar. Estaba frente a la plaza de la Ciudadela, en cuyo centro la majestuosa estatua del cura Morelos, el más grande soldado mexicano, se erguía desafiadora e imponente. Edificios de marcado aspecto militar la circundaban. Una larga línea de altas ventanas protegidas por fuertes barrotes de hierro, me indicaba mi futuro alojamiento.

Un sargento correctamente vestido de paño negro, con franjas azul acero, con brillante forniture de charol de donde pende reluciente sable niquelado y con guante calado, estaba en la puerta.

—Dispéñseme —le pregunté—, ¿es aquí en donde se aloja la Guardia Presidencial?

—Sí, señor —me contesta.

—¿Podría hablar con el oficial de servicio?

—Pase usted —y con toda atención me condujo a la sala de estandartes—; dentro de un momento vendrá —agregó.

La sala era una pequeña habitación decentemente amueblada y decorada. Un pequeño escritorio, una máquina de escribir, un sillón giratorio, un ajuar; algunas columnas de madera que sostenían objetos artísticos de bronce; un cuadro de escenas militares con inscripciones en francés: “Antes del combate”, “Después del ataque”, etcétera.

El oficial de servicio llegó a los pocos momentos; era un joven alto y esbelto, vestía un uniforme igual al que había visto al sargento, y en el pecho le adornaban cor-

dones de oro y una condecoración esmaltada que pendía de un listón con los colores nacionales.

—Soy —le dije después de saludarlo—, el nuevo oficial que va a causar alta aquí, según esta orden —y le mostré el oficio de la Secretaría de Guerra que contenía tal ordenamiento.

Leyó el oficial el pliego, y en su cara se notó satisfacción.

—Hace días le esperábamos —me dijo—; sabíamos ya de su ingreso por la orden general de la plaza; no sabe usted cuánto gusto nos da tener un nuevo compañero que nos ayude. El capitán comandante llegará dentro de un momento; antes, si quiere puede venir conmigo para que le enseñe el cuartel.

Causóme gusto la invitación, y sin vacilar le acompañé.

A esa hora la tropa se dedicaba a asear la caballada y el edificio. ¡Qué diferencia de los soldados de dentro al sargento que había visto en la puerta! Éstos vestían quepis blanco, larga blusa de dril crudo y amplios pantalones de igual género. Con largas escobas barrían unos, mientras otros regaban el amplio patio, otros, con útiles de limpia, aseaban la caballada. Hermosísima era ésta; de haberlos visto yo en la calle, nunca hubiera creído que eran caballos de soldados; más parecían, por lo hermosos, destinados a jefes; tan gordos y tan bien cuidados estaban.

Los macheros fueron para mí una sorpresa; no parecía que aquello fuera para alojar animales: perfectamente limpios, cada caballo en su separo, éstos aseadísimos, de madera barnizada, abundante forraje y un pequeño letrero con el nombre del caballo que debía estar allí: El Lucero... El León... El Pavo...

El dormitorio para la tropa, sumamente amplio; cada soldado con su cama fuerte de hierro pintada de blanco

y su cómoda de madera al lado para guardar los objetos de su pertenencia; más parecióme aquello un colegio que un cuartel. El personal era perfectamente seleccionado: hombres todos altos, fornidos, bien parecidos, educados y atentos, revelaban desde luego la magnífica educación que recibían.

—¿Qué le ha parecido? —me interpeló mi acompañante.

—¿Qué quiere usted que le diga? Estoy satisfecho de haber venido aquí; nunca agradeceré debidamente la deferencia que han tenido conmigo mandándome a un cuerpo tan brillante como éste.

Súbitamente se oyó un fuerte choque de acicates que se unen violentamente uno contra otro, hecho por la tropa que estaba en el patio al tomar la posición marcial de “firmes”. Después, todo quedó en silencio.

El oficial me dijo:

—Es el capitán que llega.

En pocos días me puse al corriente de cómo se hacía el para mí nuevo servicio, y de las costumbres de la corporación. Por turno riguroso entre los tenientes y los subtenientes se desempeñaba el servicio de cuartel, de guardia en Chapultepec y escoltas.

El servicio de cuartel era sin duda el más pesado. Comenzaba a las ocho de la mañana, al toque de “asamblea”. El oficial que desempeñaba este servicio recibía el cuartel y la caballada, armamento, etcétera, del oficial saliente y era el responsable ante la superioridad de todo cuanto en el día se hacía en el interior: aseo del cuartel, limpieza de la caballada, instrucción al personal, policía de cuartel, enfermedades de caballos, rondines

nocturnos y en fin, de todo cuanto era la vida diaria del escuadrón.

La guardia en Chapultepec constituía, para la oficialidad, el más deseado servicio; solamente duraba veinticuatro horas y se montaba en la caseta de la entrada a la rampa del cerro; su misión consistía tan sólo en hacer honores al presidente. Así pues, cuando desempeñaba uno este servicio tenía tiempo sobradísimo para leer, escribir y recibir visitas de amistades; además, lo ameno del lugar hacía ver constantemente paseantes en el bosque, oír música y hasta “presumir” un poco con el uniforme de gala.

El servicio de escoltas se hacía todas las noches; consistía en un pelotón de guardias montados al mando de un oficial que se tendía por parejas desde la glorieta de Colón, en el Paseo de la Reforma, hasta el Castillo, y permanecía apostado hasta que el presidente, por conducto de su ayudante de guardia, ordenaba que se retirara. Este servicio tenía por objeto vigilar el trayecto indicado por si el presidente salía por la noche al teatro o a cualquier otra parte. En las largas noches de invierno o de lluvia, era pesadísimo estar de escolta.

Pronto pude desempeñar mi cometido, por haberme preparado convenientemente, con mis nuevos compañeros, y gracias al empeño que tomé para ello. Desempeñé los servicios que me correspondían por “rol”, y algunos extraordinarios de escoltas personales al presidente fuera de la capital. Me acostumbé a la vida del cuartel y le comencé a tomar cariño a la carrera de las armas.

Con mis compañeros oficiales había hecho buenas migas, especialmente con los de mi grado, subtenientes. Vivíamos todos en el cuartel y los subalternos estábamos

alojados de a dos en cada habitación. Mi compañero era Nicolás Martínez; tan luego como el capitán comandante del escuadrón ordenó que yo me alojara a su lado, puso desde luego buena cara y así me lo manifestó, con su habitual franqueza.

—Hombre —me dijo tuteándome con toda confianza—, me alegro que hayas sido tú y no otro; yo también, como tú, soy fronterizo.

—El gusto es para mí, y celebro también la designación hecha, pues usted me pondrá al tanto de los detalles del servicio que todavía desconozco.

—¡Cómo no! Sí, con todo gusto. Empezaré por decirte que los tenientes de aquí son “muy gordos”.

—Pues a mí me han parecido más bien flacos —re-puse yo inocentemente.

—No, hombre —repuso riendo—, si digo “gordos” es por que “traen sables”. ¿No me entiendes tampoco? Pues quiero decirte que son pesados, que abusan mucho de la otra esquiguilla con nosotros los subtenientes; nos fastidian mucho, ¿sabes?

—Sí, sí, ya entiendo.

—Pues ponte “chango”, y sobre todo con el capitán; no he visto cosa igual en mi vida, ni en la escuela eran tan duros.

Un domingo estaba yo de cuartel y Martínez se acercó a mí y me dijo:

—Oye, tú tienes un traje de paisano, ¿verdad?

—Sí, hombre, un azul marino con rayas.

—Pues préstamelo para ir a los toros, porque no se puede ir al sol de uniforme.

—¿Pero, no tienes tú también otro?; yo te he visto algunas veces de paisano.

—Sí, yo tengo el mío y lo voy a llevar; pero he convidado a un compañero del “décimo” y él no tiene, y le quiero prestar el tuyo; a la salida de los toros o mañana a más tardar, lo tienes ya aquí de vuelta.

—No tengo inconveniente, llévalo.

Y vistió al amigo y se fueron a la corrida ambos. Inútilmente esperé mi único traje, y terminó la semana y no pareció más.

—¿Qué pasa con mi trajecito, tú? —le pregunté un día a Martínez, en vista de que ya aquello se estaba olvidando.

—Si vieras —me dice—, estoy muy apenado contigo; el compañero aquel que lo llevaba recibió orden al salir de los toros de incorporarse rápidamente a su regimiento para marchar a Chihuahua y es seguro que se lo llevó; pero no tengas cuidado, cuando tú necesites andar de paisano yo te prestaré el mío; te quedará algo corto pero te puede servir en las noches si llevas abrigo; además, cuando termine la campaña orozquista y venga otra vez el Décimo de Guarnición aquí, le quitaremos tu traje al compañero, y si ya no lo tiene o está en mal uso, le quitaremos algo de su equipo; la pistola, el albardón, o cualquier otra cosa que no tenga empeñada.

No me satisfizo mucho la respuesta de Martínez, pero hube de conformarme al fin, en vista de los hechos consumados.

Otro oficial había, tipo clásico del bohemio militar, que cuando le tocaba el servicio andaba a las carreras consiguiendo todo, pues nada tenía; o lo que tenía, lo tenía pignorado: “Hermanito, tu espada, por favor, préstamela”; “un uniforme de paño, porque me hundo”; “unos cordones, porque me arrestan”; “unos acicates,

unas botas que me vengan bien”; “ayúdenme por favor, me lincha el capitán...” “Hermanos de armas, no me abandonen...”

César Ruiz de Chávez, el teniente más antiguo del escuadrón, era también una buena persona, amigo de los subtenientes y tipo original, a su modo.

Un día me llamó a su habitación, que tenía coquetamente arreglada; foquillos de colores en el chifonier, esencias, multitud de retratos de mujeres y de él en diversas posturas y con diferentes uniformes, pequeña biblioteca, etcétera. Me hizo sentar, me invitó un cigarrillo, me conversó de asuntos mil, y, por fin, me llevó al terreno que quería:

—¿Ya tiene usted uniforme de diario para el servicio de cuartel?

—Ya, mi teniente, me lo mandaron de la sastrería hace una semana.

—Pero ese uniforme nuevo, ¿se lo va usted a poner todos los días?

—Cuando sea necesario únicamente.

—No, no conviene; son carísimos los uniformes y se maltratan mucho con el trajín del servicio de cuartel; úselo solamente para la calle, para el interior del cuartel le hace falta un uniforme viejito, o puede suplirlo con un pantalón de paño y un chaquetín de dril. Casualmente yo tengo aquí uno que le sentaría a usted admirablemente; ahora lo verá.

Y diciendo y haciendo abrió su ropero, y me mostró a la luz de los foquillos eléctricos de su habitación un pantalón de paño de pie a tierra con franjas azules, perfectamente planchado y al parecer en buen estado.

—A mí no me hace falta —agregó—, porque yo tengo

muchos, y a usted se lo puedo dar muy barato; le va a quedar bien con toda seguridad.

Titubeé algo, y al fin me aventuré a preguntarle:

—¿Cuánto vale, mi teniente?

—A usted no le gustaría que yo se lo regalara, como es mi intención, pero se lo voy a dar en cualquier cosa; diez pesos, ¿le parece?

—Arreglado.

Como era día de decena, llevaba yo dinero, y le pagué enseguida. Salí triunfante con mi nuevo pantalón, con la idea de estrenarlo al día siguiente. Me fue imposible hacerlo; el pantalón no era aquel negro que yo había visto la noche anterior, sino que tenía ya un color verde botella de puro viejo; se estaba además deshaciendo, y la polilla amenazaba destruirlo en varias partes. Fui a reclamar:

—Usted mismo lo vio anoche; ¿no le dije que era viejito?; ¿no se lo quiere usted poner?

—La verdad, no.

—Bueno, mándemelo, yo sí lo puedo usar todavía.

Se lo mandé, pero no me devolvió mis diez pesos. Después supe que ese dichoso pantalón lo había vendido ya a todos los oficiales cuando ingresaban, y casi siempre el trato era en idénticas condiciones a la mía: siempre lo mostraba en la noche, a la luz del foco eléctrico, que era como salía más favorecido el pantalón. Irremisiblemente el pantalón volvía a su antiguo dueño y el dinero por lo regular no lo devolvía, invocando a veces la palabra empeñada del camarada, y hasta su “honor militar”, etcétera.

Enrique García, otro teniente, siempre estaba riñendo con su asistente. No había vez que entrara uno a su habitación que no estuviera él indignadísimo con el pobre

asistente, que se disculpaba de alguna pequeña falta cometida, y regañaba durante horas enteras. Enrique no podía ni verlo del coraje que le tenía al pobre soldado, ni éste a su jefe, de quien decía entre sus compañeros tontería y media; parecían enemigos irreconciliables: un odio mortal manifestaban tenerse uno al otro, y sin embargo, cuando se trataba de hacer algún daño a cualquiera de ellos, estaban prontos ambos a defenderse mutuamente hasta lo indecible; ninguno de los dos toleraba que se hablase mal del otro; sólo ellos podían hacerlo.

César Felipe Moya era también subteniente del escuadrón; lo conocía yo desde mi pueblo, en que estuvimos juntos en la escuela primaria. Era sobrino del revolucionario Luis Moya, muerto en la toma de Fresnillo, Zacatecas, de donde era oriundo también César, quien había seguido la carrera militar, estudiando y graduándose en la Escuela Militar de Aspirantes. César era un magnífico militar: fuerte, enérgico y admirable jinete.

El capitán segundo Jesús Loreto Howell era el segundo comandante y tenía a su cargo el detall del escuadrón. Había salido del Colegio Militar de Chapultepec, destinado a artillería como teniente táctico, pero con grande afición por los asuntos hípicas, había pasado a caballería, y después de una estadía en Fort Raley, de los Estados Unidos, perfeccionándose en equitación, había ingresado a la Guardia Presidencial. Era una persona culta, bien educada, atenta y de aspecto distinguido, parecía un norteamericano.

¡Ah!, pero el bueno, el alma de la corporación, era el capitán primero Manuel M. Blázquez.

El capitán comandante era enérgico, sumamente enérgico; no toleraba el menor descuido en el servicio,

en el comportamiento del personal, tanto en su vida oficial cuanto en la privada, o en el debido y correcto uso de las prendas del uniforme. Los oficiales secundaban al capitán admirablemente, y los sargentos y cabos, quizá con sus inferiores, en los menores detalles.

El capitán comandante tenía una soberbia presencia: alto, más bien delgado, mirada penetrante, bigote erguido y una magnífica voz de mando que repercutía imponente en los muros del cuartel, atemorizaba en la instrucción en el campo e imperaba del Castillo de Chapultepec al Palacio Nacional, mandando al escuadrón cuando daba escolta al presidente.

¡Qué magnífica presencia y qué voz la del comandante!

Su vida la constituía esencialmente aquel escuadrón de Guardias de la Presidencia que mandaba; era la prolongación de él mismo. Su satisfacción más grande se la daban sus amigos o compañeros cuando alababan su escuadrón, y sus dolores de cabeza más fuertes se los proporcionaban, asimismo, las deficiencias que él encontraba o creía encontrar en los componentes del mismo. El escuadrón era su orgullo y pesadilla.

Cuando llegaba al cuartel, su presencia en él se hacía notar por la primera voz que daba, y todo era silencio y actividad; actividad silenciosa.

Regaños para todo el mundo; acuartelamiento para los oficiales, y arrestos y plantones para la tropa.

Cuando por alguna circunstancia no iba al cuartel, era el teléfono el que transmitía sus instrucciones terminantes. El teléfono era también una prolongación de su persona e infundía casi tanto temor el repiqueteo del timbre del aparato como la voz del capitán:

—Habla el comandante del escuadrón. Tome usted nota: que el subteniente fulano quede acuartelado cuatro días por andar en las calles de San Francisco sin los guantes calados; ocho días de arresto para el sargento mengano por llevar el calzado desaseado; que el guardia perengano quede en la policía del cuartel por quince días por traer en la calle la gorra a media cabeza; que el teniente H. quede acuartelado cuatro días por llevar dragona de gala en la espada con el uniforme de guarnición; cuatro días a fulano, cuatro días a mengano; cuatro días...

A los “señores oficiales” les guardaba la deferencia de no arrestarlos, sino de “acuartelarlos”.

El escuadrón era una máquina de precisión absoluta. Tantos minutos para equiparse; tantos minutos para armarse; tantos minutos para ensillar y montar.

Los disparos de salva eran de una precisión absoluta: el disparo de las noventa carabinas parecía como si fuera uno solo. Se imitaba también, con las carabinas, el fuego de una ametralladora, y quien no viera a los soldados disparar sus armas, seguramente creería que era un arma automática la que estaba disparando.

Con los caballos se hacían maravillas: volteo, cuadri-longo, pirámides, carreras cosacas, carrusel, marchas de costado o hacia atrás; medias vueltas sobre las manos o sobre las patas de los animales, y en las marchas al trote inglés se llevaba el compás de igual manera que la infantería lleva el paso.

El capitán estaba al tanto de la vida privada de cada uno de sus subalternos, y cuando sabía de algo incorrecto se lo decía claramente al interesado, delante de todos, el día de la instrucción a caballo que él daba personalmente. Allí era donde más alarde hacía de su portentosa voz.

Alguna vez supo de un guardia que no se manejaba bien con sus padres, y al primer error que cometió en la instrucción le gritó:

—¡Mal hijo! ¡Mal hijo! ¡El que es mal hijo no puede ser buen soldado! ¡Para esto había de ser bueno, talísimo, y no para manejarse mal con sus padres!

Otra vez supo de uno que le agradaba jugar albuques con la baraja y le gritó:

—¡As de copas en la puerta! Para esto había de ser bueno, no para los albuques.

Al sargento primero, cuando anduvo torpe, le gritó:

—¿Dónde tuve yo la cabeza cuando lo hice a usted sargento primero?

—¡Señor oficial! ¡Salte usted el obstáculo; no importa que se rompa las piernas!

—Señor oficial! ¿De veras es usted oficial? ¡Yo no quiero oficiales redrojos!

—¡El caballo quiere hacer el movimiento y el señor que va arriba no lo deja! ¡Es más inteligente el animal que el otro animal que lo monta!

A un guardia, de quien supo que le gustaba el pulque, le gritaba:

—¡Borracho! ¡Borracho de pulque! ¡Y no lo paga!

A un guardia, recluta aún que se salió de la línea, le gritó:

—¡Lárguese! Váyase con todo y caballo y con todo y arma. No lo quiero ya. Váyase a su casa con todo y todo. ¡Pinacate fregado!, por no decirle una mecada.

A veces iba al teatro por la noche, y si al salir de la función con algún amigo suyo le ponderaba su escuadrón, lo llevaba a aquellas horas al cuartel para demostrar la eficiencia de la gente a su mando.

Llegaba con su amigo al cuartel, tomaba las novedades del oficial del servicio y ordenaba que el trompeta de guardia tocara “levante” y “botasilla”. El personal que dormía, como si fuera el cuerpo de bomberos que corre a sofocar un incendio, volaba de las camas, se calzaba las botas, armábase y corría a los macheros a ensillar y montar. El capitán, reloj en mano, contaba los minutos ante los ojos absortos de su acompañante.

Cuando el escuadrón estaba montado y formado en el patio, el capitán, satisfecho, le decía a su amigo:

—¡Lo ve usted! ¡Exactamente siete minutos!

Y después, satisfecho, le ordenaba al oficial de servicio:

—Mande usted desensillar y que la fuerza descanse.

Era duro, enérgico, molesto; pero mandaba a gente que teníamos veinte años de edad, que todo lo tomábamos por el lado más agradable de la vida. Hasta parecía gracioso todo aquello.

### III

Cuando yo ingresé al escuadrón de Guardias Presidenciales imperaba, en uniformes y costumbres, la moda alemana: casco niquelado con moharra o *gerbuch* para gala, caponas y fornituras doradas, guerrera, pantalón de montar de piel blanca y botas de charol. Consecuentemente con la indumentaria, usaba, quien lo tenía, el bigote al estilo káiser. Las actitudes de la tropa y de los oficiales eran garbosas, de una petulancia manifiesta; había la idea de demostrar fuerza y energía. Al cuadrarse un guardia ante un oficial, juntaba los pies con fuerza, haciendo estrépito con sus acicates, al mismo tiempo

que levantaba su mano hacia su visera de la gorra y se erguía altanero con la mirada penetrante.

La voz constante de los oficiales en cualquier acto del servicio, siempre era la misma: “¡fibra!, ¡fibra!, ¡más fibra!”

Reinaba una disciplina prusiana en el cuartel. Más que un escuadrón del ejército era aquello una escuela de cadetes. Aseo esmeradísimo en el edificio, en las personas, en los caballos. Aseo desde el toque de diana hasta el de silencio. Aquellos hombres que se veían por la calle pulcramente presentados cuando andaban francos, en el interior del cuartel trajinaban, con largas blusas de dril y quepis enfundados, barriendo con tupidas escobas o derramando el agua por las baldosas del patio; llevaban algunos, eso sí, en previsión de la salida a la calle, la bigotera puesta para conservar la rigidez del bigote kaiseriano.

El servicio era sencillo, rutinario: una guardia fija en la entrada de la rampa de Chapultepec; una escolta montada, noche tras noche, sobre el Paseo de la Reforma; parejas de servicio como ordenanzas en Palacio, y rondines en las terrazas del Castillo, durante la noche.

Con la disciplina exagerada que reinaba en la corporación, el capitán era un ser tan elevado, que no tenía a bien descender a intimar con ningún oficial. Los tenientes se llevaban seriamente entre sí, y sólo los subtenientes éramos la gente alegre del escuadrón: César Moya, Martínez Luna y yo. Pocos meses después de mi llegada, ascendía Moya, y en su lugar fue un jovencito recién salido de la Escuela Militar, Bernardo Pérez.

Nuestra vida fuera del servicio era de una monotonía un tanto agradable: la comida casera en compañía de camaradas de hospedaje en la honorable casa en que

generalmente nos asistían. Al caer la tarde, un recorrido a pie por las calles de San Francisco, a la hora del desfile de los carruajes de la aristocracia, con su correspondiente estacionamiento en el Salón Rojo o en El Globo; por la noche, una tanda en el Teatro Principal.

Nuestro cuartel, vetusto caserón sin apariencia alguna exteriormente de tal, estaba situado precisamente enfrente de la Ciudadela; en la contraesquina estaba la imprescindible cantina de un español, de Ángel el asturiano, mezcla confusa de cantinero, pelotari y tahir; amigo grande de todos nosotros y protector nuestro de vez en cuando, con préstamos monetarios un tanto interesados. Su cantina tenía un reservado y era aquél un punto estratégico de citas amorosas. Tenía un rival Ángel, y éste era don Manuel Pérez, español y también montañés, cantinero, etcétera, que tenía su establecimiento ubicado una cuadra más adelante que Ángel, en la esquina del jardín Carlos Pacheco, en la calle de Revillagigedo. Don Manuel servía mejor, era más fino, más diplomático; sabía obsequiar una copa a tiempo, invitar una comida, un puro, lo que se ofreciera.

Los ponches calientes en la madrugada de los días de guardia, los tomábamos siempre en la cantina de Ángel, que a esa hora ya estaba levantado y abierto su negocio; don Manuel era para el aperitivo del mediodía o para la copa de la tarde.

Recuerdo aquellos meses de la Guardia Presidencial con agrado. Eran el principio de la vida aventurera de años después. Estábamos todavía en México en una tranquilidad tan grande, tan imperturbable, que hacían que el hombre soñador se diera al romanticismo. Allí, durante las largas noches de guardia o en las tardes lluvio-

sas, comencé a emborronar mis primeras cuartillas; cuentos aquellos que no tenían más lectores que mis tres compañeros de grado. Algunas de aquellas producciones más tarde llegaron a publicarse y aun reproducirse en periódicos extranjeros: “El Cuache”, el perrito prieto del escuadrón que nos seguía a todas partes; “Somnolencia”, recuerdos tristes del hogar ausente; “Julietta”, la niña que acechaba mi paso a la casa de huéspedes en que tomaba mis alimentos, la niña que quería que yo fuera su novio porque le gustaban los militares de franjas azules.

Estábamos en la época en que los oficiales de artillería de Tacubaya daban gallo a las novias tocando guitarras y cantando “Virgencita del alma, pura y bohemia”; en la época de los regalos de flores, de cartas románticas en prosa rimada y de pleitos con los rivales en las esquinas.

¡Tiempo dichoso de bohemio militar, de juventud pasada!

El personal del escuadrón era seleccionado y constituía un triunfo pertenecer a él, pues la selección no sólo consistía en los antecedentes de la conducta del individuo, sino hasta en la presencia del mismo. El equipo era magnífico; el armamento de lo mejor, y la caballería, soberbia.

Usaba el personal un uniforme que lo distinguía de las demás corporaciones del ejército: el de diario, de paño azul-negro con franjas azul celeste en el cincho de la gorra, en las marruecas de la guerrera y en el pantalón; botonadura dorada y dobles sardinetas doradas en el frente del cuello. Los oficiales usaban cuatro sardinetas doradas en las bocamangas y cordones de hilo de oro como el Estado Mayor Especial de entonces, y la tropa

llevaba las insignias de sargento primero en color azul igual que el de las franjas; acicates dorados para la oficialidad y niquelados para la tropa en el zapato de charol con el pantalón pie a tierra, o en las botas de charol negro se llevaban con el pantalón de montar.

El uniforme de gala se componía de casco alemán niquelado, con moharra o con *gerbuch* de cerda blanca, según la ceremonia a que se asistiera fuera más o menos importante. Los guantes de cabritilla blancos se cambiaban, con el uniforme de gala, por manoplas también blancas y con ancho puño que cubría parte del antebrazo. La oficialidad llevaba caponas, bandolera y cinturón dorados, pistola reglamentaria y espada; la tropa, caponas, bandolera y cinturón de cuero blanco; pistola, sable y carabina. Pantalón de montar blanco para todos y botas de charol. Se montaba en albardón inglés con bolsas delanteras, maletín de paño en los colores del uniforme y las bridas de los caballos eran de cuero color café con aplicaciones de color blanco en el frontal y en el pecho-pretal.

La tropa, para las faenas en el interior del cuartel, o para la instrucción diaria, usaba ropa de dril blanco crudo con quepis enfundado y blusa amplia suelta para las fajinas, que se anudaba para los ejercicios.

La disciplina era admirable. Más que un escuadrón del ejército parecía aquello una escuela militar.

Un día nos encontramos en la calle a un compañero de César Moya, teniente ya y comisionado como instructor del regimiento en que prestaba sus servicios. Después de charlar un poco se empeñó en llevarnos a su cuartel para que viéramos cómo había logrado prodigios con sus soldados.

—Verán ustedes —nos decía—, son unos teutones. No les piden nada a sus Guardias Presidenciales.

Efectivamente así era, pero ¡en qué forma!

Cuando llegamos a su cuartel y formó a su tropa, a la indiada aquella cogida de leva por el interior del país, pudimos apreciar lo que habían aprendido.

Parecían monos, animales amaestrados ante su domador.

Yo veía diariamente la instrucción de nuestros guardias, instrucción dura y enérgica, pero hecha con muy buena voluntad por el personal escogido que teníamos, personal voluntario, bien comido y fuerte. Aquello era totalmente diferente: infelices indios de mirada triste, de semblante amarillento a causa de la vigilia obligada por la rapacidad del coronel del cuerpo, gente sin ánimo, presa en un cuartel de altos muros infranqueables; gente sin zapatos, en huaraches, para dejar aquéllos únicamente para las formaciones; en calzones para no gastar los pantalones, por igual motivo; con grotescos chacós de cuero de suela embetunados de negro y enfundados en la tela blanca. Fantoques humanos, monos de circo haciendo gracias bajo el azote del saltimbanqui audaz.

Nuestro compañero, con toda la “pose” de un instructor alemán, daba las voces de mando con la misma entonación con que antes se las diera a él el mayor López Figueroa, en la escuela de Tlalpan.

Era exigente, sumamente exigente con sus soldados. Cuando observaba que no se ejecutaban los movimientos con precisión y energía requeridas, lleno de ira se lanzaba hacia el soldado torpe y le abofeteaba la cara, insultándolo soezmente. Para él no tenía ninguna importancia la madre de aquellos infelices y las blasfemias eran cosa corriente en su lenguaje.

Los soldados aquellos marchaban, marchaban, daban flancos, hacían todo cuanto se les ordenaba, maquinalmente, inconscientemente. De igual manera matarían también a sus hermanos, los demás indios, los libres, los no cogidos de leva.

Los domingos veía pasar por las calles a las juanadas de los cuarteles. Iban por media calle como si fueran presos, custodiados por oficiales y por sargentos armados de sables y de pistolas. Iban contentos; casi siempre, cogidos de las manos de sus viejas, de sus compañeras de sufrimiento; comían cañas o naranjas, y paseaban satisfechos.

Los oficiales temían mucho aquel servicio; recibían a los soldados contados a la salida del cuartel como si fueran animales, y debían de entregarlos de igual manera a su regreso. Desgraciado del oficial que le faltaba uno; menudo lío se le armaba con la deserción, ya tenía para rato en actas y declaraciones, y no era lejano el caso de apечugar con un proceso.

¡Pobres Juanes! Juan Soldado, carne de cañón de todos los tiempos; pedestal para encumbrar a grandezas no siempre grandes; alma y nervio de los ejércitos que han sido. Héroe ignorado, anónimo trabajador del campo arrancado del arado para defender una tiranía. Sufrido Juan, malaventurado Juan. Producto ignominioso de las levas de Santa Anna, de Miramón, de Márquez, de Porfirio Díaz, de Huerta.

Juan, soldado desconocido en todas las luchas, alma del pueblo, paria no redimido, eres tú la fuerza de la raza, la nacionalidad, el nervio; el porvenir de la patria está en tus brazos fuertes, endurecidos por el trabajo

noble del campo, del taller o de la mina; tú eres el cimiento mejor de una dulce y de una suave patria nueva, remozada y robusta.

#### IV

Allá en el norte brotó la Revolución como una hoguera gigantesca. Pascual Orozco desconoció al gobierno con todas las fuerzas que bajo su mando guarnecían el estado de Chihuahua; lo secundaron en La Laguna las fuerzas que mandaba Sixto Ugalde, a quien desconocieron y abandonaron para seguir a Benjamín Argumedo. Chéché Campos levantó a sus peonadas y miles de rebeldes brotaron por toda la región. Allí andaban José Campa, el Indio Mariano; Hesiquio Barhosa, Escajeda, Luis Murillo, aquel antiguo cabo de serenos de Torreón y, después, “capitán primero, primer ayudante del Primer Regimiento de Caballería de La Laguna”. Muchos de aquellos camaradas maderistas peleaban contra nosotros con mucha más intensidad que antes lo hicieron. Vinieron los combates, las batallas; el desastre del general González Salas, la salida de Huerta con la poderosa División del Norte; Rellano, Bachimba.

Una tarde en que me encontraba franco de servicio, haciendo uso de la prerrogativa que me daba el uniforme de la Guardia, fui a Chapultepec y me hice conducir por el elevador hasta el último piso del Castillo, hasta el patio de las grandes terrazas en que solía estar a aquellas horas, descansando, el presidente Madero. Como me lo suponía, estaba solo.

Con aquella sonrisa de niño bueno que tenía constantemente en su rostro agradable, me saludó afectuosamente, levantándose de la silla de mimbre en que reposaba.

—¿Cómo te va? ¿Cómo has estado?

Me tuteaba desde que me conoció, allá en San Pedro de las Colonias, Coahuila, nuestro pueblo de origen.

—Muy bien, señor presidente, para servir a usted.

—Siéntate; charlaremos un rato; puedo hacerlo ahora.

—Siéntese usted, señor presidente, y permítame, se lo suplico, estar de pie a su lado.

—Bueno, bueno. Ya veo que estás hecho un militar de veras. ¿Estás contento?

—Estoy muy contento por estar a su lado. Creo que he aprovechado el tiempo que llevo en el ejército y quisiera ser mucho más útil a usted.

—¿Quieres irte a otra parte?

—Si hace falta a su servicio, sí, señor; si no, solamente le pido me escuche, en bien de usted mismo, salvando en esta ocasión el conducto debido que militarmente debería de ser.

—Sí, hombre, dime todo lo que quieras, pues no faltaba más.

—Esta Guardia Presidencial que usted tiene es la misma que escoltó a don Porfirio, es gente de él, formada por él y a quien deben todo. Yo soy el único madeirista que ahí está...

—Es gente leal, no te quepa la menor duda.

—¿No cree usted que pudiera ser conveniente, pre-  
viendo cualquier cosa, que fuera yo a Torreón y esco-  
giera siquiera unos treinta hombres de aquellos que  
anduvieron con nosotros antes, de los de don Emilio

Madero, y que vinieran a incorporarse a la Guardia para mayor seguridad de la persona de usted?

—No hace falta, hombre; ¿para qué? Yo no tengo ningún temor.

—¿Sabe usted? Fuera de la Guardia Presidencial, que conoce mi procedencia, los demás oficiales del ejército, como me consideran de los mismos, hacen comentarios conmigo y todo me demuestra que no lo quieren a usted. Pudiera ser que no fueran leales en un momento dado.

El presidente dejó de sonreír, se levantó y animándose en su conversación, como lo hacía frecuentemente, me dijo:

—No, no, no; tú estás mal informado como muchos otros. Juzgas por apariencias superficiales; tú no llegas al fondo de lo que crees observar. El ejército es leal al gobierno constituido y aquí el gobierno lo represento yo. Cuento con el ejército. Ya lo estás viendo en el norte, cómo pelean contra Orozco. Anda, anda, vete tranquilo. Te agradezco tu buena voluntad.

—Con permiso de usted, señor presidente.

—Adiós, adiós.

No bien había terminado la campaña del norte venciendo al orozquismo, cuando en el puerto de Veracruz se sublevó el general Félix Díaz, sobrino de don Porfirio, arrastrando a la rebelión a dos batallones que guarnecían la plaza. Fue batida con todo éxito por las fuerzas leales al mando del general Joaquín Beltrán. Se capturó al rebelde Félix Díaz; un Consejo de Guerra lo sentenció a muerte, pero ésta no se cumplió desde luego, sino que mediante un amparo de la Suprema Corte fue trasladado a la ciudad de México, encarcelándolo en la Penitenciaría.

Mientras tanto seguíamos la vida cuartelera tranquila y un tanto bohemia. Observando nimiedades me dio el deseo de escribir. Una niña y un perro fueron mis primeros temas: la niña se llamaba Julieta, el perro, el Cuache.

## V

La ciudad de México por el año 1913 era provinciana, tranquila, apacible. Su vida nocturna terminaba cuando concluían las funciones de los teatros. Nada perturbaba la calma reinante desde esas horas de la medianoche hasta el amanecer, que lo anunciaban los pregones de los vendedores y el rodar de los carros por las empedradas calles.

La Academia Metropolitana era el único centro en que sábado a sábado verificaba bailes que se prolongaban hasta la luz del día. La Academia Metropolitana era un teatro ubicado por las calles de la Independencia, en la plaza Santos Degollado. Un coliseo exclusivamente destinado a variedades.

Los mejores artistas de este género provenientes del extranjero tenían allí el sitio adecuado para su actuación. Lydia de Rostow, escultural bailarina rusa que se exhibía en mallas, y Alegría y Enhart, sorprendentes malabaristas, habían dado fama al lugar. Bien situado, cómodo, amplio y decoroso.

Los sábados no había función teatral. Se retiraban las butacas del patio y éste quedaba convertido en pista de baile. En el escenario tomaba acomodo una orquesta danzonera famosa entonces, que dirigía Babuco, negro cubano que tocaba los timbales y que tenía alegría y

gracia para dirigir su grupo. Cornetín, timbales y güiro eran la base de aquel baile que estaba de moda entonces.

La gente habitual a las funciones de teatro, la gente decente, se inhibía de asistir a los bailes de la Academia, que eran famosos por su concurrencia. Iban allí las mujeres más llamativas de los lupanares de la Francis, de Carmen la Gallega y la Pency del callejón de la Teja; las de María Ortega, de la calle de la Polilla; las del Salto del Agua; las francesas del callejón de Pajaritos, y las que no tenían lugar fijo pero que eran de postín y hacían el rodeo por San Juan de Letrán y el Correo. Luz Gil y María la Japonesa eran habituales, conocidas y famosas.

La concurrencia masculina estaba a tono: niños mal de casas bien, bohemios de chambergo de anchas alas y corbatas de chalina, toreros principiantes, *souteners* o mantenidos, y militares de uniforme que no solían bailar por mantener el decoro y que concurrían sólo para “ver qué pescaban”.

Los bailes comenzaban a las diez de la noche, pero la animación grande era hasta las dos de la mañana, cuando las mujeres de las mancebías elegantes llegaban, es decir, cuando terminaba el compromiso de “hacer sala” y atender a la clientela habitual.

Era aquella la noche del sábado 8 de febrero de 1913.

Al día siguiente me tocaba entrar de guardia en el Castillo de Chapultepec. Junto conmigo, pero de servicio en el cuartel, entraba el subteniente Bernardo Timoteo Pérez, joven recién salido de la Escuela de Aspirantes.

Ambos nos pusimos de acuerdo para darnos una vuelta a la Academia a la hora de la mayor animación, y oportunamente salimos del cuartel de la Ciudadela embozados en nuestras pelerinas grises; íbamos a paso ligero. Rela-

tivamente cerca estaba de nuestro cuartel la calle de la Independencia, y aunque hubiera estado lejos nada le hacía. Solíamos ir a pie hasta el teatro María Guerrero —o María Tepache como le decían—, que estaba hasta las calles de Peralvillo.

Un peso costaba la entrada al baile. El negocio estaba en el consumo interior de los licores de la cantina.

Nos acomodamos en una platea y nos dispusimos a observar. Frente a nosotros, pero en la parte alta, en uno de los palcos, dos oficiales de aspirantes —los conocíamos a distancia por la doble sardinetas que llevaban en el cuello— charlaban animadamente sin parar mientes en las gentes que bailaban y también sin compañía de mujeres. En otro palco, oficiales de Artillería observaban igual actitud.

Babuco y su gente reventaban danzones. Bramaba el cornetín, batían los timbales y raspaban los güiros. Música caliente, lánguida, sexual.

Las parejas, estrechamente unidas, como si hombre y mujer fueran un solo cuerpo, danzaban con furor cuando resonaba el cornetín, o languidecían cuando dominaban las cuerdas. Danzaban como si se estuvieran entregando mutuamente hombres y mujeres.

—¡Hey, familia! ¡Caballería! ¡Qué bien estamos gozando, caballeros! —gritaba el negro Babuco para animar más a la clientela, ya animada de suyo.

Nos entreteníamos viendo a los que danzaban. Es divertido ver bailar: los que lo hacen bien y quieren que los admiren; los que lo toman en serio y lo ejecutan ceremoniosamente, y los que bailan como si fueran caminando sin preocupación alguna.

Mi compañero Bernardo Pérez me comentó:

—Qué raro que esté aquí y a estas horas el capitán Santiago Mendoza, el Sebo, como le dicen de apodo; es el segundo comandante del Escuadrón de Caballería de Aspirantes, y aquellos oficiales artilleros. No parece que a ninguno de ellos les interese el baile. Están misteriosos. ¿Qué se traerán?

Había rumores alarmantes que eran del dominio público. El presidente Madero no era estimado entre el ejército ni el relevo del mando de la División del Norte del general Victoriano Huerta, triunfador en brillante campaña sobre la rebelión de Pascual Orozco, que lo había cubierto de gloria, por lo que consideraban los militares una injusticia tal disposición.

Iba yo a contestar su comentario cuando me dio un codazo y se puso de pie. Frente a nosotros estaba un capitán de vigilancia; en su cuello brillaba la dorada gola de los que están de servicio.

—Sírvanse retirarse desde luego a su cuartel —nos ordenó.

—Mi capitán, acabamos de llegar. Estamos correctos. Hay otros oficiales también aquí.

—Todos deben retirarse. Es orden de la Comandancia Militar.

No tuvimos más remedio que salirnos malhumorados por la inútil desvelada.

Ya para llegar a nuestro cuartel de la Ciudadela vimos a un grupo de oficiales —probablemente de los almacenes de Artillería o del “Tren de Transportes a lomo”— que conversaban animosamente. Estaban en la acera de la cantina de Ángel, cuyas puertas ya estaban cerradas a esas horas.

Nos acercamos curiosos con intenciones de tomar parte en la reunión.

Apenas nos observaron, enmudecieron. Palpablemente se observaba su contrariedad.

Sumisamente saludamos y nos metimos a nuestro cuartel.

—Entramos de servicio dentro de un rato. No hay más remedio que irse a dormir.

—Hay noches perdidas y hay sábados sin sol.

Bien ajenos estábamos los de la Guardia Presidencial que a aquellas horas justamente, había empezado ya el movimiento militar, el cuartelazo contra el presidente Madero, negra página de nuestra historia conocida como Decena Trágica.

Amigos y partidarios de los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, presos el primero en la prisión militar de Santiago Tlatelolco, y el segundo en la Penitenciaría, fueron los organizadores y propagandistas de la sublevación. Los más activos eran el general Manuel M. Mondragón, distinguido artillero, y el civil Cecilio Ocón. Habían minado cuidadosamente a la guarnición de la Plaza, especialmente a los oficiales.

La Escuela Militar de Aspirantes, ubicada en Tlalpan, fue la iniciadora del cuartelazo. Se posesionó sorpresivamente del Palacio Nacional, en tanto que la Artillería, dos escuadrones de Caballería y el escuadrón de Caballería de los aspirantes sublevados, en unión de los partidarios civiles de los generales Reyes y Díaz, se dirigieron a la prisión militar de Santiago, primero, y después a la Penitenciaría, y obligaron a los directores de ambas prisiones a poner en libertad a los dos reos.

Sabiendo que el Palacio Nacional estaba en poder de los aspirantes, hacia allá se dirigieron los generales seguidos por sus partidarios.

No contaron con que el golpe de los aspirantes asediado al Palacio Nacional había sido audazmente reprimido por el comandante militar de la Plaza, general Lauro Villar, quien personalmente, al frente de un núcleo de fuerzas leales, entrando por las espaldas del Palacio Nacional, por el cuartel de zapadores, situado en la calle de la Acequia, logró desarmar a los guardias rebeldes apostados en las tres puertas del Palacio y apresarse a todos los infantes de la Escuela de Aspirantes.

Rápidamente organizó la defensa estableciendo una cadena de tiradores pecho a tierra en la acera del Palacio Nacional, apoyados por dos ametralladoras, así como una fuerza leal de Caballería, y la colocó en los portales de La Colmena, frente a la Catedral, Zócalo de por medio.

Cuando se presentó ante el Palacio Nacional como avanzada, el general rebelde Gregorio Ruiz, al frente de dos escuadrones del Primer Regimiento de Caballería, fue recibido por el propio valeroso general Lauro Villar, quien, pistola en mano, lo obligó a desmontar, haciéndolo prisionero, a tiempo que ordenaba se rompiera el fuego sobre los acompañantes, que huyeron en desorden. El general infidente Gregorio Ruiz quedó preso en la guardia de prevención de la Puerta Central de Palacio, y horas más tarde fue fusilado en el jardín interior.

El general Bernardo Reyes, al frente de una columna formada por aspirantes de caballería y partidarios civiles que seguía a Ruiz, ignorando el suceso acaecido tan rápidamente, se presentó ante el Palacio Nacional, seguro de llegar hasta él.

Félix Díaz se le separó para seguir hasta la Ciudadela, para apoderarse de ella, en donde había de encontrar abundantes pertrechos de guerra.

El general Lauro Villar quiso repetir con Reyes lo que había hecho con Ruiz, sin conseguirlo. Se rompió el fuego sobre los que llegaban. Los infantes que defendían Palacio, y las dos ametralladoras apostadas, hicieron una verdadera matanza sobre los que iban con el general Reyes, quien cayó muerto del caballo que montaba al recibir el impacto de muchos tiros de ametralladora. Cientos de los acompañantes, curiosos muchos de ellos, perdieron allí la vida. El general Villar también resultó herido en un hombro.

Parecía que la calma renacía después de su heroica y eficaz actitud.

## VI

Debía yo de montar guardia la mañana del día siguiente, domingo 9, en el Castillo de Chapultepec. Con la anticipación debida me levanté y pasaba revista a la fuerza que debía acompañarme al servicio, cuando recibimos noticia telefónica del Palacio Nacional, dada por el cabo de la pareja de guardias que entraba al servicio, comunicando al cuartel que el Palacio estaba en poder de la infantería de la Escuela de Aspirantes, que se había sublevado en contra del gobierno.

El capitán primero, comandante del escuadrón, Manuel M. Blázquez, andaba fuera de la capital; parece que había ido a Veracruz, con permiso. El capitán segundo, Jesús Loreto Howell, y el teniente César Moya, estaban organizando un cuerpo de voluntarios en el estado de San Luis Potosí. Sólo quedábamos de oficiales en el escuadrón los tenientes César Ruiz de Chá-

vez y Enrique García, y los subtenientes Nicolás Martínez Luna y Bernardo Pérez. Martínez Luna estaba en guardia ese día en Chapultepec, y era a él a quien debía relevar yo; Bernardo Pérez estaba de servicio de cuartel.

Mi servicio en Chapultepec quedó suspendido. La fuerza del escuadrón fue puesta sobre las armas.

Éramos cuatro oficiales y unos cuarenta de tropa. Uniformes de dril para montar; cartucheras abastecidas.

Los albardones, ya con los sables, en los propios macheros para ensillar con premura cuando fuera ordenado. Los dos fusiles-ametralladoras Madsen con sus sirvientes en el patio y las acémilas enjaezadas; los bastes y los cofres con las municiones.

Ninguno de mis compañeros presentes había estado en campaña. En sus hojas de servicio, en el renglón correspondiente al “valor” diría, sin duda alguna: “por acreditar”, o bien, “se le supone”. Estaban un tanto nerviosos y consecuentemente indecisos.

Se dispuso que el subteniente Bernardo Pérez quedara en la puerta del cuartel con diez hombres, y que el resto de la tropa y los dos fusiles-ametralladoras fueran colocados en la azotea para defender el punto, dado el caso de que los pronunciados nos atacaran.

Mientras tanto, el presidente Madero, que vivía en el Castillo de Chapultepec, al tener conocimiento de lo acaecido en el Palacio Nacional, se aprestó a cumplir con su deber.

Acostumbraba él —todos los domingos— montar a caballo y hacer un recorrido por algún lugar cercano. Era un hábil jinete y lo acompañaban, en sus giras hebdomadarias, el ayudante de guardia del Estado Mayor,

un oficial de la Guardia Presidencial y los asistentes que cuidaban los caballos.

En esta ocasión no fue un paseo el que hizo, sino una marcha triunfal hasta el Palacio Nacional, lugar oficial de la residencia del Presidente de la República.

El Colegio Militar, cuyo recinto estaba anexo al Castillo, estaba sobre las armas. Las tres compañías de cadetes en línea desplegada presentaron armas e hicieron los honores reglamentarios. El presidente Madero, desde su caballo, arengó a los cadetes; les hizo saber la situación que prevalecía y los invitó a que lo acompañaran. Fue vivamente vitoreado. El general Ángel García Peña, secretario de Guerra y Marina, también habló a los cadetes.

Una descubierta de alumnos abrió la marcha; enseguida el presidente y sus acompañantes; detrás, en dos largas hileras abiertas, el resto del Colegio.

Descendieron por la rampa y tomaron por el Paseo de la Reforma; los cadetes iban con los fusiles embrizados. Se marchaba a la sordina.

Como la noticia de la subversión había cundido, las gentes salían de sus casas y se adherían al bando que fuera de su simpatía. A Madero se le adhirieron cientos de gentes que lo vitoreaban. Él saludaba con su sombrero. Alguien le dio una bandera que tremolaba. Los cadetes del Colegio Militar, y los partidarios suyos que se le iban reuniendo, eran su mejor escolta; los pechos de ellos eran su escudo.

Existe por cierto una interesante fotografía en la que aparece el presidente cabalgando en su caballo tordillo rodado. En su diestra levanta el sombrero en actitud de saludar a la multitud; a su lado, algunos de sus ayudantes, cadetes con el fusil embrizado y, en primer término,

un hombre de edad madura, un paisano con el ánimo y la decisión reflejados en su rostro bronceado, que empuña una pistola. Ese hombre se llamó Eduardo Ortiz, antiguo empleado de los Madero allá en Parras, Coahuila, y en esa época administrador del Hospital General; revolucionario maderista había sido.

El presidente se vio obligado a refugiarse en la fotografía Daguerre, de la avenida Juárez, cuando tiroteó a la columna un grupo de rebeldes posesionados de las alturas del Teatro Nacional, en construcción. Allí se le hizo presente el general Victoriano Huerta, y allí fue también en donde se le encargó del mando de las tropas leales, en vista de encontrarse heridos ya el general Ángel García Peña, secretario de Guerra, y el valiente general Lauro Villar, comandante general de la Plaza.

Logró llegar el señor Madero hasta el Palacio Nacional pasando por el Zócalo, sembrado de cadáveres.

La cadena de tiradores todavía permanecía pecho a tierra y las ametralladoras con sus sirvientes estaban listas para disparar. Felicitó efusivamente al general Villar, a quien le ordenó retirarse a atender su herida y a quien le presentó a su sustituto, el general Huerta.

—¡Qué hombre es usted, general Villar!

—Los hombres son estos soldados, señor presidente.

Y luego Villar, viendo a Huerta, a quien mucho conocía, le dijo: —¡Mucho cuidado, Victoriano!

Seguramente pensó el general Villar que Huerta era capaz, pero que tenía sus mañas y sus ambiciones.

En la Ciudadela, frente a nuestro cuartel —plaza de por medio—, y en el Tren de Transportes a Lomo, a un costado, también tomaban sus precauciones.

La tropa coronaba las azoteas. Llegaban cientos de policías de a pie que habían sido desarmados por los aspirantes —cuando ocuparon Palacio—, seguramente enviados por la Inspección General de Policía. Ese contingente era introducido al interior de la Ciudadela, armado y municionado y reforzaba al escaso personal de obreros militares dispuestos para la defensa. Era el jefe del punto el general Rafael Dávila, y a sus órdenes —para los trabajos de la maestranza, fábrica de armas y almacenes— tenía oficiales técnicos de Artillería, asimilados oficiales guardalmacenes, guardaparques y obreros militares.

La Comandancia Militar, considerando la importancia que tenía la Ciudadela, mandó a hacerse cargo del punto al propio mayor de órdenes, general Manuel P. Villarreal, quien desde luego asumió el mando, dejando como su segundo al general Dávila.

Seguramente a petición del general Villarreal un contingente de 300 hombres de la Montada, pero pie a tierra, llegó a reforzarnos; iban al mando de los capitanes Ernesto Ortiz y Gustavo Benítez, comisionados en la policía como primero y segundo comandantes de la Montada. Ciento cincuenta de aquel contingente fueron colocados en las azoteas de nuestro cuartel y en las vecinas del propio edificio que daban hasta la calle de Enrico Martínez, y el resto fue tendido en las calles de Balderas.

Eran como las diez de la mañana cuando llegó en su automóvil el mayor Emiliano López Figueroa, inspector general de policía, quien seguía conservando su anterior comisión de ayudante del Estado Mayor Presidencial, a quien bien conocíamos. Inspeccionó nuestro dispositivo encontrándolo adecuado, pero dispuso que

la fuerza de su dependencia, o sea los montados, se retiraran por necesitarlos en otra parte y nos dijo que enviaría en su lugar a otra fuerza de infantería del Batallón de Seguridad, que también estaba bajo su mando. Quedamos, como en un principio, cuarenta hombres.

Abunda la gente curiosa y el pueblo de la ciudad de México lo es en grado superlativo.

Por su curiosidad innata, por su novelería, cientos de gentes cayeron esa mañana en el Zócalo, cuando el general Reyes intentó llegar al Palacio Nacional. Con ese propio afán muchas gentes estaban en las calles cercanas y en las azoteas de los edificios.

Yo tenía el mando de los defensores apostados en la azotea. Estaban nerviosos. Primera vez que iban a disparar sobre enemigo real y no al supuesto de la instrucción, de la magnífica instrucción que tenían.

Inesperadamente sentimos unos disparos sobre nosotros. El clásico zumbido de las balas pasó sobre nuestras cabezas. ¿De dónde procedían los disparos si abajo, en la calle, no se veían soldados, sino solamente curiosos? Nos tiraban de otras azoteas y ventanas de edificios cercanos que estaban a nuestra espalda, en la calle del Ayuntamiento.

Ordené que cinco soldados dispararan sobre la gente que desde aquellas casas nos observaba y de donde, sin duda, procedían los tiros. Desaparecieron desde luego los curiosos. Dispuse que se tuviera en observación a aquellos lugares por si volvía a aparecer la gente y nos hicieran nuevos disparos.

Nuestros tenientes, que estaban en el patio del cuartel, me hicieron saber que tenían noticias de que el enemigo en un gran número estaba llegando por las calles de Bucareli, hasta el reloj monumental ubicado a una cuadra del cuartel.

Pasaban cosas raras. Un grupo de civiles, enarbolando una bandera blanca, se desprendía del reloj de Bucareli y llegó hasta la puerta de la Ciudadela. Parlamentaron sin duda sin conseguir su objeto, pues minutos después se retiraron hacia el lugar de donde habían salido. Junto con aquella gente iba un guardabosque del Bosque de Chapultepec, montado, conocido por su indumentaria: salacot con moharra dorada y uniforme de paño amarillo obscuro con franjas rojas.

El individuo aquel llegó hasta la puerta de nuestro cuartel y habló con el teniente Ruiz de Chávez y le dijo que iba de parte del coronel Freiria (nombre desconocido) para que la Guardia Presidencial saliera a hacer honores al general Félix Díaz. Se le dijo que el coronel aquel no era conocido y que la Guardia sólo hacía honores al Presidente de la República.

Yo lo hubiera aprehendido por lo menos.

Serían como las once de la mañana cuando un cañonazo partió del reloj de Bucareli. Seguidamente se rompió el fuego de fusilería.

Mis soldados, acurrucados tras del pretil de la azotea, disparaban al aire.

—¿A quién le tiran? Saquen la cabeza y apunten.

Calmados sus nervios, empezaron a disparar ya con calma sobre la gente rebelde que estaba por la Escuela de Comercio, hacia las calles de Bucareli.

Unos minutos de fuego intenso y de fusilería, y de las ametralladoras de la Ciudadela.

Una corneta desde allí mismo tocó “cesar el fuego”. Parecía que habíamos ganado, pero no fue así:

Félix Díaz y los suyos entraron triunfantes en el reducto que no lograron abatir a balazos, sino esgri-

miendo la traición entre los defensores. El general Villarreal, jefe del punto, había muerto asesinado por los suyos. El general Rafael Dávila, su segundo, estaba prisionero; los oficiales de la Ciudadela habían batido, con ametralladoras, por la espalda, a los propios defensores del reducto.

Nosotros absortos, sin mando alguno ya, permanecíamos a la expectativa en nuestro puesto.

El conocido automóvil del Inspector General de Policía llegó a la Ciudadela y de él descendió el mayor López Figueroa, y se constituyó, por su propia voluntad, prisionero de los felixistas.

Estábamos atónitos.

El coronel Hilario Rodríguez Malpica, jefe del Estado Mayor Presidencial, y por consecuencia, jefe superior de nuestro cuerpo, no daba ninguna orden a pesar de requerirlo constantemente para ello; los tenientes del escuadrón no se atrevían a tomar una providencia audaz en aquel momento de confusión tan fácilmente aprovechable, para atacar al enemigo por sorpresa o, en todo caso, para marchar al lado del Presidente de la República.

El teniente Ruiz de Chávez, jefe accidental del escuadrón logró, después de mucha insistencia, comunicarse telefónicamente con el propio presidente Madero. Le expuso la situación y el señor Madero le dijo que en esos momentos saldría a recuperar la Ciudadela el Batallón de Seguridad, que nos sostuviéramos.

La medida era, sin duda, eficaz. Un batallón, en aquellos momentos, y el apoyo nuestro, hubieran logrado la recuperación del codiciado punto, abastecido de magníficos elementos de combate: fusiles, ametralladoras, artillería y municiones en gran cantidad.

El tiempo se hacía largo en espera de “los ratones”, apodo por el que eran conocidos los del Batallón de Seguridad del Distrito Federal, a causa del color gris de sus uniformes.

En la Ciudadela había desorden, confusión, alegría. Más tarde habría borrachera. Entraban y salían las gentes en confusión: “niños bien” de la aristocracia, militares, gente del pueblo y españoles residentes, que eran los que más manifestaban su alegría con su sello característico, inconfundible.

El Batallón de Seguridad llegó al fin.

Llegaron “los ratones” pero no a socorrernos ni a recuperar la Ciudadela, sino a engrosar a los rebeldes.

## VII

Nuestro jefe accidental no dejaba de telefonar al Estado Mayor, a la presidencia, a la Secretaría de Guerra. Daba cuenta de lo ocurrido, pedía órdenes. Todo era confusión allá arriba y con más razón en nuestro cuartel: “Que salgan; no, que esperen nuevos refuerzos; que se sostengan”.

Incertidumbre, desasosiego, perplejidad. Tal era nuestro estado de ánimo. El tiempo precioso, aprovechable para algo resolutivo, tocaba a su fin. Aquello se hundía.

Un oficial de los rebeldes se presentó en el cuartel con orden de sus jefes para que el comandante de nuestra fuerza fuera a la Ciudadela.

El teniente Ruiz de Chávez, acompañado del teniente Enrique García fueron a conferenciar. Larga fue la plática y al cabo regresaron.

En la comandancia de la corporación, nuestro jefe accidental nos informó a los oficiales, que sólo éramos Enrique García, Bernardo Pérez y yo.

Nos dijo que Félix Díaz, en presencia de Mondragón y otros jefes rebeldes, y de connotados civiles, le había conminado a que se rindieran los hombres que él mandaba y que él se había opuesto terminantemente.

Que ante la insistencia, y teniendo en cuenta la superioridad del enemigo, había argüido con Félix Díaz —sabiéndolo sobrino de su tío el general Porfirio Díaz—, lo indebido que sería que la Guardia Presidencial, que era la misma exactamente que le había servido hasta lo último, escoltándolo incluso hasta el puerto de Veracruz, cuando marchó al destierro, y que ahora servía con lealtad al Presidente de la República, fuera ahora a traicionar sus honrosos antecedentes convirtiéndose en facción rebelde. Que él, don Félix Díaz, sobrino del glorioso general Díaz, debía ser el primero en ayudar a aquella Guardia de don Porfirio a conservar limpio el prestigio que hasta entonces había tenido.

Que posiblemente había logrado influir en el ánimo de don Félix Díaz y hacerle cambiar su exigencia de rendición, y que éste le había dicho: “Tiene usted mucha razón, siga cumpliendo con su deber y lo felicito por su conducta”. Que acto seguido se dirigió a uno de sus acompañantes, que era el licenciado Fidencio Hernández, ordenándole que levantara un acta en que se hiciera constar que el escuadrón de Guardias de la Presidencia no se rendía ni aceptaba unirse a la rebelión. Que el acta aquella la llevaba consigo y que la iba a dar a conocer al escuadrón.

Se hizo descender a la fuerza que aún estaba en la azotea y se le formó en el patio. Se mandó hacer el sa-

ludo y nuestro jefe accidental, antes de leer el documento, dirigió unas palabras de felicitación al personal por su comportamiento, haciéndoles saber que era él también el conducto de la felicitación que les enviaba el primer magistrado de la Nación, el secretario de Guerra y Marina y el jefe del Estado Mayor Presidencial. Enseguida leyó el acta levantada que contenía los puntos que antes nos había expuesto, pero además otros conceptos: que el escuadrón reconocía la bondad de la causa de la rebelión, pero que fiel a sus principios y en vista de la inferioridad numérica, no atacaríamos a los sublevados, sino que permaneceríamos “neutrales”.

Allí terminaba todo.

Pedí permiso para salir a comer —no habíamos tomado alimento en todo el día—, y se me concedió.

Fui a mi cuarto, me quité el uniforme, me puse la ropa que usaba la tropa para la limpia: blusa larga de dril y pantalón; me anudé la blusa, me puse un sombrero de paisano, como acostumbraban hacer los ordenanzas cuando salían a la calle a hacer algún mandado. Dejé la espada, que no me habría de servir más y sólo me quedé con la pistola reglamentaria oculta en la cintura y salí a la calle.

Allí en mi cuarto quedaban mis escasas pertenencias, los uniformes brillantes, los cordones, el albardón, la espada, la poca ropa interior, el capote, la pelerina, los arreos y el casco; una caja de madera reglamentaria para llevar el equipo a lomo de mula y un catre de campaña. Quedaban allí, en el cuartel, aparte de mis cosas materiales, mis ilusiones todas.

No caía el sol todavía. Largo, larguísimo era aquel primer día trágico.

En la Ciudadela reinaba el alboroto y el entusiasmo, que se exteriorizaba hasta la plaza en que se yergue la estatua del gran Morelos.

Mi deber y mi convencimiento eran ir al Palacio Nacional, en donde estaba el Presidente de la República.

Hacia allí me dirigí.

Las calles casi estaban desiertas. En la esquina de Plateros y Coliseo Nuevo, un retén de infantería me impidió el paso. Hube de identificarme con el oficial comandante, a quien conté brevemente lo sucedido y me concedió continuar mi camino.

En el Portal de Mercaderes estaba el Colegio Militar, con servicios establecidos a uno y a otro lado del portal, el grueso, el Colegio descansaba con sus armas empabellonadas. Los oficiales me conocían.

Ya no había cadáveres de gente en el Zócalo, y sólo algunos caballos muertos; ramas arrancadas de los árboles y postes de hierro de la luz eléctrica agujereados por las balas, como señales del combate de en la mañana.

Ante el Palacio Nacional, en dispositivo de combate: en la Puerta Central dos ametralladoras Hotchkiss emplazadas, cubiertos los tripiés con adobones de césped arrancado de los prados del Zócalo. En las torres de la Catedral, y en las azoteas del Palacio, se veían infantes.

Sentado en el fustecillo de una de las piezas y en actitud de manejarla estaba el teniente de artillería Ramón Carazo, a quien yo conocía. Tenía deseos de charlar y yo de llegar hasta el presidente. Me parecía que mi información pudiera ser de interés inmediato.

Por fin pude llegar hasta las oficinas del Estado Mayor y presentarme con el jefe, capitán de navío Hilario Rodríguez Malpica. Me escuchó con suma atención y

me hizo varias preguntas que contesté ampliamente. Enseguida me condujo ante el señor Madero, a quien repetí cuanto yo sabía. Lo noté complacido por mi actuación y así me lo demostró cuando le dijo al jefe de su Estado Mayor:

—Coronel, ordene usted que este muchacho sea ascendido al grado inmediato. —Y luego, dirigiéndose a mí—: Muy bien, muy bien. Ahora vete al Castillo de Chapultepec. Allí está mi esposa. Ponte a las órdenes del general Joaquín Beltrán, quien se hará cargo del punto.

—¿No le seré más útil aquí, señor presidente?

—No. Yo voy a salir ahora mismo a Cuernavaca. Vete a Chapultepec.

—Lo que usted ordene.

Estaba yo satisfecho. Muy contento. Hasta el hambre se me había quitado.

Salí de Palacio para mi destino. Largo era el camino para hacerlo a pie, pero era la única manera de llevarlo a cabo.

Cuando llegué al Paseo de la Reforma ya oscurecía.

La ciudad estaba tranquila por aquellos rumbos. Casi desierta. Las sombras de la noche me cogieron cuando rebasaba la estatua de Cuauhtémoc. En el Paseo de la Reforma ni un vehículo ni transeúnte alguno.

Ya para llegar a la caseta, al pie de la rampa del cerro de Chapultepec, el centinela de nuestra guardia habitual, no conociéndome por la indumentaria que yo portaba, me marcó el alto. Grande fue su sorpresa, y la de todos los componentes de la guardia cuando me reconocieron. Todos ellos, inclusive su comandante, mi compañero el subteniente Nicolás Martínez Luna, me veían con curiosidad, con alegría. Sabían de los acontecimientos que

se habían desarrollado en la ciudad de un modo un tanto vago.

Nicolás, que era un amigo además de mi compañero, reía satisfecho.

—¡Qué facha traes! ¿Por qué vienes así? ¿Qué ha pasado?

Me rodearon todos ávidos de saber noticias, especialmente de nuestra corporación. Me dieron asiento y estaban pendientes de mis palabras.

—Vengo rendido de cansancio y con mucha hambre. Dénme algo de comer si acaso tienen.

Me dieron unas tortas que devoré.

Les conté con todos sus detalles cuanto yo sabía. Sumo interés tenían todos ellos en saber del escuadrón, del cuartel en donde quedaban sus pequeñas pertenencias. Un cambio de vida saltaba a la vista y una incertidumbre para el inmediato porvenir. Se quedaban con lo puesto y habían de venir, casi de inmediato, fuertes combates para recuperar la Ciudadela.

La única fuerza que en esos momentos custodiaba el Castillo era aquel pelotón de Guardias y algunos cuantos cadetes nóveles del Colegio Militar que no habían sido llevados a la ciudad.

Me pusieron un catre de campaña para que durmiera. El personal que hacía este servicio en la caseta de la entrada de la rampa había sido provisto, por la esposa del presidente Madero, doña Sarita, de catres de campaña y colchonetas. Era éste un lujo inusitado y hasta indebido, pues los componentes del servicio no podían desvestirse durante su facción.

A mi lado Martínez Luna, recostado en su catre, me seguía inquiriendo.

—¿De modo que este escuadrón nuestro, se acabó?

—Por completo. No quedamos más que los que estamos aquí, sin casa, equipo, caballos y, lo que es más, sin jefes.

—¿Y el capitán?

—Que anda por Veracruz.

—¡Pero hombre! Pero dónde se ha visto que una fuerza militar sea neutral, y menos la Guardia Presidencial.

—Pues ya tú ves.

—¡Qué barbaridad! Y tú, ¿cómo la ves?

—Yo creo que indudablemente el gobierno ha de ganar. El general Huerta es muy capaz. El presidente, a estas horas, estará llegando a Cuernavaca, sin duda para traer acá a las fuerzas del general Ángeles, y quizá de otras partes también vengan otras fuerzas. Yo creo que es cuestión solamente de un combate fuerte. Tal vez mañana mismo.

—Va a ser duro el agarrón.

—¡Quién lo duda!

Afuera las ramas de los ahuehuetes se mecían con el viento apacible; la noche era oscura y la quietud absoluta.

## VIII

Lunes por la mañana. Segundo día de la llamada Decena Trágica.

Un guardia de los del servicio nos fue a comprar, al cercano rancho de El Chivatito, algo para desayunar a Martínez Luna y a mí. Poco dinero teníamos, pues era fin de decena y lo seguro sería que no nos pagaran al día siguiente.

Casi al lado de la caseta de la Guardia está la gruta del cerro. Elegante marquesina y magnífico portal. Al final

de la gruta el elevador presidencial, que conduce a las habitaciones del Castillo. Los oficiales del Estado Mayor Presidencial y los de la Guardia teníamos franco acceso.

Me hice subir hasta las terrazas con el propósito de ver a la esposa del presidente.

Conversaba doña Sarita con una de las muchachas protegidas de la familia. Me conocía.

Saludé y le hice presente que estaba allí abajo para servirle en lo que pudiera serle útil.

Me preguntó si había visto a su marido el día anterior. Al contestarle afirmativamente me expresó que por teléfono había estado en contacto con él, y que posiblemente a esas horas ya estaría de regreso de Cuernavaca.

Agradeció mi atención de ir a saludarla y me despedí.

Me asomé por la terraza norte, la que da hacia el Paseo de la Reforma, que estaba desierto; a lo lejos, en la ciudad, con la luz del sol brillaban las vidrieras de algunos edificios. No parecía que hubiera pasado nada. Todo estaba en calma, en absoluta calma. Atisé por el Colegio Militar: el gran patio vacío y sólo una escasa guardia de cadetes noveles en la entrada de la rampa.

Regresé con mi colega Martínez Luna a la caseta de la Guardia.

Era ya el mediodía y había que comer. Mala costumbre es tener que alimentarse tres veces al día cuando las circunstancias no lo permiten.

Al caer la tarde regresó el Colegio Militar. Columna de viaje. A la cabeza el teniente coronel Víctor Hernández Covarrubias, subdirector, y en funciones de director, ya que éste, el coronel de artillería Miguel Bernard estaba, desde tiempo atrás, en el estado de Morelos con el general Felipe Ángeles.

Con tantos servicios que hacíamos en Chapultepec, conocíamos bien al personal del Colegio. Todos iban allí: el mayor de ingenieros Tomás Marín, jefe del detall; el ayudante capitán Diego Manuel Ramírez, el subayudante teniente Serrano, amigo personal, éste, del presidente Madero por ser ambos masones; los capitanes de las compañías, el capitán Francisco A. Cuenca, conocido mío y de todas las gentes de Torreón, mi pueblo, por haber sido él el instructor de los oficiales de la Segunda Reserva afiliados en la región, de aquella Segunda Reserva que creó el general Bernardo Reyes. Los capitanes Gabriel Cuevas y Flores Rivas.

La llegada del Colegio significaba confianza y seguridad.

Supimos que el presidente había regresado ya de Cuernavaca, después de su arriesgado viaje por terrenos en que merodeaban partidas de zapatistas. Las fuerzas del general Ángeles empezaban ya a llegar a Tacubaya.

El general Joaquín Beltrán llegó a Chapultepec a hacerse cargo del mando militar del punto. Se instaló en las oficinas del Estado Mayor en el Castillo. Estaba de paisano. Ante él me presenté; estaba solo cuando llegué a su presencia.

—Subteniente Urquizo del escuadrón de Guardias de la Presidencia. Mi general, el jefe del Estado Mayor Presidencial me ha mandado quedar a las órdenes de usted. No me presento uniformado porque tuve que huir de la Ciudadela —ocupada traidoramente por los alzados— con esta indumentaria.

El general Beltrán, sentado ante un escritorio, me examinó detenidamente. Yo permanecía firme ante él.

—¿Cómo estuvo eso? Cuénteme.

Hice el relato, por cuarta o quinta vez, de lo ocurrido. Me escuchó con suma atención. Le interesaban datos y detalles. Él odiaba a Félix Díaz y a sus gentes desde que al mando de las fuerzas del gobierno lo atacó y derrotó en el puerto de Veracruz y lo hizo prisionero. Los felixistas decían que el general Beltrán los había traicionado, y que si había logrado entrar a Veracruz había sido porque llevaba enarbolada una bandera blanca. Esto le indignaba, lo enardecía.

El subdirector del Colegio Militar, teniente coronel Víctor Hernández Covarrubias, llegó a darle novedades. De vez en cuando el timbre del teléfono repicaba y él mismo atendía al aparato. Por lo que él hablaba se deducía que le comunicaban movimientos de tropas.

—Ordene usted, teniente coronel, que se proporcionen alimentos del Colegio a los soldados de la Guardia que están abajo, en la entrada de la rampa. Asimismo, ordene al picadero que cada vez que lo requiera este oficial (ahora yo), se le proporcione inmediatamente caballo ensillado para transmitir las órdenes que yo le dé. Se sobreentiende, ¡claro está!, que el Colegio queda acuartelado.

—¿Algo más que ordenar?

—Patrullas de vigilancia por el bosque. — Y luego, dirigiéndose a mí—: ¿Cómo me dijo que era su apellido?

Le repetí mi nombre.

—Pueden retirarse a descansar; yo también lo voy a hacer. Mañana va a comenzar el juego.

La noche se pasó con tranquilidad. A la diana ya estábamos en pie. Desayuno frugal en el Colegio.

El general Beltrán me ordenó que montara y que fuera a Tacubaya, a los cuarteles de la subida de San

Diego, en donde debía estar el 7º Batallón procedente de Cuernavaca. Que me apersonara con su comandante, el coronel Juan G. Castillo y le comunicara su orden de ponerse desde luego en marcha por el Paseo de la Reforma hasta el hotel Imperial. Que el batallón a su mando, y otras corporaciones dispuestas en otros puntos de la ciudad, emprenderían el ataque precisamente a la diez de la mañana. Que yo regresara a informarle cuando ya el batallón se hubiera puesto en marcha.

Fui al picadero del Colegio y monté el caballo que ya me tenían listo. Descendí por la rampa.

El caballo mansurrón y, consecuentemente, flojo. Muchos talonazos hube de darle para que tomara el trote.

En la caseta de guardia me detuve y eché pie a tierra.

—¿A dónde vas? —me preguntó Martínez Luna.

—A una comisión, pero este caballo que me han dado es un matalote, parece de infantería. Que alguno de tus guardias me preste sus acicates porque este animal no entiende de talonazos.

Me calcé los acicates que me prestaron y monté. Al primer contacto de los acicates, el caballo partió al galope.

En la subida de San Diego, en Tacubaya, estaban juntos dos cuarteles, el del 2º Regimiento de Artillería de Campaña, y el del Primer Regimiento de Caballería.

Los dos cuarteles estaban vacíos: la Artillería sublevada, y del Regimiento de Caballería, tres escuadrones rebeldes y uno leal al gobierno. El 7º Batallón, que había llegado en la noche anterior del estado de Morelos, estaba en uno de ellos.

Cuando yo llegué, el batallón estaba ya formado y dispuesto para partir; las acémilas de las ametralladoras aparcadas. El coronel Juan G. Castillo, hombre de edad

madura, al parecer, bajo de estatura estaba ya montado, y a su lado estaban los otros jefes, su ayudante y los subayudantes montados ya también, todos ellos.

Me di a conocer y transmití la orden que llevaba.

—Avisé usted al general Beltrán que en estos momentos salgo.

—Con permiso de usted, espero a que el batallón salga. Así es la orden que tengo.

Acto seguido el batallón se puso en marcha a la sordina, en columna de viaje, con los fusiles sin marrazos, suspendidos del hombro.

Cuando el batallón pasaba a la altura de Chapultepec, me desprendí y fui a dar parte al general Beltrán, a quien me encontré en la terraza del Castillo viendo con sus prismáticos la marcha de la tropa.

—Cumplida su orden, mi general.

—Tiene usted que volver enseguida. Hay que darle detalle preciso al coronel Castillo del lugar del ataque.

Tenía el general a su vista, sobre la balaustrada de la terraza, un plano de la ciudad de México, que sin duda ya había visto antes de mi llegada.

—Dígale usted que en la avenida Morelos variará a la derecha para tomar la calle de Bucareli; por allí será su ataque a la Ciudadela. Acompañe usted a la fuerza y venga a darme parte cuando ya el batallón haya entrado en fuego.

Repetí la orden, como era la costumbre en las maniobras, y noté que le causó satisfacción.

Salí a escape.

Al pasar por la caseta del pie de la rampa, me gritó Martínez Luna:

—¿Adónde vas?

—A entrarle a los trancazos. Comienzan a las diez.

Por la Columna de la Independencia alcancé al batallón. Le comuniqué la orden al coronel Castillo y seguí a su lado.

Ya para llegar a la avenida Morelos, silenciosamente la tropa dejó la formación de columna de a cuatro para marchar sólo en dos hileras abiertas a ambos lados de la Reforma. Las armas, de suspendidas del hombro, pasaron a ser abrazadas.

En aquel dispositivo: la tropa en dos hileras y el coronel y sus ayudantes por el centro, se volteó por la avenida Morelos.

Se creía que el enemigo estaba en la Ciudadela y que acaso tendría puestos avanzados a una o dos cuadras antes de la fortaleza. No fue así. Estaban allí mismo, a nuestro paso. El dominio de los rebeldes se extendía a varias calles de las cercanas al reducto. Sigilosamente estaban ocultos en lo posible.

Eran ya las diez de la mañana y la artillería de las fuerzas del gobierno rompió el fuego.

Súbitamente, inesperadamente, un vivo fuego de ametralladoras cayó sobre nosotros.

Quedó muerto el coronel Castillo. Yo caí en tierra lanzado por mi caballo encabritado, que, herido por varios proyectiles, cayó también. Muertos y heridos había muchos. Fue una sorpresa tremenda; una verdadera siega. Los caídos en tierra seguramente pasaban del centenar. Milagrosamente nada me pasó, como no fuera la pérdida del caballo que montaba. El quicio de una puerta, suficientemente amplia y providencialmente a mi alcance, me sirvió de refugio.

Cuando amainó el fuego enemigo y se rehizo la fuerza, pude salir. Los infantes del 7º avanzaban enardecidos.

La batería de cañones emplazada en el cercano hotel Imperial no cesaba de disparar. Se oían cañonazos por todas partes en fuegos de ráfagas, y las ametralladoras y la fusilería disparaban sin cesar. Era el infierno.

Me fui retirando hacia Chapultepec, por la Reforma. Otra vez, como el domingo por la tarde; entonces reinaba la tranquilidad, aun cuando fuera aparente. Ahora era ya el mediodía y una lucha tremenda estaba desatada.

A medida que me iba alejando del combate, sentía que el fragor de los disparos se iban aminorando, que la fatídica Ciudadela iba quedando atrás.

—Otra vez vienes a pie.

—Ya ves; me mataron al matalote. ¡Pobre!, era malo pero no merecía tal castigo.

## IX

Los oficiales de la Guardia que por turno hacíamos el servicio diario de escoltas montadas, o de guardia en la entrada al Castillo de Chapultepec, teníamos el contacto natural con los ayudantes del presidente, nuestros superiores inmediatos, y habíamos hecho conocimiento y hasta amistad con los empleados y la servidumbre de la residencia presidencial. Particularmente yo había hecho amistad con el encargado del conmutador de los teléfonos. Con él conversaba con frecuencia, pues había encontrado en aquel Adolfo Laisón Banuet una simpatía, proveniente de que él había sido, como yo, partidario activo del señor Madero desde antes que fuera presidente.

En el desempeño de su trabajo con la red telefónica, con el deseo de inquirir bien, y con la habilidad que había adquirido, unido todo ello a su ferviente partidatismo, estaba al tanto de lo que ocurría en aquellos aciagos días. Me lo comentaba todo y yo, cuando consideraba que alguna noticia pudiera ser de interés, se lo transmitía al general Beltrán. A veces algunas llamadas eran para el propio general, para que ordenara la conducción y escoltas de pertrechos de artillería del Laboratorio de Artificios de Belén de las Flores, o de la Fábrica de Pólvora de Santa Fe, hasta las baterías leales, o exploraciones y vigilancias en los alrededores.

Con aquellas informaciones tenidas con Laisón, con lo que yo observaba y con lo que oía cuando charlaban los jefes del Colegio Militar con el general Beltrán, pude —en ratos perdidos— anotar en una pequeña libreta mis observaciones. Una especie de diario sintético escribí, con la intención de ampliarlo cuando estuviera en condiciones de poder hacerlo.

Pude saber que aquel día 11 de la iniciación del fuego para recuperar la Ciudadela, a la misma hora en que caía muerto el coronel Juan G. Castillo en la avenida Morelos, dos cuerpos de rurales, de procedencia maderista, eran lanzados en una carga inusitada desde la Alameda Central, por la calle de Balderas, sobre la Ciudadela. Carga cerrada, a sable, contra los defensores de un reducto, de una fortaleza coronada de ametralladoras y defendida por cañones apostados en las bocacalles. Los felixistas los habían dejado acercarse hasta casi llegar a la Ciudadela, y entonces rompieron un fuego atroz sobre aquellos infelices, mandados al sacrificio quizá premeditadamente.

La batería de cañones emplazada en el cercano hotel Imperial no cesaba de disparar. Se oían cañonazos por todas partes en fuegos de ráfagas, y las ametralladoras y la fusilería disparaban sin cesar. Era el infierno.

Me fui retirando hacia Chapultepec, por la Reforma. Otra vez, como el domingo por la tarde; entonces reinaba la tranquilidad, aun cuando fuera aparente. Ahora era ya el mediodía y una lucha tremenda estaba desatada.

A medida que me iba alejando del combate, sentía que el fragor de los disparos se iban aminorando, que la fatídica Ciudadela iba quedando atrás.

—Otra vez vienes a pie.

—Ya ves; me mataron al matalote. ¡Pobre!, era malo pero no merecía tal castigo.

## IX

Los oficiales de la Guardia que por turno hacíamos el servicio diario de escoltas montadas, o de guardia en la entrada al Castillo de Chapultepec, teníamos el contacto natural con los ayudantes del presidente, nuestros superiores inmediatos, y habíamos hecho conocimiento y hasta amistad con los empleados y la servidumbre de la residencia presidencial. Particularmente yo había hecho amistad con el encargado del conmutador de los teléfonos. Con él conversaba con frecuencia, pues había encontrado en aquel Adolfo Laisón Banuet una simpatía, proveniente de que él había sido, como yo, partidario activo del señor Madero desde antes que fuera presidente.

En el desempeño de su trabajo con la red telefónica, con el deseo de inquirir bien, y con la habilidad que había adquirido, unido todo ello a su ferviente partidatismo, estaba al tanto de lo que ocurría en aquellos aciagos días. Me lo comentaba todo y yo, cuando consideraba que alguna noticia pudiera ser de interés, se lo transmitía al general Beltrán. A veces algunas llamadas eran para el propio general, para que ordenara la conducción y escoltas de pertrechos de artillería del Laboratorio de Artificios de Belén de las Flores, o de la Fábrica de Pólvora de Santa Fe, hasta las baterías leales, o exploraciones y vigilancias en los alrededores.

Con aquellas informaciones tenidas con Laisón, con lo que yo observaba y con lo que oía cuando charlaban los jefes del Colegio Militar con el general Beltrán, pude —en ratos perdidos— anotar en una pequeña libreta mis observaciones. Una especie de diario sintético escribí, con la intención de ampliarlo cuando estuviera en condiciones de poder hacerlo.

Pude saber que aquel día 11 de la iniciación del fuego para recuperar la Ciudadela, a la misma hora en que caía muerto el coronel Juan G. Castillo en la avenida Morelos, dos cuerpos de rurales, de procedencia maderista, eran lanzados en una carga inusitada desde la Alameda Central, por la calle de Balderas, sobre la Ciudadela. Carga cerrada, a sable, contra los defensores de un reducto, de una fortaleza coronada de ametralladoras y defendida por cañones apostados en las bocacalles. Los felixistas los habían dejado acercarse hasta casi llegar a la Ciudadela, y entonces rompieron un fuego atroz sobre aquellos infelices, mandados al sacrificio quizá premeditadamente.

Los dos cuerpos de rurales maderistas habían sido deshechos.

Apenas iniciado el fuego, como al mediodía, el capitán segundo de ingenieros, Francisco Pradillo, partidario de Félix Díaz, trató de minar las fuerzas del general Ángeles incitando al subteniente Leopoldo E. Arroyo para pasarse con la tropa a su mando al enemigo; el capitán Pradillo fue capturado, y por órdenes del general Ángeles se le fusiló en el propio lugar del soborno, que fue el hotel Imperial.

La batalla en ese día fue favorable para los rebeldes.

Ese mismo día, ya por la tarde, se presentaron en el Castillo el capitán Manuel M. Blázquez y los tenientes Ruiz de Chávez y Enrique García. El capitán había regresado de Veracruz, y los tenientes pudieron salir del cuartel. Sólo quedaban allí el subteniente Bernardo Pérez y el personal de tropa, al parecer prisioneros primero, y quizás a esas horas combatientes del lado felixista.

El capitán y los tenientes quedaban a las órdenes del general Beltrán, jefe del punto. No hicieron comentario alguno con mi insignificante persona.

Toda la noche siguió el cañoneo y el fuego de la fusilería y las ametralladoras. Desde la terraza del Castillo se veía la ciudad, que había quedado a oscuras, dentro de un fuego grandioso, imponente, de cañonazos y en medio de un marco de detonaciones. Espectáculo impresionante, solemne; pirotecnia macabra.

Los felixistas, con la captura de la Ciudadela, habían tomado una fuerza enorme. Los pertrechos existentes en

los almacenes eran 55 mil fusiles, 30 mil carabinas, veintiséis millones de cartuchos, 13 mil granadas, 120 ametralladoras y como cuarenta cañones de diversos calibres, dos de ellos de los barcos de la Armada, abastecidos con granadas en profusión.

Además, contaban con las baterías organizadas de los regimientos sublevados 1º y 2º de Artillería; tres de ellas de campaña y una de montaña.

La Artillería rebelde fue emplazada en las bocacalles que daban a la Ciudadela, y las ametralladoras en las azoteas de la fortaleza y en las de los edificios cercanos a la misma.

En contraste con la potencia de fuego del enemigo, las fuerzas leales sólo contaban con cinco baterías de cañones. Una que había quedado leal del Primer Regimiento, dos de las fuerzas del general Ángeles; dos más que pudieron organizarse en plena lucha, una de ellas mixta por la diversidad del material que la componía, servida, por cierto, esta última, muy eficazmente por personal de alumnos del Colegio Militar.<sup>1</sup> Una sección de cañones de montaña, un mortero y un cañón aislado. Granadas para los cañones del gobierno solamente había la dotación de los cofres, por lo que había que estar recurriendo constantemente al Laboratorio de Artificios en Belén, para cargar rápidamente los cascos vacíos.

El emplazamiento de la Artillería leal era, por el Paseo de la Reforma, la del general Ángeles; en la Rinconada de San Diego una sección, y en el Campo Florido el resto. Los objetivos eran la Ciudadela, en primer término, la cárcel de Belén y la Asociación Cristiana de

---

<sup>1</sup> Esta batería estaba al mando del teniente Carlos Rodríguez Malpica.

Jóvenes; sitio este, el más elevado de los que ocupaban los felixistas.

El objetivo de la artillería felixista era la ciudad entera. Causar daños a la población civil para que ésta presionara ante el gobierno y éste se derrumbara.

El fuego de artillería amenguó durante la noche del día 11, pero se reanudó violentamente a las seis de la mañana del día 12. Era tan sólo la Ciudadela la que disparaba desesperadamente, sobre un objetivo fijo y por demás cercano. A boca de jarro tiraban sus cañones sobre el muro de la cercanísima prisión de Belén.

Fuego que no cesó hasta conseguir abrir un boquete por el que dieron salida en masa a los numerosos presos que allí estaban reclusos. Ese contingente de criminales fue a engrosar las filas de los felixistas.

Ese mismo día 12, a media tarde, otra carga de rurales por las calles de Balderas fue aniquilada. Parecía que había el propósito de mandar al matadero a los elementos del gobierno, a aquellos que parecían más leales, incorruptibles al soborno y a la deslealtad.

Esa misma tarde el general José Delgado, jefe de una de las columnas de ataque a la Ciudadela, logró llegar hasta la Sexta Demarcación de Policía, situada en las calles de Victoria, y posesionarse de ella. Fue desalojado de allí, y la torrecilla del reloj del edificio quedó abatida de certeros cañonazos.

Otro día perdido para las fuerzas del gobierno.

Al general Eduardo Cauz se le había puesto a su mando una fuerza de Caballería, un escuadrón del Primer Regimiento, el que había quedado leal, y dos de los rurales

de la Federación. Estaba su fuerza por los llanos de la Condesa, prácticamente dependía del jefe del punto de Chapultepec, general Joaquín Beltrán. Tenía a su cargo practicar reconocimientos sobre Santa Fe, en observación de los zapatistas del Ajusco, y escoltar remesas de cascos vacíos de granadas disparadas y surtir a las baterías de nuevas granadas recargadas.

Fui comisionado para conducir a la fuerza del general Cauz, enviada a llevar cascos y regresar con granadas, desde la Condesa hasta el Laboratorio de Artificios en el Molino de Belén. No conocían los dragones los vericuetos del camino para llegar al establecimiento. Una sección de Caballería escoltaba al carro que conducía los cascos primero y las granadas después.

A la Artillería del gobierno no llegaron a faltarle granadas durante la fatídica Decena.

El jueves 13 el combate cobró mayor intensidad y vigor que los días anteriores. El fuego, reloj en mano, se inició con suma intensidad a las nueve de la mañana, y perduró con igual violencia hasta las doce y media para volver a reanudarse a las cuatro de la tarde y decrecer a las siete de la noche. Volvió a reanudarse a las once de la noche y prolongóse hasta las dos de la mañana del día 14.

Aquello era el infierno.

Ya para las once de la mañana los batallones 7º y 2º de las fuerzas leales habían logrado adelantar hasta las calles de Victoria y avenida Morelos, dentro de un fuego intensísimo de fusilería y ametralladoras.

El cañoneo era tan intenso que muchos de los cristales de las ventanas de las casas se rompían por la vibración atmosférica. Por todos lados se oía el zumbar de

las balas. Los proyectiles de la artillería cruzaban por todos los rumbos de la ciudad, enviando innumerables fragmentos y balines que iban a incrustarse en las ventanas y en los muros de las casas, y hacían cientos de víctimas entre las gentes no combatientes.

El general Aureliano Blanquet, que estaba en Toluca con su famoso 2º Batallón, había recibido órdenes para trasladarse a la capital, y lo hizo el día 12, pero no llegó sino hasta el día 13, por haber encontrado quemados dos puentes pequeños en la vía del ferrocarril en que efectuaba el traslado de su fuerza. Desembarcó en Tacuba y fue a acampar en la Tlaxpana, a la altura de la calzada de la Verónica. Allí permaneció los días 13 y 14.

Ese día, que era viernes, el combate fue intenso, tanto o más que los de los días anteriores.

Se inició a las seis y media de la mañana, recrudeciéndose hasta las once. Dentro del combate mismo, dos compañías del 29º Batallón, al mando del capitán Juan Francisco Barrios, con todo y sus ametralladoras se separaron del batallón y fue a unirse a los rebeldes de la Ciudadela.

El día 15 el general Blanquet, y lo que le quedaba de su 29º Batallón, fue llevado al Palacio Nacional para cuidar del recinto oficial y de la seguridad del presidente Madero. Ese día el cañoneo se había iniciado terrible desde las tres de la mañana, continuando hasta en la tarde.

El Cuerpo Diplomático, por insistentes gestiones hechas ante el gobierno y los rebeldes, consiguió que se hiciera un armisticio para que los no combatientes pudieran alejarse de la zona peligrosa. El paro del fuego sería por

veinticuatro horas, comenzando desde las dos de la mañana del día domingo 16. Súbitamente aparecía un descanso dentro de aquel fragor.

Las gentes pudieron salir a las calles a procurarse elementos para la alimentación, a ver a los conocidos, a inquirir noticias.

Sorpresivamente, sin motivo aparente alguno se rompió el fuego por ambas partes, a las dos de la tarde. Muchos civiles que confiadamente transitaban por las calles, quedaron muertos o fueron heridos.

El día 17, lunes, el cañoneo fue ligero en comparación con los días anteriores. Fuego intermitente y como que tendiese a desaparecer.

Se rumoró que al día siguiente sería el asalto formal y decisivo a la Ciudadela. El fuego se inició intenso desde temprana hora. Los rebeldes lograron incrustar una granada en la Puerta Mariana del Palacio Nacional.

Llegábamos al final de la cruenta jornada. Era el martes 18, diez días después de los primeros tiros de aquella vergonzosa acción.

## X

El fuego aminoró al mediodía. Suponíamos que de un momento a otro se iría a reanudar con mayor violencia, ya que se creía que iba a efectuarse el asalto final, el decisivo. No fue así.

Nada pasó ya. Enmudecieron los cañones y callaron los fusiles y las ametralladoras. El silencio es a veces precursor de los grandes acontecimientos.

Iban a hacer mutis las masas de comparsas para dejar

sólo en la escena a los personajes connotados: víctimas y victimarios.

A las dos de la tarde fue aprehendido, en el Palacio Nacional el Presidente de la República, don Francisco I. Madero, y todo su gabinete por el general Aureliano Blanquet, al frente de su famoso 29° Batallón. Minutos antes habían sucumbido a manos de los ayudantes del presidente, Gustavo Garmendia y Federico Montes, los secuaces de Blanquet, teniente coronel Jiménez Riveroll y mayor Izquierdo.

El general Huerta, comandante de la plaza, había aprehendido simultáneamente en el restaurante Gambrinus, de las calles de Plateros al señor Gustavo Madero, hermano del presidente, a quien Huerta había invitado a comer para agasajar al coronel Francisco Romero, que ese día había ascendido a general. Gustavo Madero y el intendente del Palacio Nacional, Adolfo Bassó —quien también había sido aprehendido—, fueron remitidos por el general Huerta a la Ciudadela, para que Félix Díaz y los suyos los ejecutaran cruelmente esa misma noche al pie de la estatua del cura Morelos.

El general Ángeles, tenido por sumamente leal e incorruptible, fue llamado a la Comandancia Militar y apresado.

Huerta, el atacante, y Félix Díaz, el defensor, estaban de absoluto acuerdo, se habían entendido por medio de intermediarios e incluso se habían entrevistado. El embajador americano, Henry Lane Wilson había sido el alma de aquellas componendas siniestras, y a las nueve y media de la noche de ese día 18, en el local de la embajada americana, presentes Victoriano Huerta y Félix Díaz, acompañados por sus más destacados partidarios,

hicieron un pacto solemne. Huerta sería el presidente provisional con un gabinete impuesto por Félix Díaz, quien quedaba en condiciones de ser el futuro Presidente de la República, después de unas elecciones que se verificarían al menor tiempo posible. El Senado de la República, encabezado por el licenciado Francisco León de la Barra, deponía al presidente legítimo, don Francisco I. Madero, y daba el mando del Poder Ejecutivo al general Huerta.

El día 19, siguiente a aquel en que se efectuó la consumación del atentado, Huerta puso su primer telegrama, ya investido del mayor poder, a los gobernadores de los estados y a los comandantes de las zonas y comandancias militares del país: "Autorizado por el Senado, he asumido el Poder Ejecutivo, estando presos el Presidente y su Gabinete".

Las chusmas azuzadas por los vencedores prendían fuego y saqueaban la casa del padre del presidente Madero de la calle de Berlín y el edificio del periódico *La Nueva Era*, y se desbordaban por las calles vitoreando a los flamantes mandatarios.

En la capital de la república reinaba el júbilo; en los estados posiblemente había indiferencia, conformidad con lo acaecido.

Sólo dos gobernadores protestaron: el de Coahuila, don Venustiano Carranza, y el de Sonora, don José María Maytorena; pero éste, a raíz de su protesta, solicitó un permiso a la Legislatura de su estado y salió del país, dejando el mando a un sustituto nombrado que lo fue el señor Ignacio L. Pesqueira.

Don Venustiano Carranza, ese mismo día 19, desde Saltillo, apoyado por la Legislatura local, lanzó un de-

creto desconociendo a Huerta y aprestándose para una lucha que había de ser desigual, cruenta e implacable. Sólo contaba con trescientos hombres armados de las fuerzas irregulares del estado. En Sonora había fuerzas considerables, también irregulares, que respaldaban la actitud del gobierno de su estado.

Doña Sarita, la esposa del presidente Madero, cuando supo de los acontecimientos, abandonó sus habitaciones del Castillo de Chapultepec y, a bordo de su automóvil Mercedes, fue a refugiarse a la Legación del Japón.

Terminaba todo: un gobierno emanado por el voto unánime del pueblo caía por el golpe artero de una casta militar. Por primera vez en la historia de México, un presidente civil había llegado al poder por la voluntad manifiesta y espontánea de la inmensa mayoría de los ciudadanos y caía por un golpe premeditado, asaz, espurio y vergonzoso.

Vuelta atrás, a la “Edad Media” mexicana. Vuelta a la oscura noche del pasado. Vuelta atrás de los desheredados que vieron, con Madero, el asomo de una luz de esperanza y redención.

La Ciudadela, monstruo ficticio, fantasma terrorífico, había sido creada por los unos y por los otros. Los que aparecían como rebeldes y los que fueron a combatirlos. Renacía Huitzilopochtli sediento de sangre, y a sus pies se sacrificaron miles de seres humanos. Ante él se inmolaron a las nuevas víctimas, no ya a golpes de cuchillos de obsidiana, sino a cañonazos y a tiros de fusiles y de ametralladoras. Moderno y flamante Hutzilopochtli era la Ciudadela. Las bandas de guerra que tocaban “diana” deberían de tocar “silencio” por los caídos; asesinados,

tal es la palabra; la noche caía sobre el infortunado país y las campanas de los templos echadas a vuelo debieran de tocar lúgubrementemente a muertos.

Se llenaba de lodo inmundo el ejército, y aquel lodo salpicaba a la propia ciudad, a la capital, y enfangaba a sus habitantes que vitoreaban a los vencedores.

El fango quedaba aquí, en la ciudad grande.

No había de llegar a la provincia. Algo limpio había de quedar de aquella porquería. Un pedazo de tela por donde coger la sábana ensuciada y sacudirla y lavarla, si es que fuera posible, o tirarla al fuego para purificar el ambiente corrompido.

Se habían disparado en la ciudad once mil granadas de cañón, y varios millones de cartuchos habían lanzado las ametralladoras y fusiles. Todo sobre carne mexicana.

Mientras repicaban las campanas de los templos echadas a vuelo, anunciando a los fieles la victoria, los carros de la basura del Ayuntamiento recogían por las calles los cadáveres de las gentes caídas, como ordinariamente, antes, recogían los desperdicios de las casas.

Cargamentos fúnebres que eran llevados a los llanos de Zoquiá, allá por Balbuena, hacia San Lázaro, donde está el rastro en que matan a los puercos. Y allí, amontonados en pirámides, ardían los cadáveres en piras sinietras. Tomaban de nuevo, brevemente, vida los muertos al contacto con el fuego y se retorcián, se volteaban; estiraban las piernas y crispaban las manos. Parecían, en un supremo, en un desesperado, último e infinito esfuerzo, maldecir a los asesinos, crispando los puños hacia el cielo; amenazando con una justicia inmanente que había de llegar un día.

Quemaban las llamas, freían los cadáveres y esparcían por el ámbito el olor penetrante del chicharrón humano, como normalmente se esparcía por las barriadas el olor del chicharrón de los puercos sacrificados diariamente en el rastro de Zoquipa.

Había que barrer la ciudad, quemar los muertos, quitar los despojos, lavar la sangre; que las calles quedaran limpias y fueran engalanadas para que por ellas desfilaran los héroes de la Ciudadela.

De la trágica jornada quedaba un saldo oprobioso: sangre, sudor, ignominia, dolor y mugre.

El desfile de la victoria fue el día 20 y se inició a las cuatro de la tarde, partiendo de la Ciudadela.

La prensa diaria, ya normalizado su funcionamiento, nos daba detalles del suceso.

El recorrido fue desde la Ciudadela, por la calle de Balderas, hasta la avenida Juárez, calles de San Francisco, Plateros y Portal de Mercaderes, hasta el Palacio Nacional.

La descubierta de la columna la integraban los alumnos de caballería de la Escuela de Aspirantes, que por cierto iban montados en nuestros magníficos caballos del escuadrón de Guardias de la Presidencia. Llevaban una bandera nacional enlutada, en señal de duelo por los caídos.

Seguían doce automóviles con partidarios que habían combatido. Civiles combatientes y gente del pueblo llevando grandes lienzos con letreros alusivos: “Viva el valiente general Félix Díaz”, “Viva el héroe de la Ciudadela”, “Viva la patria”.

Detrás ocho automóviles más con partidarios, y enseguida otros ocho automóviles, que ocupaban los miembros de la Asociación del Colegio Militar.

Vestido de azul marino y montando brioso corcel retinto, el general Félix Díaz, llevando a su lado a su eficaz colaborador, el general Manuel Mondragón.

Las calles estaban engalanadas en todo el trayecto con banderas y lienzos tricolores, y en los balcones damas y caballeros aplaudían frenéticos y arrojaban flores a los desfilantes, especialmente al héroe.

Tras Félix Díaz, en varios landós descubiertos, de los de la presidencia, algunos miembros del nuevo gabinete, los ingenieros Alberto Robles Gil y Alberto García Granados, y el licenciado Jorge Vera Estañol, acompañados por militares de alta graduación, jefes y oficiales del Estado Mayor en otros carruajes.

Seguía la columna propiamente militar: los aspirantes de Infantería, las dos compañías del 29º Batallón, que se habían unido a última hora; el Batallón de Seguridad (los ratones), el Primer y Segundo Regimientos de Artillería. Voluntarios combatientes y, cerrando la columna, la gendarmería montada.

Finalmente coches con simpatizadores.

A las seis y media de la tarde llegaron al Palacio Nacional. Allí desmontaron Félix Díaz y Mondragón, y bajaron de los landós los nuevos ministros y penetraron hasta el Salón de Embajadores, en el que ya los esperaba el general Huerta, rodeado por el resto del gabinete: licenciados Rodolfo Reyes, Francisco León de la Barra y Toribio Esquivel.

Huerta y Félix Díaz se dieron un efusivo abrazo. Estaban rodeados de militares y de personas distinguidas.

Solamente Huerta dijo a Félix Díaz una especie de discurso:

Querido hermano: Dios quiera que tengamos la fortuna de que jamás vuelvan a registrarse sucesos sangrientos como los que de tal modo nos han consternado. Yo espero, general, y querido discípulo, que nos reunamos todos en estos momentos en que pasa la tragedia, para que unidos laboremos por el bien de la patria, a fin de que sea una de las primeras potencias del mundo.

El viernes 21, la prensa expresó con grandes caracteres que la paz era un hecho en toda la nación. Se rendían al nuevo gobierno los rebeldes Pascual Orozco, Higinio Aguilar, Gaudencio de la Llave, Juan Andrew Almazán, Cheché Campos y Benjamín Argumedo. Sólo faltaba por hacerlo Emiliano Zapata, pero pronto lo haría también.

## XI

El general Beltrán dejaba el Castillo de Chapultepec, uno de sus familiares en un automóvil fue a recogerlo. Se notaba amargura en su rostro. Antes de irse dispuso que el personal de la Guardia Presidencial se reintegrara a su cuartel, ya que no tenía objeto aquel servicio que se venía haciendo.

Funcionaban ya los tranvías, y en ellos, como era la costumbre, nos trasladamos hasta la garita de la Piedad, y allí, pie a tierra, a nuestro cuartel.

El mando de la pequeña fuerza lo llevaba el sargento segundo José Paredes. El capitán y los oficiales formábamos un grupo que caminaba por separado de la tropa. Con nosotros iba un oficial nuevo que se había incorporado en Chapultepec, el subteniente Jorge de

Caso, procedente de un regimiento de Caballería; era hijo de un amigo íntimo del señor Madero, parecía un buen muchacho.

Caminábamos indolentemente, sin prisa alguna; con curiosidad, observando los estragos de la lucha.

Por las calles de Bucareli todos los vidrios rotos en las ventanas de las casas. Los muros con incontables impactos de las balas. La torrecilla del reloj —regalo de una colonia extranjera cuando se celebró el centenario de la Independencia— yacía derribada por efectos de los cañonazos.

Nuestro cuartel abandonado. La puerta abierta de par en par.

Ni un hombre en la cuadra ni un caballo en los macheros. El equipo había volado. Uniformes, albardones, armas, muebles: nada había. En el patio una montaña de estiércol que despedía un olor fétido; olor inmundo y penetrante mezcla de las suciedades de los caballos con cadáveres en descomposición. Muertos que allí habían quedado y que estaban ya en franca putrefacción.

En todas partes excremento y orines.

Una verdadera cloaca; una asquerosidad.

Dispuso el capitán que la tropa dejara sus armas en el cuarto de la Prevención, que sólo quedarán dos guardias como vigilantes, y que todo el personal quedase franco un día entero.

Fui a dar a la casa de mi tío Marcos Benavides. Vivía por la colonia Roma. Pariente de los Madero, había venido a radicar a la capital con su familia; era viudo y le acompañaban sus hijos: María, Marcos, José Ángel, Luis, Carlos, Rodolfo y Gustavo, que había entrado ese año como cadete en el Colegio Militar. María cuidaba de la

casa, Marcos trabajaba desde años antes en los ferrocarriles y los demás muchachos trabajaban como meritorios en oficinas del gobierno.

Me recibieron con el cariño de siempre. La familia estaba triste por todo lo acaecido. Con la caída del presidente Madero se derrumbaba para ellos un mediano pasar que apenas se había iniciado.

Me di un buen baño, que buena falta me hacía. Ropa limpia y un traje de uno de mis primos me fue proporcionado, así como comida y cama.

—¿Qué piensas hacer? —me preguntó mi tío.

—Voy a pedir mi baja y me iré para la tierra a trabajar en lo de siempre.

—No; tú debes irte con Venustiano o con Emilio Madero, que sin duda se ha de ir a levantar en armas. Allí está tu lugar.

—Tiene usted razón, así lo haré, pero antes pienso ir a ver a mi madre y a mis hermanos a Torreón.

Por la tarde escribí a mi madre anunciándole mi próxima ida en cuanto me dieran mi baja. Escribí también mi petición de licencia absoluta a la Secretaría de Guerra y Marina.

Dormí cómodamente, de un tirón, como hacía ya tanto tiempo que no lo hacía.

Cuando llegué al cuartel, al día siguiente, el personal franco y los que habían estado en la Ciudadela se habían incorporado ya. El día anterior gente de salubridad había ido a recoger a los difuntos sepultados entre la montaña del estiércol acumulado en el patio. Eran tres los cadáveres ya en putrefacción que allí estuvieron. Ya no olía tanto a muerto pero seguía el olor del estiércol.

Al encontrarse los que habían estado en la Ciudadela con los que quedamos en Chapultepec, parecía como si hubieran dejado de verse por un largo tiempo. Mucho había que contar. Los de la Ciudadela se sentían ufanos, superiores a los otros, a los que miraban con cierto menosprecio. Estaban bien fogueados o presumían de estarlo.

Narraban que el segundo día de la Decena Trágica, ya sin los tenientes que los habían abandonado y al mando sólo del subteniente Bernardo Pérez y el sargento primero Francisco Márquez, habían sido apresados por fuerzas del Batallón de Seguridad y desarmados; entre filas fueron conducidos desde el cuartel hasta la Ciudadela. Que allí quedaron relativamente como prisioneros pero sin vigilancia alguna, y de haberlo querido hubieran podido salir, pero que varios de ellos habían encontrado pronto acomodo como asistentes de Félix Díaz y de otros jefes por ser conocidos de ellos; y los demás, voluntariamente se alistaron con los rebeldes, entre ellos el propio subteniente Pérez, que había encontrado entre los aspirantes a amigos y compañeros.

Nos dijeron que nuestro cuartel había sido ocupado por parte de los presos que habían sacado de la prisión de Belén, que peleaban desde las azoteas; que esa gente maleante era la que había cogido cuanto teníamos, la que nos había limpiado materialmente de nuestras pequeñas pertenencias personales y de los depósitos de vestuario y equipo del escuadrón.

Ellos vieron cómo fue la muerte de Gustavo Madero y Adolfo Bassó. Tenían muy fresca su visión porque lo ocurrido apenas había sido dos noches antes, precisamente la del día 19.

Esa noche, oscura como todas las de la Decena Trágica por la falta del alumbrado eléctrico, llegaron a la puerta principal de la Ciudadela dos automóviles conduciendo a don Gustavo Madero y al intendente del Palacio Nacional, don Adolfo Bassó, custodiados ambos por jefes y oficiales de los allegados al general Huerta. Descendieron los ocupantes de los dos vehículos y se introdujeron en la fortaleza hasta el cuarto que ocupaba Félix Díaz, quien estaba acompañado por el general Mondragón, por el licenciado Rodolfo Reyes, Cecilio Ocón y otras personas. Los presos eran conducidos a empellones, y entre una gritería de felixistas que pedían la muerte de ellos.

—¡Que muera Ojo parado! ¡Que muera Bassó!

Gustavo Madero era apodado Ojo parado por la prensa contraria al gobierno, a causa de que uno de sus ojos, que había perdido, era sustituido por uno de cristal. A Adolfo Bassó lo consideraban autor de la muerte del general Bernardo Reyes el primer día de los trágicos acontecimientos, pues suponían que Bassó había manejado la ametralladora que desde Palacio Nacional le había causado la muerte.

La luz macilenta de una lámpara de petróleo alumbraba la estancia, los rostros enardecidos de los vencedores y las caras desencajadas de los dos presos.

Dentro de la gritería de los que exigían su inmediata ejecución, la sentencia fue dictada. Muerte inmediata.

Fueron arrastrados los presos materialmente desde el aposento de Félix Díaz hasta el exterior del recinto, en la plaza de la estatua de Morelos.

Gustavo Madero pedía clemencia, suplicaba, ofrecía. Era golpeado, befado e insultado ferozmente por una turba llena de odio. Un farol de mano iluminaba el ros-

tro patético de Gustavo, y uno de los sicarios, con un golpe de mazzazo le había herido el ojo bueno, dejándolo ciego en un instante y presa de un profundísimo dolor.

Un verdadero alarido, tan fuerte, tan profundo que se impuso a la gritería de los asesinos, fue lanzado por Gustavo. Gritaba, lloraba, llamaba a su mamá.

—¡Ojo parado! ¡Chillón! ¡Cobarde! ¡Muere! Balazos y puñaladas abatieron al hombre.

Un linchamiento. Un horror.

Adolfo Bassó fue ejecutado enseguida. Fue menor la crueldad y mayor su entereza.

Fue colocado en el pedestal de la estatua de Morelos. Su firmeza y arrogancia se impusieron a sus asesinos.

—Permítanme un solo momento —les dijo—; tan sólo para ver por última vez en mi vida a la Estrella Polar, que tantas veces me guió en mi vida de marino.

Se lo permiten, ¡qué más daba uno o cinco minutos más de vida! Arriba el cielo estrellado, dentro de la noche oscura, lucía la brillante estrella polar. Bassó la miró plácidamente, como ignorando su cercano fin. En un minuto, probablemente, pasó por su mente, su vida toda en el mar. Respiró hondamente, y poniéndose firme, con voz serena y calmada dijo:

—¡Estoy listo!

No fue una descarga ordenada sino una balacera la que dio fin a la vida del valiente.

Otro maderista, el prefecto de Tacubaya, Manuel N. Oviedo, también había sido aprehendido y asesinado en la Ciudadela.

Los tres cadáveres fueron llevados a nuestro cuartel y sepultados en el gran montón de estiércol que se hacinaba en el patio de la instrucción.

Estaba deshecho aquel flamante escuadrón de Guardias de la Presidencia. No había armas ni caballos ni equipo, y en el personal se percibía un desgano y cierto desprendimiento de la rigurosa disciplina que siempre reinó.

El capitán y los oficiales trataron de reorganizar aquello. Ante todo había que asear la casa y ponerla en condiciones de habitabilidad. Sacar el estiércol, barrer, regar. Se conseguiría simultáneamente todo lo que faltaba. Todo el personal de tropa se constituyó en fajina de policía de cuartel.

Ordenaba el capitán con su potente voz y le secundábamos los oficiales. La tropa trabajaba pero podía notarse que no lo hacía con el mismo ardor antes acostumbrado. Pensé yo que en el ánimo de aquella gente el capitán y los oficiales habíamos perdido mucho de la autoridad moral que parecía que antes tuvimos.

Se había derrumbado aquel castillo de naipes.

El único trompeta que quedaba, y que era el que estaba de guardia en Chapultepec durante toda la Decena Trágica, tocó lista de seis. Los instrumentos de la banda, junto con todo lo demás, habían desaparecido.

Se pasó lista y se dio parte que el personal estaba completo. Saldría franca la tropa a dormir a sus casas para presentarse a la "diana". No tenía caso que permanecieran en el cuartel, sin abrigo, ni camas y, sobre todo, sin armas. Sin objeto alguno además. Sólo quedaría un servicio en la puerta con uno de los sargentos.

Antes de retirarnos solicité hablar con el capitán. Estaba en la Comandancia, cuarto vacío, apenas con un pequeño escritorio y unas sillas que había conseguido el cabo escribiente, que me miraba con la dureza que le era habitual con sus subalternos. Esta vez me pareció más acentuada en la posición de firme.

—Mi capitán —le dije—, hago a usted entrega de mi solicitud al ciudadano secretario de Guerra y Marina para obtener mi licencia absoluta. Circunstancias especiales anteriores me hicieron militar y las circunstancias que prevalecen me hacen solicitar mi separación del ejército.

Enseguida me respondió violento:

—Señor oficial, desde que ha estado usted en este escuadrón a donde vino en mala hora, es ésta la primera satisfacción que me proporciona pidiendo irse a su casa, su rancho, o lo que sea. Dele su oficio al cabo y tenga usted la absoluta seguridad que su petición será contestada de conformidad. —Y dirigiéndose al cabo escribiendo, añadió—: Tramite usted esa solicitud desde luego. Mañana mismo, y junto con ella formule una petición de ascenso para el sargento primero Francisco Márquez, para que sustituya a este individuo. Pancho Márquez es el veterano de la tropa del escuadrón desde el tiempo del glorioso general Porfirio Díaz. Ésta será la manera más justa de desagraviar a este escuadrón manchado por la presencia de este señor. —Dirigiéndose a mí—: Puede usted retirarse.

Así fue mi despedida oficial del escuadrón de Guardias. Todavía pasaron unos días más esperando la respuesta de la Secretaría, favorable para mí, sin duda alguna.

## XII

La prensa diaria manifestó, la mañana del día 23 de ese aciago mes de febrero, que el Presidente de la República, don Francisco I. Madero, y el vicepresidente, licen-

ciado José María Pino Suárez, habían muerto la noche anterior, cuando eran trasladados de la Intendencia del Palacio Nacional, en que estaban presos, hacia la Penitenciaría. Que eran conducidos en dos automóviles, y escoltados, Madero por el mayor de rurales Francisco Cárdenas, y Pino Suárez por el teniente también de rurales Rafael Pimienta, acompañados por algunos de sus soldados, y que cuando estaban ya para llegar a la prisión, un grupo de maderistas armados había tratado de liberar a los dos reos, viéndose precisados los custodios a repeler la agresión, muriendo en la balacera que se efectuó, los dos mandatarios.

Nadie creyó el infundio tan burdo y descarado.

Los asesinos materiales fueron: Francisco Cárdenas, de Madero; y Rafael Pimienta, de Pino Suárez. Y la orden de los asesinatos salió de Huerta, Félix Díaz y todo el flamante gabinete.

Los cadáveres de los magnates fueron autopsiados y entregados a sus deudos.

Madero fue sepultado en el panteón Francés, y Pino Suárez en el Español. Ambos entierros deslucidos de acompañantes. Contadísimas gentes fueron los concurrentes.

*Sic mundus est.*

Inopinadamente fue relevado del mando del escuadrón el capitán Blázquez. Salía él primero que yo. Pequeña justicia inmanente de las pequeñas cosas. Lo sustituía el mayor de Artillería Alberto Quiroz, emparentado con el general Huerta, y naturalmente de su absoluta confianza.

Así que hubo tomado posesión de su cargo el nuevo comandante, y que fue enterado de todo lo relativo a la corporación, me llamó a la comandancia.

Era el mayor Quiroz bajo de estatura, afable en su trato.

—Estoy enterado —me dijo— de la solicitud de usted pidiendo su licencia absoluta. No veo el motivo de su separación. Usted puede continuar en este mismo escuadrón.

—Mi mayor —le contesté—, yo he sido militar por un verdadero accidente, por un compromiso con el señor Madero. Yo no tengo vocación para la carrera militar, y tengo pequeños intereses abandonados que requieren mi presencia. Hago falta en mi casa para mantener a mis gentes. Con lo que aquí gano no es posible, y mucho menos ahora que he perdido todo mi equipo y habría de reponerlo con sacrificio del haber, que no me alcanzaría.

—Tengo la mejor voluntad para usted.

—Gracias, mi mayor, se lo agradezco infinitamente, pero las circunstancias me hacen volver a mi pueblo.

—Como usted lo desee. Queda usted relevado de todo servicio y en absoluta libertad para marcharse a su tierra.

Me tendió la mano y se la estreché efusivo.

Estaba libre. Me había liberado. Sentí como si se me hubiera quitado una carga de encima, como si hubiera salido de una pesadilla, aunque el despertar no sería nada agradable sino una cruel realidad. Pero me sentí dueño de mí mismo, sin el aherrojo de una disciplina dura y un mucho deprimente. Estaba pobre, maltrecho, desilusionado, pero dueño de mi voluntad para tomar el camino que mejor me acomodara. Volví a encontrarme, a nacer de nuevo, con el ánimo bien dispuesto, dentro de mi juventud, para ir por donde mejor me pareciera.

Volver a empezar, como cuando fuimos con Madero llenos de ilusiones. Dentro de la oscura noche en que se sumía el país por el manto de la ignominia, una tenue

luz aparecía en el norte, en mi tierra viril. Aquella lucecita podría ser el asomo de una claridad. Allí estaba el principio de una dignidad ultrajada; allí estaba el pundonor; el deber de ciudadano consciente, quizá la inmólación y el sacrificio, pero también la conciencia bien clara de lo procedente.

Cuando llegué a la casa de mi tío Marcos Benavides y les di la noticia tan satisfactoria para mí, a él y a mis primos les causó alegría. Gustavo, mi primo, que apenas había ingresado como cadete del Colegio Militar, también dejaría de serlo.

—Vete con Venustiano —me repitió mi tío.

—No tengo dinero para el pasaje del ferrocarril, pero de algún modo me iré.

—Yo te conseguiré la manera de que puedas irte —me dijo mi primo Marcos, que trabajaba como taquígrafo en las oficinas de los ferrocarriles.

—¿Podrás arreglar el pasaje?

—Boleto para el viaje no lo conseguiría, pero de algún modo lo lograré. Mañana, o en pocos días, yo tengo la solución.

—Puedes ir a Saltillo donde todavía está Venustiano, o si no a La Laguna con Emilio Madero; la cuestión es que salgas de aquí y vayas a donde puedas ser útil.

No tardó mucho en llegar la contestación de la carta que le había puesto a mi madre. Me decía que les había dado mucho gusto que yo hubiera salido con bien de los recientes combates, y que mucho les hubiera agradao verme, pues desde hacía más de dos años sólo sabían de mí por carta, pero que no debía de ir a Torreón porque podría ser aprehendido o por lo menos moles-

tado. Ya las autoridades no eran las mismas; habían sido sustituidas por enemigos de los maderistas. Nuestro rancho de La Bética había sido incendiado por gentes de Benjamín Argumedo y de un tal Escajeda, todos ellos orozquistas, y que esas gentes y la de Cheché Campos dominaban la región junto con los federales; que lamentaban mucho no verme pero que mi deber era irme a unir con don Venustiano Carranza, puesto que Emilio Madero y todos los familiares de Panchito Madero habían tenido que salir violentamente para San Antonio, Texas. Por lo demás, ellos estaban bien de salud, nada más de salud; la iban pasando más mal que bien, con penurias y escaseces. Mi hermana le ayudaba en la casa y mis hermanos chicos seguían yendo a la escuela, algo mal vestidos y trasijados, pero que en fin, estaban bien gracias a Dios; que saludara de su parte a su hermano Marcos y a sus sobrinos, y que yo recibiera el cariñoso saludo de mis hermanos y el corazón y la bendición de ella.

Honda pena me invadió de pronto. Yo, el hijo mayor, el que sustituyó a mi padre desde su fallecimiento, al frente de los intereses que nos legara, el que debía de haber sido el jefe de la familia y el sostén de ella; el segundo padre de mis hermanos todavía muy pequeños, de nada les había servido por haber salido mala cabeza y haberme dado por irme a la bola siguiendo a Madero, y ahora que hubiera deseado volver al trabajo, a rehacer la vida y ser útil a mis gentes, no podía hacerlo porque las circunstancias me llevaban a seguir una carrera empezada como revolucionario y después como soldado.

Mi camino, pues, quedaba bien trazado.

Una mañana fui a la pagaduría del Estado Mayor Presidencial —ubicada en el Palacio Nacional—, para que me pagaran mis haberes, dejados de percibir desde que había empezado la asonada.

Tres pesos doce centavos diarios era el sueldo de un subteniente, y además, por estar en la Guardia Presidencial, una asignación de cuarenta pesos mensuales. Total unos ciento treinta pesos, última paga que me hacía el gobierno.

Una vez que hube cobrado, y cuando atravesaba el Patio Central para salir del Palacio, me encontré con el coronel Jesús Agustín Castro, que llegaba sin duda para ir a la Secretaría de Guerra. El coronel Castro era el comandante del 21º Cuerpo Rural de la Federación, procedía de los antiguos maderistas de la Segunda División del Norte que mandó don Emilio Madero, hermano del presidente sacrificado. Iba vestido de charro, con el uniforme reglamentario de los rurales.

Me dio gusto verlo y me apresuré a saludarlo. Era mi conocido, en cierto modo mi jefe maderista. Una idea cruzó con rapidez por mi mente, una esperanza: maderista como había sido el coronel Castro, seguramente, como yo, tendría la misma indignación por todo lo acaecido. Mandaba, además, un cuerpo rural. Lo lógico sería que se levantara en armas contra los usurpadores.

¿Qué mejor ocasión para quedar a su lado en vez de hacer un viaje largo hasta el norte en busca de don Venustiano Carranza?

Me saludó con afecto y yo le conté brevemente la situación mía.

—Y a usted, mi coronel, ¿no le tocó cargar con su cuerpo sobre los de la Ciudadela?

—Afortunadamente no. Mi cuerpo está casi intacto. Sólo unas cuantas bajas tuvimos. Si me hubieran ordenado cargar como a los otros compañeros, no lo estaría contando.

—¿Qué opina usted de lo que ha pasado?

—A mí me parece todo muy bien.

—Pero usted fue maderista.

—Fui, usted lo ha dicho. Tiempo pasado.

Súbitamente se desvaneció mi fugaz esperanza.

—Yo ya estoy dado de baja, mi coronel, me vuelvo a nuestra tierra. ¿Se le ofrece algo por allá?

—Nada. Que le vaya a usted bien.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> El coronel Jesús Agustín Castro llegó a Piedras Negras, Coahuila, cuartel general de la Primera Jefatura del Ejército Constitucionalista, por mayo de 1913. Iba a hacerse presente y ponerse a las órdenes de don Venustiano Carranza. El 21° Cuerpo Rural que él mandaba, y que estaba acuartelado en Tlalnepantla, de procedencia absolutamente maderista, por instrucciones de su comandante, el coronel Castro, se había sublevado contra el usurpador Huerta y había abandonado su cuartel lanzándose a la revuelta, combatiendo con cuanto enemigo encontró a su paso en una marcha triunfal hasta el estado de Tamaulipas, donde ya los constitucionalistas, a las órdenes del general Lucio Blanco, hacían magnífica campaña y se habían adueñado de las plazas fronterizas de Matamoros y Reynosa.

Yo ya estaba incorporado al Estado Mayor de la Primera Jefatura en Piedras Negras, Coahuila, cuando llegó allí el coronel Castro. Sorpresa agradable le causó cuando me encontró allí.

—Mi coronel —le dije—, yo hubiera querido haberme incorporado con usted en la capital. ¿Recuerda usted que lo saludé en el Patio Central del Palacio Nacional?

—Comprendí sus deseos inmediatamente que usted me habló. Yo ya tenía hecho mi propósito de rebelarme contra Huerta, pero quería sacar a mi cuerpo íntegramente. Debía tener sumo cuidado; era arriesgado y peligroso salir del seno del enemigo. Tenía que ser

Ya para salir a la calle me encontré a otro coronel maderista y comandante de un cuerpo de rurales, Martín Triana. Le saludé tan sólo y no conversé con él. Probablemente su actitud sería la misma del coronel Castro.

El coronel Martín Triana obró de manera semejante al coronel Jesús Agustín Castro, aun cuando las fuerzas rurales que él mandaba y que combatían en el estado de Morelos contra los zapatistas, no tuvieron el éxito que las del 21º Cuerpo Rural. Todos sus elementos, sin embargo, fueron a dar a las filas de los revolucionarios constitucionalistas. El 21º Cuerpo Rural conservó su cohesión absoluta y hasta engrosó sus filas grandemente.

### XIII

El ambiente que predominaba en la ciudad era de absoluta simpatía para Huerta y Félix Díaz. La inmensa mayoría de los habitantes de la capital, de una manera entusiasta manifestaban su aprobación por el final de un régimen que sólo había durado escasos dieciséis meses. Don Francisco I. Madero había sido Presidente de la República desde el día 6 de noviembre de 1911, hasta el 22 de febrero de 1913, cuando fue asesinado.

Nadie recordaba ya el recibimiento apoteósico que la misma ciudad de México le había hecho cuando llegó

---

muy cauto. Ni a mis mismos oficiales de confianza les había confiado mis propósitos.

—Tuvo usted razón de sobra. Fue una ingenuidad de mi parte pensar que pudiera yo haberme incorporado a sus fuerzas. La indignación que me embargaba me empujaba a buscar cuanto antes un lugar en la lucha contra el usurpador.

triunfante. Más de 200 mil personas lo aclamaron calurosamente el 7 de junio de 1911, a su llegada a la estación de Colonia. Un verdadero frenesí había sido el recibimiento, y apenas unas dos docenas de personas humildes fueron a su sepelio.

Todos fueron a la Ciudadela, todos habían combatido contra Madero. El ejército era el salvador del pueblo y los aspirantes eran unos héroes.

—¡Qué asco de gente!

Mi primo Marcos ya tenía arreglado que yo pudiera viajar por ferrocarril sin costo alguno. Me llevó a la estación de Colonia en donde él trabajaba, y allí me presentó a un íntimo amigo suyo de nombre José María Villarreal, joven agradable, fronterizo como nosotros y con empleo un tanto relevante en los ferrocarriles. El señor Villarreal, como todos los empleados de alguna significación, tenía para su uso un pase anual para poder viajar en los trenes cuantas veces quisiera sin el requisito de tener que proveerse de boleto. Bastaba la presentación de la tarjeta-pase al conductor y firmar una pequeña forma al propio conductor. Ni siquiera era necesario manifestar a dónde se iba, ni mucho menos el objeto del viaje.

—Sólo tiene usted que ensayar a falsificar mi firma, que es la única identidad de mi persona y está puesta en el pase. Con esa firma ha de signar la forma que le presentaría el conductor. Nada más que cuando usted haya llegado al final de su viaje, no deje de devolverme por correo certificado mi pase, porque me hace mucha falta.

—¿Y si algo me preguntan los empleados del tren, o tratan de conversar conmigo durante el trayecto?

—No es probable porque yo pertenezco a los servicios especiales, es decir, a la policía de la empresa, que tiene por misión la vigilancia e investigación de los empleados. Ver su comportamiento y reportar lo que no esté correcto. Se traduce todo esto en una cierta antipatía hacia nosotros, y si usted se mantiene reservado nada pasará. Por lo demás, usted verá que mi firma es muy simple, no tiene rúbrica al estilo americano, que es el que predomina en el ferrocarril.

Le agradecí el gran servicio que me hacía, y juntos los tres nos fuimos a tomar una copa a la cercana cantina. Él era un ferviente admirador de Madero, y de haber estado en condiciones quizás hasta algún dinero me hubiera proporcionado.

Los Benavides me proporcionaron una petaca pequeña corriente,<sup>3</sup> amigo J. M. Villarreal hasta conseguir imitarla lo más exacta. Si acaso, al usarla a bordo del tren no salía del todo exacta a la de la tarjeta-pase, podría achacarse al bailoteo del tren en marcha, cosa perfectamente creíble.

Los Benavides me proporcionaron una petaca pequeña corriente, y en ella colocó mi prima María dos mudas de ropa interior, mi ropa aquella de dril crudo que había usado durante la Decena Trágica, ya bien lavada la blusa y el pantalón, unos pañuelos y una novela de Ponson du Terrail para leer en el camino. En una bolsa de papel de estraza puso un pollo cocido, cuatro piezas de pan y tres plátanos. A los ciento treinta pesos de mi sueldo cobrados, les agregué cuarenta más que me dieron en un bazar de la calle de Vergara por mi pistola reglamentaria.

---

<sup>3</sup> Salto en la edición de origen.

Me despedí con fuertes abrazos de mi tío y de mis primos, y una buena mañana salí de la estación de Colonia, en el tren ordinario, con destino a Saltillo.

El carro de primera en que yo viajaba iba casi lleno. Antes de llegar a Tlalnepantla el conductor del tren revisó los boletos de los pasajeros. Vio mi tarjeta; sacó de uno de los bolsillos un pequeño *block* de formas impresas y me hizo firmar al calce de una de ellas. Comparó la firma estampada con la del pase y encontrándola correcta, me la devolvió.

Adosado a la ventanilla de mi asiento veía el paisaje pintoresco del valle de México que se iba alejando, que iba quedando atrás.

En el asiento que estaba frente al mío, una señora y una niña conversaban. La niña preguntaba ingenuidades, y la señora, su madre seguramente, le respondía complaciente.

Pasan a mi vista, y huyen, las tierras bien cultivadas, sin desperdicio alguno, cubiertas de alfalfares y de milpas. Líneas rectas de árboles que señalan, sin duda alguna, los linderos de las pertenencias de cada propietario rural; arboledas sombrías, frescas y acogedoras. Diversos matices de color verde, desde el suave o tierno hasta el oscuro intenso. Puntos blancos regados sobre la alfombra verde son las camisas de los hombres que trabajan. Cielo azul resplandeciente y limpio, y en el fondo, donde pudiera ser el horizonte, hacia Puebla, las montañas nevadas de los volcanes guardianes del hermoso valle de México.

Va quedando atrás el bello paisaje, como quedó atrás también la capital de la república, y dentro de ella la nefasta Ciudadela. Entra el terreno bronco y áspero del suelo patrio, que ha de continuar de allí en adelante

hasta los linderos del Río Bravo del norte. Desierto, huraño, salpicado acaso por varios oasis que constituyen algunos de los poblados del trayecto.

Va pasando el tren por la tierra pelada y polvorienta, reseca por la falta de agua. Miserable y pobre tierra sin cultivo. Rancherías de jacales que mal cubren de la intemperie. Niños semidesnudos, sucios y famélicos; hombres y mujeres tristes. Perros que apenas tienen ganas de ladrar y lo hacen con desgano, como para cumplir con una obligación.

En el monte rebaños de cabras y, en derredor de los jacales, gallinas que picotean el suelo. Cabras y gallinas vegetan; viven con nada y, en cambio, dan a sus dueños huevos y leche.

Cerros azules en la lejanía, con cierta belleza; y pelados, grises y feos cuando se llega a ellos.

Tierra pobre, polvorienta, vegetativa. Hombres como la propia tierra, pobres, sudorosos, desgrefñados, ceñudos y tristes. Mujeres demacradas, de rostros hieráticos, mezcla de rudeza y de resignación.

El camino férreo serpentea escalando o descendiendo por montes y collados cubiertos de aridez, y cuando pasa por los llanos, éstos son matorrales, o bien planicies con la vegetación rígida del desierto: biznagas, cardos, órganos y nopales; arbustos todos ellos cubiertos por espinas en vez de hojas.

Monotonía de un paisaje cruel que se desliza, al compás del fragor violento y brusco de las ruedas del tren, sobre el camino férreo.

A media tarde llegamos a Querétaro. Agradable oasis en el camino.

Ciudad señorial, joya de la Colonia. Histórica: cuna de la iniciación de la Independencia y escenario trágico de la caída del segundo Imperio, el de aquel príncipe rubio, Maximiliano, que cayó atravesado por las balas republicanas en la colina de Las Campanas.

Un manto de verdura placentera envuelve la ciudad. Un acueducto monumental, de esbelta arquería, parece ser una gigantesca balaustrada. La vía férrea, ya para llegar a la ciudad, serpentea, y en cada vuelta que da el convoy, un paisaje diferente se ofrece a la vista del pasajero. La Cuesta Chica, el camino carretero fragoso que de México conduce hasta Querétaro. El cerro del Cimatarío, pelado y bronco, teatro de fuertes combates entre sitiados y sitiadores del año 1867. Entre las hondonadas de los cerros que casi rodean a Querétaro, La cañada, verdura intensa de unos baños famosos.

En la planicie, al pie de los cerros, por donde desciende el tren, la hermosa ciudad colonial con sus calles empedradas y limpias; sus casas de un solo piso, con balconería de hierro forjado. Las atrevidas bóvedas del convento de la Cruz. Esbeltas torres y bellos cimborrios de un gran número de templos coloniales.

Se antoja la existencia tranquila y placentera que han de llevar los que tienen la dicha de morar en Querétaro. Lugar ideal para un remanso de la vida.

Cuando partimos de Querétaro cae ya el sol.

El paisaje torna a ser bronco, pero el crepúsculo atenúa sus arideces y la luz tenue de la penumbra parece hacerlo mucho más suave. Cae la noche. Las sombras invaden el campo y el paisaje es ya sólo un espeso telón negro.

El vagón está iluminado con la luz débil de sus lámparas, que medio disipan la oscuridad y apenas sirve

para denunciar la presencia de los viajeros, que más parecen bultos parlantes que roncan o que cuchichean.

El monótono ritmo de las ruedas del tren sobre los rieles y el movimiento acompasado y continuo del furgón llaman al sueño que flota suspendido en el ambiente, y acaba por caer sobre los viajeros.

## XIV

Al mediodía hemos llegado a Vanegas, estación de comida entre San Luis Potosí y Saltillo, con restaurante de chinos, cantina y principio de un ramal de ferrocarril que lleva a Matehuala.

Los veinte minutos que suelen dar a los viajeros de los trenes para tomar sus alimentos, se convirtieron en dos horas. Habían quemado dos puentes en las cercanías de la estación de Carneros, los rebeldes carrancistas.

No podríamos continuar porque la reparación se llevaría unos dos días, pues apenas se iba a alistar un tren de auxilio con materiales de reparación y trabajadores expertos para ir al lugar del siniestro, debidamente escoltados.

Mientras tomaba yo un café en el restaurante de los chinos, oía la conversación que, en una mesa de al lado, tenía un mayor con unos ferrocarrileros. Así me enteré que los rebeldes causantes de los daños eran un minero de Concepción del Oro llamado Eulalio Gutiérrez, y un tal Pancho Coss, de cerca de Saltillo. Que no eran gente de pelea para enfrentarse al gobierno, pero que no dejaban de molestar la vía férrea, y hasta pudiera esperarse alguna voladura con dinamita, ya que andaban

mineros entre los alzados. Que a él, con cincuenta hombres que tenía, y dos “cóconas” (así les llamaba a los fusiles ametralladoras), le venían “guangos” todos los alzados. Que Carranza ya había tenido que salir de Saltillo y andaba a salto de mata, con apenas unos trescientos hombres.

Regresó el tren a San Luis Potosí, a donde llegamos ya de noche. No tenía caso que yo fuera a Saltillo. Debería de ir a San Antonio, Texas y hacerlo cuanto antes en razón al poco dinero que llevaba.

Me alojé en un hotelucho cercano a la estación.

A media mañana del día siguiente salí en el tren que me llevaría a Tampico para continuar a Monterrey, y de allí a Laredo.

Tren mixto de lento caminar y con grandes demoras en las estaciones en que dejaba o tomaba carga con esas maniobras complicadas y un tanto misteriosas de todos los trenes de esa índole: se desprende la locomotora del convoy con parte de los furgones; toma otra vía; parece dejar a uno o varios de los carros que remolca y tomar otros; los lleva, los trae; camina para adelante y para atrás. Vemos pasar por las ventanillas a nuestra locomotora muchas veces, y al cabo de repetidas y cortas marchas, el convoy vuelve a quedar como estaba y sigue el camino con la innata velocidad que tomó desde que iniciara su marcha.

Al conductor del tren que revisó mi tarjeta-pase, y a quien le firmé la forma impresa respectiva, le vi cara sonriente y me pareció adivinar en él un deseo de conversar en cuanto terminara su revisión de los boletos del pasaje. Eché mano de la novela que llevaba en mi petaquilla y fingí embeberme en su lectura para lograr

esquivar al conductor. Ni siquiera puse atención al paisaje tropical del camino.

Ya oscuro el día arribamos a Tampico. Me alojé en un hotel cercano a la estación, de bajo precio.

Al día siguiente emprendí el viaje a Monterrey, haciendo el recorrido en el tren ordinario de pasajeros sin ninguna novedad y gastando lo menos posible en mi alimentación. Arribé a Monterrey ya anochecido y quise continuar desde luego el viaje a Laredo en el tren directo, para llegar a la frontera por la mañana a temprana hora, pero me encontré con que dicho tren había sido anulado, en virtud de que había algún puente y algunas alcantarillas quemados en las cercanías de Lampazos. Los desperfectos, me informaron, fueron ocasionados por los rebeldes al mando directo de don Jesús Carranza, hermano de don Venustiano.

Otro desvío en mi camino. Ahora debería de ir a Matamoros para allí cruzar el Río Bravo y llegar a la tierra norteamericana por Brownsville, Texas.

Como ya venía siendo mi costumbre, dormí en el hotel más cercano a la estación del ferrocarril, y también en el que me pareció más modesto.

A media mañana partí de Monterrey en otro tren mixto parecido en todo al de San Luis Potosí a Tampico, pero sin correr a través del paisaje tropical de la Huasteca, sino ahora por las características tierras norteñas, resacas, áridas y cubiertas de chaparrales, de mezquites, cactus y yerba gobernadora. Última revisión de mi tarjeta-pase, y postrera firma con aquel nombre de J. M. Villarreal que iba usurpando.

Ya era de noche cuando arribamos a Matamoros.

Tomé un coche tirado por escuálido caballejo para que me llevara hasta el “dipo”<sup>4</sup> del lado americano.

No era yo el único que llevaba por destino el lado americano.

Una familia llegada en el mismo tren también contrató un vehículo con el mismo fin.

Ya para llegar al puente internacional me oprimió un cierto sobresalto, una incertidumbre por si algo inesperado fuera a impedirme el paso. Gracias a Dios nada ocurrió. Viéndolo bien, nada podía ocurrir. ¿Quién era yo, humilde subteniente dado de baja del ejército? Uno de tantos mexicanos de los que pasan todos los días por los puentes internacionales en busca de un trabajo que no encuentran en su patria.<sup>5</sup>

Pasó el coche por la garita aduanera del puente sin detenerse.

Quedaba atrás definitivamente el suelo patrio; Matamoros con sus calles semiobscuras, polvosas y llenas de hoyos.

Pasamos frente a la garita de la Aduana americana, bien iluminada y limpia. Rápida revisión de mi maleta casi vacía. En una ventanilla de la propia oficina cambié mi escaso dinero por dólares. Dos pesos mexicanos por uno de los de Estados Unidos.

---

<sup>4</sup> En ambos lados de la línea divisoria fronteriza del norte, le decían “dipo” a la estación del ferrocarril. En inglés, *depot* es la designación correcta del lugar.

<sup>5</sup> En el año de 1913, y todavía en 1914, la frontera México-norteamericana era cruzada por los nacionales de los dos países sin requisito alguno de inmigración o salubridad, y la sola formalidad era la revisión de las aduanas.

Brownsville, ciudad bien iluminada, con casas de agradable aspecto y con calles adoquinadas, contraste notorio con la vecina Matamoros.

El “dipo” americano estaba desierto y la ventanilla de los boletos cerrada. En el pizarrón anunciador de la llegada y salida de trenes se leía que ninguno saldría esa noche, sino hasta por la mañana.

Me senté en una banca de la sala de espera.

Un hombre cincuentón, fornido, de pelo y tupido bigote entrecano, con la indumentaria que usa la gente trabajadora del campo, y portando una maleta semejante a la mía, llegó y fue a curiosear al pizarrón del movimiento de los trenes. Largo rato estuvo contemplando el horario y, un tanto desilusionado, fue a sentarse junto a mí.

—Ni modo —comentó conmigo—, hasta *tomorrow morning*.

—Sí, hasta por la mañana habría tren.

—¿Tú también vas a San Antonio, como yo?

—Para allá voy.

—¿Vienes de México a buscar “chance” a los *Estates*?

—A eso vengo.

—Haces bien en meterte más adentro, porque aquí en la frontera ahorita como no sea el “desenraice”,<sup>6</sup> no hay nada, y ese “chance” para mí no me acomoda. Ya estoy viejo y cojeo, por eso voy a San Antonio, que es pueblo grande y allí puede que encuentre algún trabajo menos peor. ¿Tú ya conoces San Antonio?

—Bueno, sí. Soy de Coahuila y algunas veces he ido a San Antonio.

---

<sup>6</sup> “Desenraice” es cavar la tierra y sacar las raíces de los troncos de los árboles talados para que el terreno quede laborable.

—¿Has trabajado en el campo?

—He trabajado en el cultivo del algodón.

—Eso es bueno. Aquí hay mucho de eso. ¿Eres bueno para la pizca y para el arado?

—Bueno... yo personalmente no lo sé porque nunca lo he hecho; yo tenía peones.

—Así no tiene chiste. Mandar es bonito, hacerlo ya no tanto. —Se me quedó viendo un rato y agregó—: No te veo facha de que puedas servir pal “desenraice” ni pal arado. Yo te voy a buscar, al fin vamos juntos al mismo pueblo, un “chance” bueno para ti. ¿Hablas inglés?

—Tantito. A lo mejor como usted.

—Como yo, no; yo nací aquí; soy de Falfurrias, Texas. Allí me casé y nacieron también allí mis hijos. A todos los enterré en Falfurrias, me quedé solo, viejo, medio cojo y pobre. Así es la vida.

Él tenía la palabra y parecía satisfacerse en hablar y en tener compañía con quien hacerlo.

—Tú conocerás San Antonio, pero habrás ido allí desde Laredo o de Eagle Pass; pero por aquí, desde Brownsville, se me hace que no. No creas que es cosa sencilla.

—Lo mismo ha de ser, ¿por qué había de ser diferente?

—Es otra cosa. De Laredo o de Eagle Pass agarras el tren nomás y te bajas en San Antonio. Los trenes van derechos y no sesgan de un lugar al otro. El tren de aquí no va derecho a San Antonio, va para el norte y hay que saber en dónde hay que hacer “desbordes”.

—¿Desbordes?

—Sí, dejar un tren para agarrar otro.

—¡Ah!, transbordar.

—Así les dirán ustedes los mexicanos. Tú no te me despegues. Yo conozco bien ese *bussines*. Si te me despe-

gas, cuando acuerdes ya no te bajaste a tiempo y la tienes que seguir por otro rumbo: te apean más adelante, pierdes el tiempo y te cuesta más *money*.

Consideré que tenía razón.

—Por lo pronto vamos “por’ay” a tomar un “cofi” y a ver dónde pasamos la noche, porque aquí no dejan. Los “sherifes” andan muy águilas y en todas partes creen ver gente vaga.

Fuimos a un restaurancito y cenamos parcamente.

Un galerón destartalado fue nuestro albergue. Doce catres de lona, con sendas almohadas sucias, era todo su ajuar. Era aquel el lugar barato para alojar a trabajadores mexicanos que van a bracear al lado americano. Veinticinco centavos de dólar costaba la dormida.

Afortunadamente nosotros dos éramos los únicos huéspedes esa noche.

—Si esto llega a estar lleno —le comenté a mi nuevo amigo—, puede que nos robaran la maleta, la ropa y quizás hasta los mismos zapatos.

—No lo creas. Aquí no pasa eso. En tu tierra así será. En este país el que roba le cae una condena de años y nadie se escapa. Cuando llegan acá, son muy mansitos ustedes por la cuenta que les tienen.

A la mañana siguiente desayunamos temprano y compramos unos emparedados para el camino. El pasaje a San Antonio me costó doce dólares y centavos.

Largo fue el trayecto y, efectivamente, hubo que hacer dos “desbordes” —como decía mi nuevo amigo— para llegar a San Antonio, a donde arribamos ya anochecido.

Por el camino hubo tiempo sobrado para que mi acompañante —o mejor dicho a quien yo acompañaba—, me refiriera su vida toda y un sin fin de cuentos e historias.

Su gusto era hablar; mal lo hacía, pero no paraba. Refería lo suyo y lo demás nada, nada le interesaba. No era curioso en indagar vidas ajenas y, consecuentemente, nada inquirió sobre mí. Ni siquiera preguntó por mi nombre y, en cambio, me dijo el suyo: Pat Reyes, o sea Patricio, pero abreviado, para tener, sin duda, un acento norteamericano.

Lo que contaba era sencillo, simple.

Pude estimar que era hombre bueno, honrado y de trabajo. Rudo y franco, pero sin dobleces. El haber quedado viudo y sin hijos lo hacían buscar acomodo en algún lugar que, aunque fuera remotamente, pudiera olvidar su soledad.

Parecióme que yo le había caído bien y me miraba con aire de paternidad, quizá pensando que yo pudiera ser su compañero en el trabajo.

En San Antonio nos alojamos en una casa parecida, en todo, a aquella en que habíamos dormido la noche anterior en Brownsville.

## XV

—Oiga, don Pat, voy a dar una vuelta por el centro.

—No te vayas a perder.

—Pero quién se puede perder en San Antonio, que sólo tiene dos calles, que son las de Comercio y Houston, y las dos van a la Plaza del Álamo.

—Mira, pues sí conoces bien.

—No le he dicho que soy de aquí cerquita. Nomás del otro lado.

—Bueno. No te entretengas. Te espero para el mediodía. Yo mientras voy a buscar “chance” para los dos.

—Ay le encargo mi equipaje.

—Aquí no se pierde nada. Cuándo acabarás de entender.

Fui en busca de doña María Barrera, pariente lejana por el lado materno. Sabía que era propietaria de un restaurante elegante de comida al estilo mexicano, y que su establecimiento estaba ubicado por la Plaza del Álamo.

Me fue fácil dar con el lugar. Realmente era atractivo aquello. Bien decorado el salón con motivos mexicanos discretos; notorio aseo en las mesas y en la servidumbre. La especialidad de la casa —mejor dicho, lo que allí sólo podían servir— eran tamales, enchiladas, cabrito y chile con carne. Todo ello, según supe después, de una excelente calidad.

No estaba doña María a la hora que yo llegué; me informaron que era segura su presencia a la hora de la comida del mediodía, y muy especialmente en la cena o merienda, que era cuando la clientela era mayor. La ausencia de la dueña no fue óbice para que me dieran la dirección de la casa en que estaba alojada la familia Madero. Eran bien conocidos por ser parientes de la propietaria, y con suma frecuencia iban allí a tomar sus alimentos.

Don Emilio Madero escuchó con suma atención cuanto yo hube de contarle de lo de la Decena Trágica; claro que no era mucho lo que podría narrar un oficial subalterno; terminé pidiéndole estar a su lado para la nueva lucha. ¿Con quién mejor que con él, con quien había andado anteriormente, y con mis viejos compañeros maderistas?

—La familia Madero —me dijo— no va a tomar participación alguna. Es un propósito que nos hemos im-

puesto todos los familiares de nuestro desaparecido hermano. Yo te agradezco en el alma, en nombre mío y de toda mi familia, tu buena intención, tu desinterés y la abnegación que demuestras. Para nosotros, con la muerte de Francisco, y de Gustavo, ha terminado todo; los perdimos a ellos y hemos tenido que abandonar la tierra y todos nuestros intereses. Estamos sumamente adoloridos y decepcionados. Nada queremos. Si tú, que eres joven y con ardor para luchar, quieres hacerlo, vete con don Venustiano Carranza, el gobernador de nuestro estado, que está tratando de organizar fuerzas contra los traidores. Con él encontrarás a muchos conocidos y amigos. Es muy sencillo llegar con él; debe de andar por las cercanías de Saltillo o por Monclova. Piedras Negras está en su poder, y el jefe de las armas de allí es Gabriel Calzada, a quien tú conoces bien; allí puedes ir si lo deseas. Aquí mismo, en San Antonio, anda el teniente coronel Garfias, que lo envió don Venustiano Carranza para ver si conseguía que la familia Madero diera dinero para fomentar la lucha. ¿Qué dinero vamos a dar nosotros si nos quedamos sin nada? Además, no deseamos inmiscuirnos; es ésa nuestra determinación. ¿Conoces a Garfias?

—Bastante. Era el segundo jefe del Estado Mayor Presidencial.

—Búscalo. Es fácil dar con él. Aquí en San Antonio se encuentran las gentes unas con otras, todos los días. Está alojado en la casa de doña María González, una señora que ha sido muy maderista. Renta cuartos amueblados, y su casa está en la calle de Houston, pasando el hospital de Santa Rosa, casi enfrente, no sé el número, pero es muy conocida. Cualquiera te da razón de su casa.

Garfias te contará cómo andan las cosas en Coahuila y le ha de dar gusto oír lo que tú le cuentes de México.

—Ya que usted no va a luchar, me iré con don Venustiano; créame, mi general, que lo lamento. Yo no puedo soportar lo que ha pasado. No podría nunca resignarme con la felonía. Me arde la sangre y me sacude el odio como no se lo puede usted imaginar, y como yo debe de haber muchos. Tenemos que pelear como sea y donde sea. Panchito, su hermano, nos despertó y nos hizo ver algo mejor para nuestra patria, y sólo la muerte podrá adormecernos.

—Me agrada tu ánimo; me satisface en lo más hondo del ser, si no fuera por... —Lo vi emocionarse un momento. Me miró complacido y agregó—: Me doy cuenta de que viniste con sacrificios y de que has de andar muy mal de dinero. Quisiera ayudarte bien, pero no puedo. Ten estos veinte dólares, que es lo único que puedo darte como una insignificante ayuda para tus gastos. Cinco dólares cuesta el pasaje de aquí a Eagle Pass; con el resto puedes adquirir algo de ropa para la campaña.

—Gracias, mi general.

Un fuerte abrazo y un apretón de manos.

Allá en San Antonio, Texas, en la calle Houston, una cuadra más adelante del hospital de Santa Rosa, tenía su domicilio doña María González, furibunda maderista de pelo en pecho, capaz de hacer cualquier sacrificio que se le pidiera en favor del movimiento reivindicador naciente. En la puerta de su *bungalow* de madera, ostentaba el consabido rótulo de tantas casas americanas: *Furnished rooms*. Rentaba cuartos amueblados, y, si era

preciso, proporcionaba también los alimentos a sus huéspedes.

Doña María se ayudaba, con la renta de los tres o cuatro cuartos que podía rentar, para sus gastos personales, por demás modestos. Se decía que guardaba dinero que había adquirido explotando un hotel en la plaza de Santa Rosa, cerca de la “marqueta”.

Hembra brava, de pelo en pecho, robusta y decidida era doña María González, sin duda alguna, de las mujeres más destacadas de la Revolución; todo su anhelo, su interés, sus ahorros, su energía, estaban consagrados a la causa libertaria.

Sus huéspedes, ¡claro es!, eran solamente personas afiliadas a la Revolución. ¡Qué esperanza que algún enemigo en ideas pudiera alojarse ahí! Tan sólo maderistas vivían en su casa, y los visitantes a la misma debían de ser también gente del mismo modo de pensar. A quien podía pagarle le cobraba un bajo precio, y al que no podía hacerlo, le daba albergue y los alimentos gratuitamente, le prestaba dinero y le proporcionaba, finalmente, los cinco dólares que costaba el pasaje del ferrocarril de San Antonio a Eagle Pass para que el candidato a revolucionario de acción se incorporara a las filas de don Venustiano.

El mismo ardor que expresaba doña María para querer a los revolucionarios lo ponía acrecentándolo más aún para odiar a los huertistas, comenzando por el cónsul, continuando con sus esbirros y policías, y finalizando con los mexico-texanos simpatizadores del usurpador, entre los que, en primer término, figuraba el coronel Chapa, ex *sheriff* y dueño de una conocida botica en Comercio Street.

Doña María los odiaba a muerte y no despreciaba la ocasión que se le presentara para desahogar su inquina en contra de ellos.

Vecina como era, doña María, de los Estados Unidos, conocía a la perfección las leyes americanas y el uso práctico que podía hacer de ellas. Sabía, por ejemplo, que quien da, supongamos, una cachetada a una persona, tiene la obligación —según jurisprudencia asentada por la Corte— de pagar, como multa, diez dólares. Que quien da un pescozón paga cinco, y quien da una gaznatada, quince, y así sucesivamente. Tenía en su casa, para su uso particular, una verdadera tarifa escrita de penas monetarias impuestas por riñas vulgares y callejeras. Bien aprovechaba doña María aquella tarifa, llegado el caso.

De sus ahorros iba reuniendo poco a poco la cantidad que juzgaba le era necesaria, y cuando ya la tenía reunida se daba el gusto de donarla al erario norteamericano a título de multas.

Salía, el día elegido, de su casa y tomaba rumbo hacia la botica de Chapa, cuartel general de los huertistas.

Pasaba por la acera, retadora, y le echaba ojo a su víctima. Penetraba a la botica a pedir cualquier cosa, y mientras la despachaban, se desahogaba diciendo a voz en cuello improperios en contra de Victoriano Huerta, y haciendo alusión, casi de una manera directa, a su candidato escogido desde un principio. Se armaba el cuento, y doña María, fuerte y decidida como era, se enfrentaba con su contrincante y lo cacheteaba o le apretaba el cuello, según fuera la cantidad de dólares de que dispusiera.

Después, llegaba la policía, era citada a la Corte y pagaba sin regateo las multas a que era condenada, y cuyo monto sabía de antemano.

Todos los que para incorporarse al movimiento revolucionario de 1913 pasaron por San Antonio, Texas, conocieron a doña María González y, sin duda, los que viven deberán guardar un grato recuerdo de aquella matrona fuerte del principio de la Revolución.

Allí encontré al teniente coronel Luis G. Garfias, que había sido el subjefe del Estado Mayor Presidencial, y por tanto me conocía bien. Le dio gusto verme y hube de narrarle cuanto yo sabía. Él, a su vez, me contó la indignación que les produjo al gobernador del estado de Coahuila, don Venustiano Carranza, y a ellos, los del regimiento Mariano Escobedo en reorganización, pues sus filas habían sido grandemente mermadas en la campaña contra Pascual Orozco, el odioso cuartelazo, y el respaldo decisivo que ellos —los jefes y oficiales del regimiento que él mandaba— le dieron al señor Carranza. Me informó que él tenía ya el grado de coronel del ejército que se estaba creando, y se llamaba constitucionalista, del cual era el primer jefe don Venustiano Carranza; él su jefe de Estado Mayor, y Jacinto Treviño, que ya era teniente coronel, el segundo jefe. Asimismo, me dijo que estaba en comisión en San Antonio para tratar de buscar dinero para el fomento de la Revolución.

—Desde este momento estoy a sus órdenes, mi coronel. Ordéneme lo que debo hacer.

—Queda usted incorporado, desde hoy, al Estado Mayor de la Primera Jefatura. Me acompañará aquí durante mi permanencia y nos iremos a Piedras Negras un día de éstos. Véngase a vivir a esta casa; doña María le dará un cuarto y comeremos usted y yo por ahí en cualquier parte.

—Enterado, mi coronel. Con permiso de usted voy a recoger mi corto equipaje.

Ya caía la tarde cuando llegué al lado de mi amigo del día anterior. Estaba enojado; su cara hosca así lo denunciaba y me lo manifestó enseguida.

—¿Qué diablos pasó? Mira nomás qué horas de volver. Tú “diatiro” la friegas. Ya me tenías con cuidado; nomás piense y piense: ¿qué le habrá pasado a ese tarugo? Ya tengo “chance” para los dos para comenzar mañana temprano. Se trata de arrear “un mueble”.<sup>7</sup> Yo manejo y tú cargas y descargas.

—Un momento, don Pat. Déjeme explicarle. Hasta ahorita lo puedo hacer porque ya estoy bien orientado. Yo no he venido a los Estados Unidos a buscar trabajo. Fui revolucionario maderista y después militar de línea en la Guardia Presidencial del presidente Madero; estuve con él hasta que lo asesinaron los generales Huerta, Félix Díaz y todos los militares del Ejército Federal que los secundaron. He venido huyendo y mañana o pasado mañana me voy para Eagle Pass para pasar a Piedras Negras y juntarme con don Venustiano Carranza, que está luchando contra los traidores y trata de que en mi patria haya un gobierno legal que ahora no existe. Voy a pelear en una lucha que ha de ser dura. Dispénseme que no se lo haya dicho antes, pero tenía que ver primero a algunas gentes aquí en San Antonio y saber con exactitud cuál era mi camino. Ahora ya lo sé y sólo he venido a despedirme de usted, que es hombre bueno, y

---

<sup>7</sup> En la frontera y en Texas le llamaban “mueble” a los vehículos tirados por caballos.

en quien he podido apreciar sus cualidades y su deseo de ayudarme.

Se quedó asombrado. Me miró con cierta admiración, y medio turbado expresó:

—Bueno, y yo que creí...

Le di un abrazo, cogí mi maletilla, y ya para alejarme, alcanzó a decirme:

—Dispéñseme usted.

Dejaba de tutearme; quizá se desvanecía en su mente la ligera ilusión de una amistad y un compañerismo apenas iniciado.

## XVI

El coronel Luis G. Garfias era una persona estimable, de vasta cultura, de trato afectuoso y un tanto nervioso. Siete años de estudios en el Colegio Militar lo habían hecho oficial del Estado Mayor Especial. Simpatizaba grandemente con el presidente Madero, y queriendo serle más útil, cuando le pareció más necesario, solicitó y obtuvo salir del Estado Mayor Presidencial, del cual era el segundo jefe, para ir a organizar en Coahuila un regimiento de caballería que llevó por nombre Mariano Escobedo, para combatir la rebelión de Pascual Orozco; lo acompañó en tal misión el capitán Jacinto B. Treviño, facultativo de artillería, y también del propio Estado Mayor. Otros oficiales fueron comisionados con él. Con mineros voluntarios de la región carbonífera, organizaron un regimiento que fue partícipe activo en la campaña que el general Huerta había hecho con brillantez en Chihuahua. Diezmado su regimien-

to tras de fuertes combates, habían sido destacados él y los suyos a Saltillo para reclutar y organizar otro nuevo cuerpo, que llevaría el mismo nombre del primero. En la organización del segundo Mariano Escobedo les sorprendió el cuartelazo, y ellos —a excepción de algunos oficiales que fueron apresados—, los primeros en secundar la digna actitud del gobernador Carranza.

Yo quedé convertido en su ayudante. Charlabamos con-migo, comíamos juntos y solíamos dar un paseo o tomar alguna copa en la cantina y restaurante Manhattan, de la Plaza del Álamo; allí siempre encontrábamos a personas conocidas, simpatizadoras del maderismo. Escribía cartas y telegramas que yo depositaba en las oficinas correspondientes, y a veces me enviaba a efectuar algunos encargos. Él, desde luego, sufragaba mis gastos.

Vida tranquila de unos cuantos días.

La prensa local nos enteraba de los acontecimientos ocurridos en nuestra patria, y por ende supimos que el coronel Álvaro Obregón, con fuerzas de Sonora, había combatido y desalojado a los federales huertistas de la plaza fronteriza de Nogales, Sonora.

El único periódico que en idioma español se editaba en San Antonio publicó unos reportajes que yo escribí, relacionados con los sucesos ocurridos en la capital de México durante la Decena Trágica. Era yo el primer testigo presencial que llegaba allí, y mis artículos fueron leídos con interés, según pude darme cuenta.

Cierta mañana que yo regresaba del correo con destino a la casa en que nos alojábamos, oí una voz tenue, quejumbrosa, que me llamaba:

—Pancho.

Era un hombre andrajoso, de larga cabellera hirsuta y luengas barbas negras, de ojos hundidos en grandes ojeras, quien decía mi nombre. Me pareció reconocerlo.

—Soy Josafat.

El nombre bíblico, y aquella apariencia, me hicieron exclamar:

—¿Josafat, el rey de Judá?

—No, Josafat López, el cómico. ¿Me recuerdas?

Caí en la cuenta. ¡Claro que lo conocía!, y bien. Era un desafortunado. Cómico de la legua había quedado botado en mi pueblo natal, San Pedro de las Colonias. Artista de muy poca monta y de muy mala estrella. Era un comodín del teatro, hacía de todo: tramoyista, pintor de telones y de trastos del escenario, desempeñaba papeles cortos pero esencialmente era apuntador. Él se sentía artista teatral de “verso”, es decir, de drama y comedia. Veía con menosprecio a los zarzueleros. La mediana compañía en que él iba fracasó en mi pueblo; salieron de allí, como rata de barco que se hunde, todos menos Josafat, que creyó que allí podía subsistir pintando caricaturas y platos de porcelana a los escasos viajeros que llegaban a los dos únicos hoteles de la localidad. Algo le daban los viajantes por sus trabajos. Así lo conocí, y viéndolo tan atrasado lo llevé a mi cercano rancho como huésped. Allí tuvo comida y cama, y yo me entretenía con su charla fecunda llena de anécdotas. La bola maderista revolucionaria nos separó.

—¿Te escapaste del escenario sin desvestirte. ¿Y de qué andas tú disfrazado ahora?

—De miserable. Pero de miserable de verdad, no de personaje teatral.

—¿No te ha cambiado la suerte?

—En nada. Ahora es peor. Vine con una compañía a hacer los Tenorios y aquí perdimos hasta las trusas y las espadas. Estoy algo así como en huelga de hambre. ¿Tú vas a radicar aquí? Podrías ayudarme.

—Mi permanencia es muy corta y mi ayuda muy precaria. —Le di un dólar—. Rasúrate y córtate el pelo. Mañana te veré.

Al día siguiente lo encontré afeitado y limpio, era otro; hasta su ropa parecía menos vieja.

—Vamos a tomar una copa aquí al Manhattan.

—Es muy elegante y muy caro allí. ¿Por qué no me das mejor lo que fueras a gastar y con ese dinero yo puedo mejor comer?

—Tienes razón. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a permanecer siempre así? ¿Has pensado en algo?

—¡Pensar! No hago más que pensar. Si yo pudiera hacer un negocio que se me presenta, yo solucionaría mi vida. Pero para este negocio se necesita dinero y no lo tengo.

—¿Qué cantidad? —le pregunté por pura curiosidad.

—No puede ser menos de dos dólares.

—¡Dos dólares! ¿Qué negocio es ése?

—Es un mexicano que tiene un metate y lo quiere vender en un dólar y medio. Es una oportunidad, porque el metate vale más. Si yo pudiera se lo compraría, y con los cincuenta centavos restantes compraría los ingredientes para hacer chocolate en tablillas que yo vendería. Negocio redondo y de todos los días.

—Yo estoy menos pobre que tú y, desde luego, te resuelvo tu asunto. Ten estos cinco dólares.

—Me haces feliz. Me sacas de la miseria. —Partió escapando.

La prensa diaria dijo que Eulalio Gutiérrez y Francisco Coss habían tomado Concepción del Oro, Zacatecas; y que don Venustiano Carranza había atacado Saltillo, sin lograr tomarlo.

A mí me pareció que el coronel Garfias y yo estábamos perdiendo un tiempo precioso y hube de preguntarle:

—¿Cuándo nos vamos, mi coronel?

—De un día a otro, no se desespere.

Doña María González, que había oído mi pregunta, me llamó aparte a su recámara, cerró la puerta sigilosamente, y me dijo:

—Si tú de veras viniste con la intención de ir a pelear, vete desde luego. Este Garfias creo yo que no va a volver. Lo vengo observando desde que llegó; no le veo trazas. Es una lástima porque es hombre que vale. No sé qué cosas tiene de familia, o de faldas, que lo retienen aquí. A lo que dice que vino, a buscar apoyo de dinero, ya no hubo nada. ¿Qué espera? Vete tú. Yo te doy para el pasaje.

—No hace falta, doña María. Mañana mismo me voy. Por la noche abordé al coronel.

—Mi coronel —le dije—, le agradezco infinito la acogida que usted me ha dispensado, y haciendo uso de la confianza que me ha permitido, le solicito su anuencia para irme desde luego a Piedras Negras a tomar parte activa en la lucha.

Se me quedó mirando un momento. Meditaba quizás en sus problemas íntimos. Al cabo me contestó:

—Puede usted irse a Piedras Negras. Yo tardo todavía unos días más. Aprovecharé su viaje para enviarle a don Venustiano una comunicación que usted le entregará en mano. Ahora mismo la escribiré.

Al día siguiente adquirí en el comercio un sombrero tejano, un uniforme de caqui, polainas y zapatos.

Cuando salía de la tienda con mis compras, encontré a mi conocido

Josafat. Se le veía satisfecho.

—Gracias a ti, ya arreglé todo. Mi negocio está en marcha.

Se me ocurrió una idea, y se la dije enseguida:

—Oye, ¿por qué no te vienes conmigo a México? Mañana salgo...

—¿Qué vas a hacer allá?

—Voy a unirme con don Venustiano Carranza, a la Revolución.

Me vio sorprendido, y me contestó rápido:

—Yo estoy pobre, como tú lo sabes, pero no estoy loco.

—¿Crees que es una locura?

—Ni duda cabe. Que te vaya bien.

Me despedí de doña María González y del coronel Garfias,<sup>8</sup> que me dio una carta para don Venustiano, y después de tres horas de cómodo viaje en ferrocarril, llegué

---

<sup>8</sup> El coronel Luis G. Garfias no regresó al ejército de la Revolución, donde sin duda hubiera sido, dados sus antecedentes, una figura destacada. Ignoro los conflictos íntimos que haya tenido para tomar la decisión de alejarse del movimiento tan digno del que él había sido uno de sus iniciadores. No paró ahí su rara actitud, pues más tarde se unió al ejército huertista e hizo insistentes gestiones entre los que habían sido sus conocidos y sus subalternos —que militaban en el Ejército constitucionalista—, para que abandonaran al señor Carranza y se fueran al lado del usurpador. Varias cartas se recibieron de él, ya en plena lucha, haciendo tan indigna invitación.

Hay cosas inexplicables que sólo el que las ejecuta sabe el porqué de ellas.

a Piedras Negras. Era el día primero del mes de abril de 1913.

## XVII

Piedras Negras, Coahuila, era el cuartel general de la Revolución, en los principios de la lucha contra Huerta; en el astabandera del edificio de la Aduana fronteriza ondeaba el gallardete rojo y blanco que demostraba, de una manera ostensible, el mando de las fuerzas. Aquella señal roja y blanca era idea del teniente coronel Jacinto Treviño, jefe del Estado Mayor del primer jefe del Ejército Constitucionalista, don Venustiano Carranza, y mía también, capitán primero del propio Estado Mayor. Los colores expresados de la banderola eran los prevenidos en el Reglamento para el servicio de campaña del ejército, como señal correspondiente al general en jefe de un cuerpo de ejército. Creíamos, Jacinto y yo, que las nuevas fuerzas llegarían, con el tiempo, a tener el número suficiente de hombres para constituir un cuerpo de ejército. Usábamos los miembros del Estado Mayor del Primer Jefe brazales en el antebrazo izquierdo con los mismos colores del gallardete.

Había calma en las operaciones militares. Se dominaba toda la parte norte del estado de Coahuila: desde la estación del ferrocarril denominada Espinazo, hasta Piedras Negras. El grueso de las fuerzas, unos trescientos hombres al mando del coronel Pablo González, se encontraba en Monclova. El coronel Jesús Carranza expedicionaba hacia el rumbo de Laredo y Lampazos con unos doscientos hombres; al teniente coronel Lucio Blanco,

con otros tantos, se le había mandado a revolucionar en el estado de Tamaulipas, y el teniente coronel Francisco Coss operaba en las cercanías del estado de Coahuila.

Don Venustiano había llegado a Piedras Negras después de haber atacado, sin éxito, la plaza de Saltillo, y haber lanzado, a su paso por la hacienda de Guadalupe, el famoso plan que dio forma al movimiento revolucionario de 1913.

Los federales, a las órdenes de Mass, se preparaban seguramente para salir de Saltillo sobre nosotros, y a la vez, en nuestro bando nos preparábamos no solamente a la defensa, sino a organizar y difundir la Revolución en todo el país.

Llevábamos una vida tranquila de pueblo; no parecía que hubiera Revolución. Nuestro alojamiento estaba en el mismo cuartel general; ahí teníamos nuestros catres de campaña. A temprana hora, antes de salir el sol, nos despertaba Secundino Reyes, el asistente de don Venustiano, llevándonos sendas tazas de café caliente. Salíamos a hacer un recorrido a caballo por los alrededores. Regresábamos a la hora de almorzar para tomar el consabido chorizo con huevos y tortillas de harina de la frontera.

Después, a hacer oficios dando instrucciones, órdenes de movimiento, autorizaciones para reclutar gente, proclamas, manifiestos, nombramientos, telegramas en clave, conferencias telegráficas del Primer Jefe con sus subalternos destacados a larga distancia, o entrevistas con las escasas personas que iban a visitarlo.

A mediodía, generalmente, comíamos en la fonda de una señora viuda, doña María, madre de cuatro o cinco niñas y cuyo establecimiento se encontraba ubicado en la calle principal de la población. Hacíamos el recorrido

a pie desde la Aduana hasta la fonda, acompañando a don Venustiano las cuatro o cinco personas que le servíamos de ayudantes. Solía charlar él con la señora y con las niñas, a quienes acariciaba siempre.

Comíamos en sana paz, como si fuéramos una familia; pagaba don Venustiano el consumo que se hacía echando mano a su cartera y extrayendo de ella un billete cuidadosamente doblado; recibía el sobrante dinero y apuntaba, con todo cuidado, en un pequeño librito, el gasto hecho.

Nuevamente a la Aduana a trabajar hasta la noche. Merienda frugal; una o dos vueltas por la Plaza de Armas, y a descansar hasta el día siguiente.

En aquellos días hicimos, el teniente coronel Jacinto Treviño y yo, algunas cosas de provecho dentro de la organización del nuevo ejército: formulamos, de memoria, pues no teníamos ningún libro a la mano, una pequeña ordenanza para el Ejército Constitucionalista. Sería curioso encontrar algún ejemplar de ese folleto, que apenas tendría unas treinta páginas de reducido tamaño. Formulamos los decretos por los cuales se admitía, en el seno del ejército, a los militares ex maderistas o federales, siempre que se presentaran éstos dentro de los treinta días siguientes a aquella fecha. Hicimos el escalafón de jefes y oficiales, y pusimos en vigor una disposición, que nos firmó el Primer Jefe, creando nuevas insignias para la oficialidad constitucionalista. Fue aquella una innovación digna de mencionarse: se disponía que las insignias de los grados militares se usaran únicamente en las mangas de las guerreras o chaquetines, y que no fueran ya de galones o espiguillas, sino únicamente estrellas pequeñas de cinco picos, doradas o plateadas, según el arma. Los

subtenientes llevaban una estrella; los tenientes, dos; los capitanes tres alineadas; los mayores, una más que los capitanes, colocada encima de las tres de ellos; los tenientes coroneles llevaban cinco estrellas, y los coroneles seis.

En realidad, eran muchas estrellas para los tenientes coroneles y coroneles; pero esta cuestión de estética no nos preocupaba mucho porque no abundaban las modas ni creíamos nunca que pudiera haber tantos jefes como resultaron después, al correr el tiempo.

El loco Centavo Prieto, de Piedras Negras (en cada pueblo hay un loco), no lo estaba tanto. Un día llegó hasta la mesa en que estábamos comiendo, bostezó largo rato, se rascó la cabeza, y dijo:

—Oiga, don Venustiano, usted me gusta a mí pa presidente. Todos reímos, y el loco insistió en su especie de predicción.

Empezó a tener éxito el movimiento revolucionario. Supimos que Sonora, como un solo hombre, se volvía contra Huerta, y los nombres de aquellos compañeros fueron familiares, desde entonces, para nuestros oídos: Obregón, Pesqueira, Maytorena, Calles, Cabral, Diéguez, Hill, Bracamontes.

Por otra parte, volvíamos a saber de antiguos colegas de 1910, más tarde comandantes de cuerpos rurales, que desconocían a Huerta y sus fuerzas, y se lanzaban a la lucha en contra de él: Cándido Aguilar, el primer general de la Revolución, con sus valientes del 38º; Millán, Alberto Palacios, Portas, Guadalupe Sánchez; Agustín Castro con su 21º, y sus oficiales Nafarrete, Navarrete y Jiménez Méndez; Orestes Pereyra con su 22º, y sus

hijos Orestes y Gabriel; Calixto Contreras y los hermanos Arrieta, en Durango; Iturbe, en Sinaloa; Gertrudis Sánchez, en Michoacán, y algunos más que escapan a mi memoria.

Un día se presentaron ante don Venustiano, en Piedras Negras, unos muchachos estudiantes, procedentes de la ciudad de México; iban a ofrecer su contingente personal; eran Aarón Sáenz, Manuel Pérez Treviño, Jesús Garza y Alfonso Breceda.

Pérez Treviño quedó incorporado a la artillería que fabricaba, en la maestranza del ferrocarril, el ingeniero Carlos Prieto; los demás fueron enviados a Sonora a incorporarse a Obregón.

Empezaron a llegar civiles al cuartel general de la Revolución: el ingeniero Manuel Urquidi, Carlos Esquerro, José Quevedo, el licenciado González Garza, Luis Peredo, Jesús Acuña, Fito de la Huerta, Roberto Pesqueira, Alfredo Álvarez, César de la Reguera, Sommerfield. Amistosamente se dividió en dos partes el grupo, para atender a su alojamiento. Los más exaltados fueron a habitar la que se llamó Casa de las Fieras, y los más tranquilos fueron a dar a la que denominaron ellos mismos Casa de las Palomas.

Pudieron adquirirse armas y municiones en los Estados Unidos, y se organizaron nuevos cuerpos para la lucha que se avecinaba.

Hombres ennegrecidos por el carbón, que surgían del fondo de las minas; rancheros, especie de *cowboys*, de las márgenes del Bravo; indios kikapús, del Nacimiento; ferrocarrileros entusiastas; viejos de piocha afrancesada,

que fueran revolucionarios allá en la época de Garza Galán; muchachos imberbes, y gente del campo y de los pueblos, todos se aprestaban a la lucha contra el usurpador Huerta; cada cual buscaba su arma y se unía al grupo de gente que más le simpatizaba. No había más interés que derrotar a los traidores; se carecía de haberes y las raciones para alimentación que podían darse no siempre eran oportunas ni abundantes. Nada importaba por el momento; sólo una idea persistía insistentemente en cada nuevo revolucionario: luchar, luchar hasta vencer o hasta morir; de antemano se había hecho ya una suprema renunciación a la vida sojuzgada por la bota pretoriana de un militarismo insolente.

## XVIII

Hemos llegado al capítulo final de este episodio.

Brevemente pasé por mi vida de revolucionario maderista, me detuve para narrar con detalle mi vida de subteniente de ejército al servicio del señor Madero en su Guardia Presidencial. Consumado el crimen, mi huida y mi incorporación al ejército nacido del verdadero pueblo. Final de una etapa y principio de otra.

Sólo estando apartado de la vorágine se puede apreciar la intensidad de ella; sólo cuando amaina el vendaval es doble conocer la magnitud que tuvo; sólo cuando las circunstancias o los años nos apartan un tanto del curso inicial de nuestra vida activa, es cuando podemos apreciar de una manera prudente los actos buenos o malos de que fuimos testigos o actores, en un tiempo pasado, ya muy lejano.

Quizás ahora, a distancia de los hechos ocurridos al principio de la lucha, pudieran aparecer a los ojos de la gente nueva, o de la que pudo conservarse al margen de la contienda, como faltos de piedad, y abundantes, en grado sumo, de crueldad innecesaria. Siempre las cauterizaciones fueron dolorosas; luchaban hombres contra hombres, pasiones contra pasiones. La Revolución la hicieron los de abajo, el pueblo humilde, trabajador, inculto; fue un impulso soberano de la mayoría contra una casta encumbrada merced a la audacia y falsía de unos cuantos impuros. La sangre de Madero, el bueno, el inmaculado, el apóstol, clamaba venganza; la sangre pedía sangre y corría ésta en abundancia; murieron quienes tenían culpa y quienes no la tenían, los que por su gusto fueron a buscar el arma libertaria y los que, enganchados por la leva, fueron a oponer sus pechos ante el fuego justiciero; murieron también inocentes; hubo latrocinios, violaciones, abusos sin cuenta de una y otra partes; la piqueta que derrumba un edificio achacoso para levantar otro nuevo en su lugar no puede respetar tal o cual parte del material del mismo que, aparentemente, aún está en buen uso; el fuego que purifica una herida ponzoñosa quema también la parte de la carne sana que la circunda. Las pasiones siempre cegaron a los hombres y nunca fueron los juiciosos, los viejos o los acomodados los que hicieron las revoluciones en ninguna parte. Unida a la acción fue siempre la pasión, y la pasión nació de la fe; unido al crimen fue siempre el castigo.

La guerra es pasión y es, asimismo, abnegación; para matar es preciso consentir en que se puede morir; la guerra es destrucción: matar, disparar, incendiar, demoler todo, causar el terror y llegar, finalmente, a la victoria.

Es necesario, pues, que al evocar recuerdos de la contienda, nos situemos, para apreciar lo acaecido, en el momento en que ocurrieron los hechos, sin tomar en cuenta para nada los resultados posteriores.

Muchos de los de aquella época que aún viven no harían ahora quizá lo que antes hicieron. Quien mandó matar a alguno en determinado momento de la lucha, tal vez ahora se resistiría para disponer de la vida de un semejante, y aún quizá no llegaría a hacerlo. Tuvo razón, entonces, cuando las circunstancias lo obligaron, y la tendría también ahora en que las mismas son totalmente diferentes. Todo tiene su época, y lo pasado razón tuvo de suceder; el mundo camina sin cesar, y quienes en él conviven, marchan y luchan también de acuerdo con el tiempo, único señor de todo, y se va evolucionando paulatinamente, a pesar de cuanto se interponga a la marcha siempre ascendente de la humanidad. Con frecuencia la marcha es dolorosa, se va caminando con los pies ensangrentados por encima de los caídos. ¡Cuántas veces el cadáver de un hermano es el escalón para continuar adelante!

La Gran Unión Minera Mexicana, establecida en el norte de Coahuila, proporcionó miles de soldados para la causa de la Revolución; de su seno salieron los voluntarios que integraron los dos regimientos denominados Mariano Escobedo, que tomaron parte en Bachimba y Rellano, a las órdenes del teniente coronel Luis G. Garfias y el capitán Jacinto B. Treviño durante la asonada orozquista; de ahí salieron las fuerzas del estado de Coahuila, a las órdenes de Alberto Guajardo, Pablo González y Jesús Carranza, y de ahí salió la mayor parte del con-

tingente que luchó contra Huerta en los primeros meses de la Revolución en el noreste.

Un recuerdo grato de mi vida activa es el mando que tuve del Batallón de Zapadores, que formé y organicé con gentes mineras de aquella región.

Primero fueron unos veinte hombres que formaban la guardia permanente de la Aduana de Piedras Negras a los que instruí militarmente, y a quienes veía todos los días el Primer Jefe y apreciaba su adelanto; después fueron llegando pequeñas partidas de los minerales de Agujita, Lampacitos, Cloete y Rosita; eran todos ellos conocidos, amigos, antiguos compañeros de trabajo y de peligro en las minas; a todos los animaba un vehemente deseo de combatir contra el tirano.

Con la buena voluntad de todos ellos la instrucción fue cosa rápida. A tardes y a mañanas salíamos a hacer ejercicios al campo. Se había dotado a los quinientos hombres del cuerpo de uniformes de caqui amarillo, sombrero tejano con toquilla roja, saco de ración de lona para los cartuchos, y flamante fusil; contábamos también con un equipo individual de útiles de zapa, granadas de mano fabricadas rudimentariamente en los talleres del ferrocarril, y no faltaba la indispensable banda de cornetas y tambores.

Con el entusiasmo de la gente pronto pudo obtenerse un magnífico aprovechamiento en el tiro al blanco; maniobraban con toda violencia y eficacia en orden disperso; sabían arrojar bombas de mano con certera precisión, y ejecutaban obras rápidas de atrincheramiento pasajero, con sus útiles de zapa.

El enemigo inactivo nos daba tiempo para perfeccionar el entrenamiento de la gente nueva.

Mientras Carlos Prieto fabricaba sus cañones en la maestranza, y el teniente coronel Benjamín Bouchez adiestraba a sus artilleros, nuestro batallón verificaba marchas diarias para acostumbrar a los mineros a las fatigas de las jornadas que, sin duda, habían de efectuarse en la campaña.

Faltaba el bautizo de sangre para la gente nueva. El batallón flamante pidió al Primer Jefe la oportunidad de demostrar su eficiencia, y el señor Carranza, gustoso, hubo de acceder a ello. La primera función de armas en que debutaría el nuevo cuerpo, tendría lugar en Candela, Coahuila.

Mass, con una fuerte columna huertista, nos acechaba, al parecer inactivo, frente a Monclova, en tanto que su colega Rubio Navarrete, con otra fuerza enemiga también numerosa, controlaba la línea férrea de Monterrey a Laredo, con cuartel general en Lampazos, Nuevo León; su caballería, acantonada en Candela, la mandaba el célebre dragón federal José Alessio Robles. Ante la presencia de este enemigo considerable, don Jesús Carranza, que operaba en la región, se había visto precisado a evacuar el pueblo y a retirarse en observación de los movimientos del enemigo, que bien pudiera intentar avanzar hacia nosotros.

Rubio Navarrete y los suyos permanecían a la expectativa, sin intentar nada en contra nuestra. El Primer Jefe resolvió dar un golpe y fue nuestro batallón el encargado de darlo.

Desde Piedras Negras fuimos trasladados por ferrocarril hasta Monclova, y enseguida hasta la estación Gloria; y de ahí, por tierra, nos acercamos hasta las inmediaciones de Candela. Iban con nosotros casi todas

las fuerzas disponibles de la región; en Monclova, punto avanzado hacia el enemigo (Mass), sólo quedaba el teniente coronel Emilio Salinas con pocas fuerzas; en Piedras Negras quedaba el mayor Gabriel Calzada con escasa guarnición. Mandaba la columna el jefe, don Venustiano Carranza.

La víspera del combate estuvimos ocultos del enemigo detrás de los cerros conocidos por el nombre de Cañón de la Carroza, y apenas cerró la noche avanzamos decididamente a tomar posiciones a la orilla del pueblo ocupado por los federales, para asaltar al romper el día siguiente.

Hacia la medianoche hubo unos cuantos tiros con un rondín federal. El Batallón de Zapadores estaba desplegado en toda regla, ocupando lo que debiera ser el frente del combate; la caballería cubría los flancos y había marchado parte de ella a detener cualquier auxilio que pudiera llegar al enemigo desde Lampazos.

Apenas desaparecieron las tinieblas de la noche se lanzó el batallón al ataque; sus líneas de tiradores, perfectas, como las hacíamos en la instrucción en Piedras Negras, avanzaban disparando sobre el enemigo, posesionándose de las alturas del pueblo. Unas ametralladoras adversarias, desde el campanario del pueblo, traqueteaban sin cesar; las dos nuestras, manejadas por Bruno Gloria y Daniel Díaz Couder, asimismo dejaban oír su siniestro tableteo. El escuadrón de Poncho Vázquez también se lanzó al ataque; el resto de nuestras fuerzas quedó como reserva.

El empuje de los nuestros era arrollador; la compañía de granaderos del batallón lanzaba, con admirable precisión, sus proyectiles hacia las casas en que se hacían

fuertes los federales. La infantería iba tomando, uno a uno, cada reducto enemigo; era tal el entusiasmo de la gente, y tal su ardor para abatir completamente a los huertistas. El jefe de ellos, coronel José Alessio Robles, huyó herido, acompañado de unos cuantos, con rumbo a Lampazos; su gente, cuatrocientos o quinientos hombres, quedaron en el pueblo, muertos, heridos o prisioneros de nosotros.

Los zapadores tuvieron un bautizo rumboso; ante el Primer Jefe se presentó el batallón, todo él montado en los caballos recogidos al enemigo; a Bruno Gloria se le entregaron las ametralladoras capturadas; entre nuestras filas iban doscientos prisioneros.

Algunas visiones de la jornada:

Comenzaba el combate; se avanzaba hacia el pueblo; silbaban las balas, repartiendo la muerte.

No son siempre los que van adelante los que caen primero. Toda la infantería entró a la lucha en primer término; la caballería quedó fuera, a la expectativa de la suerte de la acción. Uno de aquellos soldados, sediento o antojadizo, se desmontó y fue a cortar, con su cuchillo, una caña del tupido cañaveral de la orilla del pueblo; ya se disponía a comer el primer canuto, limpio de corteza, cuando una bala enemiga lo hirió en el estómago. Los lamentos de aquel infeliz partían el alma.

Sólo quedaba por tomarse el cuartel de los federales, situado en la Plaza de Armas; las casas circunvecinas estaban en poder de los nuestros. Un grupo de soldados federales y de auxiliares de aquellos bravos voluntarios neoloneses que tanto ayudaron a Huerta, y

a quienes les decían “los amarillos”, por el uniforme de caqui que vestían, trató de escapar audazmente, intentando una salida, en masa, del cuartel, disparando sus armas. Se jugaban el todo por el todo; o morían o lograban escapar.

Casi todos cayeron en el intento. Se combatía a diez o veinte metros, y los tiros eran irremisiblemente certeros.

Uno de aquellos “amarillos”, un hombre robusto, de edad madura, que usaba sombrero de charro de fieltro gris y que montaba magnífico caballo y esgrimía con rara habilidad una niquelada pistola, cayó de un tiro que le disparó un zapador novicio con un viejo fusil Remington de grueso calibre; de su frente brotó un chorro de sangre. Su caballo escapó espantado, libre ya del jinete.

De aquellos fugitivos, los que caían heridos y quedaban abandonados en la calle barrida por el fuego morían luego, a poco, tocados por numerosos proyectiles de nuestra gente.

En una inmunda cuadra del cuartel federal yacían, tirados en el suelo, quince o veinte hombres heridos recientemente en el combate; algunas soldaderas los acompañaban. En la misma habitación, a un lado de la tropa, en camas de lona de campaña dos oficiales, heridos también, esperaban tranquilos lo que les deparara el destino. Nuestra gente llegó hasta la puerta.

Alguien gritó:

—¡Háganse a un lado las viejas!

Como un rebaño de ovejas temerosas, las soldaderas se separaron de sus hombres heridos.

Se hizo un tiroteo y los heridos federales fueron muertos.

Al atravesar la plaza, para tomar el cuartel, un zapador cayó herido por una bala, en la boca; el proyectil interesó probablemente la lengua y lanzaba aquel hombre unas exclamaciones indescriptibles, mezcla del llanto de un niño y del gemido de un perro.

Alfredo Aragón, capitán primero del Escuadrón Poncho Vázquez, y posteriormente conocido diplomático del gobierno emanado de la Revolución, resultó herido al comenzar el combate, de un tiro que le tocó la frente y que a punto estuvo de causarle la muerte.

Más tarde, allá en Hermosillo, ya en franco triunfo de la Revolución, Alfredo presumía con la ostensible cicatriz de su frente.

¡Envidiábamos su herida!

Personalmente pude proteger a un subteniente federal herido en una pierna, de apellido Dueñas. Lo llevamos con nosotros en cómodo carruaje hasta la estación Gloria, y de ahí en tren del ferrocarril hasta Monclova.

Entre los prisioneros federales iba uno que a las claras se veía que no era individuo de tropa, sino oficial disfrazado de tal con la esperanza, quizá, de salvar la vida. Marchaba junto con sus compañeros. Uno de aquellos soldados, acobardado en grado máximo, lloriqueaba en una forma humillante, y el hombre aquel, en un acto de suprema entereza, abofeteó al infeliz, exigiéndole se portara con dignidad. Los demás lo denunciaron desde luego. Era un oficial.

En las afueras del pueblo, un soldado federal parecía muerto. Salinas se dio cuenta de que el hombre entreabría

los ojos, y al percatarse de que lo veían, los cerraba violentamente. Nuestro oficial descendió de su caballo, se acercó al caído y disparó su pistola sobre su cabeza.

Hacia la estación de Salomé Botello, la estación más cercana a Candela, se pudo distinguir el humo de varias locomotoras: era el auxilio que, tardío, enviaba Rubio Navarrete a su caballería. A poco comenzaron a enviarnos tiros de cañón.

Nos retiramos sin ninguna precipitación; no había la idea de entablar un nuevo combate.

Don Venustiano y las personas de su comitiva y Estado Mayor reposaban bajo la sombra escasa de unos raquí-ticos árboles, a la orilla de un arroyuelo seco. Cuando me vio llegar con el batallón montado y con tanto prisionero, me dio un abrazo y ahí mismo me ascendió a mayor.

Dispuso que se hiciera cargo de todos los prisioneros que llevábamos al capitán Tránsito Galarza, y que los condujera escoltados por su escuadrón. Galarza marchó, desde luego, con su gente.

Muchas familias de Candela abandonaban la población temerosas de la revancha de los federales; habían elegido como punto de reunión para emprender la marcha, precisamente el arroyuelo aquel en que descansaba el Primer Jefe; conversaban con él con esa franqueza y confianza innata en las gentes del norte. Iban algunos hombres también.

Creí reconocer a uno de ellos: era exactamente la cara del capitán veterinario del escuadrón de Guardias de la Presidencia, al que había pertenecido yo pocos meses

antes. Cansado estaba yo de atender sus indicaciones —estando de servicio de cuartel— con respecto a las enfermedades de los caballos. Me dio gusto verlo y me acerqué a saludarlo, deseoso de impartirle mi protección. Me desconoció con una naturalidad tan clara que me hizo disculparme por la equivocación. Me manifestó que nunca había sido veterinario, ni mucho menos militar, que él era comerciante, al igual que el joven que le acompañaba, y que precisamente aprovechaba aquella oportunidad para huir de los federales y establecerse en zona de la Revolución.

Todas aquellas familias emprendieron la marcha incorporadas a nuestra columna.

Galarza, con los prisioneros, marchaba delante de nosotros; iba dejando huellas sangrientas en el camino. De trecho en trecho iba fusilando prisioneros, quizás a los que supo que eran oficiales, a los que trataban de huir, o tal vez a aquellos que menos le simpatizaron. Los muertos quedaban a un lado del camino y los soldados de retaguardia registraban sus ropas, les quitaban el calzado y las piezas de oro de las dentaduras, a los que las tenían; se valían de las piedras o de las culatas de las carabinas para arrancar el oro de la boca de los muertos.

Reconocimos entre los fusilados al oficial aquel que abofeteó al soldado.

Más adelante, con sorpresa, presencié los cadáveres de quien me había parecido el veterinario del escuadrón de Guardias, y el de su acompañante. Ambos estaban abrazados; así habían esperado la muerte en una despedida eterna; veían al cielo. Las piezas de oro habían desaparecido de sus bocas y la sangre fresca bañaba sus rostros.

Después me informaron que los había delatado la misma familia que los ayudó a escapar de Candela, y a quien acompañaban; alguna circunstancia inesperada medió, que fue fatal para ellos.

Quizá yo hubiera podido salvarlos si me hubieran tenido confianza.

Aquello era sólo el principio de una lucha. Habían de venir triunfos y derrotas. Era tan sólo la iniciación de un movimiento que habría de ser gigantesco, cruel, justiciero y redentor del oprimido.

Habían de surgir luchadores improvisados de la gente del pueblo, voluntarios y desinteresados para enfrentarse a los soldados profesionales del gobierno usurpador. El vasto territorio nacional sería un enorme campo de batalla de todo un pueblo en lucha contra un ejército. Habría de haber escaramuzas, emboscadas, albazos, combates y batallas.

Cansancio, sudor, sangre y tiros, incendios, cañonazos, polvaredas.

Marchar y marchar, velozmente, despacio, a rastras, con el pecho en la tierra o con el pecho descubierto. Hacia atrás, hacia adelante; con sigilo o resueltamente.

Marchar y pelear con el calor o con el frío, con la lluvia, en el desierto, en el monte o en la montaña; con hambre, con sed y con odio.

Aquello que comenzaba no había de terminar hasta llegar a su meta.

La Ciudadela, con sus hombres, traidora y triunfante, había quedado atrás, y sobre ella volvíamos con la firme decisión de abatirla para siempre.



## NOTA DEL EDITOR

Por sugerencia de Elías Salas Westphal, autor del "Prólogo" a esta nueva edición de *La ciudadela quedó atrás*, las "Palabras preliminares" que Francisco L. Urquizo escribió al principio de su novela en la edición original, se incluyen a manera de epílogo en ésta. Todo con el propósito de introducir al lector de lleno en la obra; pero sin dejar de lado la aclaración que Urquizo deseó hacer en su momento y que ofrece la perspectiva que sólo el tiempo otorga. [N. del ed.]



## PALABRAS PRELIMINARES

El lector encontrará en las páginas de este libro las memorias de un subteniente, de un joven oficial que apenas llegaba a la mayoría de edad cuando acaecieron los sucesos que se narran. Procedía de las filas de los rebeldes maderistas en donde llegó hasta capitán, y don Francisco I. Madero, cuando fue Presidente de la República, lo llevó a su lado a formar parte de su Guardia Presidencial, con el grado de subteniente dentro del ejército regular.

Los recuerdos se graban en la mente según haya sido la intensidad de lo efectuado. El niño conserva detalles de su infancia en el decurso de su vida porque su mente estaba virgen y las primeras impresiones de su conciencia se grabaron con gran claridad. El joven, ya con una experiencia, aunque precaria, conserva con mayor vigor lo que más le impresionó en la pubertad y en el principio de la vida ya activa e independiente de la tutela paternal. El hombre maduro vive la vida con la intensidad que se le presenta y el viejo es el que al margen ya de la jornada, vive de sus recuerdos; vuelve a su existencia retrospec-

tivamente, deteniéndose en aquello que más le impresionó y que con más fuerza se quedó en su mente.

Los recuerdos son los únicos que nos hacen entrever en poco la eternidad, y constituye un gran placer acordarse de los trabajos pasados cuando se ha salido de ellos. Los recuerdos pasados son más intensos que la realidad actual.

Todo mundo vive de los recuerdos; constituyen un alimento intelectual y son en sí una especie de rebelión contra el olvido. Vivir es recordarse.

El peso de los recuerdos de una larga vida es una carga para los ancianos; por eso quizá van algunos encorvados.

Bella es una esperanza pero más dulce un recuerdo.

El recuerdo es siempre grato. Los tiempos pasados fueron mejores aunque no sea sino porque entonces éramos menos viejos. Lo amargo no deja recuerdo, piadosamente el olvido lo aleja.

Los sufrimientos pasados, por malos que fueron, se alejan de nosotros y a nuestra vez nos alejamos de ellos, echándoles un espeso manto de olvido para no atormentarnos. Los sufrimientos físicos, desde luego, no los recordamos con la fuerza de lo que fue realidad, y si acaso recordamos los sufrimientos amorosos, es con un dulce recuerdo, como un escozor que atinadamente llaman los galaicoportugueses *saudade*.

Es grato recordar lo que nos dejó un sabor agridulce que, además de lo pasado, por duro que haya sido, va unido a un tiempo pretérito que por lo menos tuvo la suerte de haberse efectuado años atrás, es decir, cuando teníamos menos vejez, lo cual es —en cierto modo—, un consuelo.

Es un mar la mente, y las alas son los pensamientos, que como ellas, son superficiales; son la esencia, el olor

del mar que flota y que se percibe. Las olas, material físico, se van y no vuelven; y los pensamientos, con ser invisibles, etéreos, podemos atraparlos y fijarlos en la mente y plasmarlos en letras sobre el papel.

Los malos recuerdos no perduran: no deben perdurar. Son cadáveres, y —siguiendo con el mismo símil del mar— los cadáveres se van al fondo como carroña inmunda, y nosotros no podemos ni debemos bajar a buscarlos. La podredumbre debe ser sepultada, ya nos reuniremos con ella cuando, a nuestra vez, seamos podredumbre también.

La mente es dócil y va a donde nosotros queremos que vaya. Escribir memorias no ha de ser sólo una prerrogativa de los magnates que fueron, de los artistas distinguidos o de los grandes generales. Cualquiera puede escribir lo suyo siempre que tenga algún interés o, si no lo tiene, que se lo sepa dar.

Eduardo Zamacois, novelista español, tuvo éxito con unas *Memorias de un vagón de ferrocarril*. El vagón, por la pluma amena de Zamacois, expresaba cuanto había ocurrido en el interior de él: dramas, comedias, sainetes y hasta porquerías. Yo tuve también el punto de escribir, por el mismo sistema, las *Memorias de una acémila*, una bestia de carga que anduvo en la Revolución y fue botín de guerra en los combates de quienes resultaban triunfadores. La acémila, imparcial, y sufrida, tenía su propio criterio para enjuiciar a unos y a otros e incluso para reír de todos.

Cualquiera puede escribir memorias; que las lean ya es otra cosa. Se escribe por escribir, porque así nace y la mejor fuente es la propia. Si se pudiera saber por qué se escribe, se sabría al mismo tiempo por qué se vive.

Escribir es una función biológica en que participan todos los componentes intuitivos del ser, y si se escriben recuerdos, la fuente es inagotable, sobre todo si los escriben o relatan los viejos, porque los ancianos envejecen menos rápidamente que los jóvenes.

Éstas, lector, son las memorias de un subteniente; los puntos de vista de un testigo, de un actor modesto, más bien de un comparsa. Ingenuidades quizá. Un estudio sesudo de lo que ocurrió, no lo es. Es el relato ingenuo de uno que sólo tenía veinte años entonces.

Al escribir las páginas que van enseguida, el autor ha vuelto a vivir; ha vuelto a ser joven. Oficial de ambiciones, pobre, bohemio, ilusionado. Ha vuelto a ser ingenuo y bienintencionado. A ver las cosas como fueron entonces y no como —a través de los años, ¡cincuenta y tantos!—, se verán ahora.

Si las cosas se repitieran, pero con un lapso de largos años, ya no se resolverían del mismo modo.

Yo, el que esto escribe, he plasmado en letras mis recuerdos de entonces; no sé si tengan emoción, lo ignoro, pero desde luego afirmo que hay absoluta sinceridad en mi narración.

La mente se aferra a aquello que ha vivido intensamente aun cuando pasen los años, por largos que sean. No recordamos con precisión lo que nos ha ocurrido recientemente, pero aquello que nos emocionó, que definitivamente nos puso en el camino de la vida, eso sí lo recordamos con absoluta precisión.

Piensan los viejos que todo tiempo pasado fue mejor y así es para los que tal piensan, como lo será para los jóvenes de ahora cuando lleguen a la senectud y evoquen su pasado, que ahora es su presente. Esto es un decir

evidente en todo tiempo, como lo es también que fue la juventud desinteresada y la gente del campo y de la provincia los que hicieron la Revolución mexicana.

Sin jactancia, porque es la verdad, puedo afirmar que éramos honrados, sinceros, sanos de cuerpo y de alma. Éramos buenos, ingenuos, desinteresados. Sin ambiciones, sin deseos para un futuro bienestar en provecho propio. Éramos disciplinados por íntima convicción; por saber que una colectividad armada necesitaba una disciplina que respondiera a una acción conjunta. Sin disciplina no hay subordinación y en consecuencia tampoco podría haber un ejército, aun cuando proviniera del propio pueblo en armas. La disciplina la entendíamos como lo que es; entonces sin límites de tiempo ni de circunstancias. Disciplina entre todos dentro de una fraternidad colectiva.

Vivíamos en el cuartel o en el campo raso. Nos poníamos en marcha de inmediato y estábamos siempre prestos a la acción.

Éramos valientes, no sólo por el valor personal o colectivo de pelear, sino por exponernos a la fatiga, a la intemperie, al hambre.

Sin paga alguna y con la comida escasa, que consistía en carne asada y tortillas de harina de trigo que cada quien se confeccionaba. Sin más equipo que el que cada uno llevó al enrolarse.

Malas armas, inferiores a las del enemigo, y con municiones poco abundantes. Sin medicinas ni médicos. Cada herida por pequeña que fuera, podría ser mortal por el abandono de las curaciones.

Con esa fuerza de la juventud, del desinterés, de la abnegación quizás inconsciente, llegamos al triunfo.

Viene al caso decirlo porque es la verdad, ese desinterés y esa abnegación al llegar a la victoria pasaron a un segundo término. Ya fuimos otros, triunfantes. Se fue retirando la camaradería fraternal poco a poco, sensiblemente. Nos fuimos alejando unos de otros en virtud de que ya no estábamos en el campo luchando codo con codo, con penurias y necesidades. Conquistamos la capital de la república por el esfuerzo colectivo del pueblo levantado en armas, por la fuerza imponente de la opinión. La ciudad se entregaba vencida; el enemigo había huido o se había dispersado. La Ciudadela y los federales ya no disparaban; habíamos triunfado y teníamos un botín rico, exuberante, sabroso y agradable: armas y municiones; numerosos voluntarios —de los mismos vencidos— para aumentar nuestras filas; dinero, mujeres, uniformes nuevos, casas y automóviles.

La gran ciudad se nos entregaba y caíamos en sus brazos sedientos de placer; sus brazos y sus piernas eran tentáculos que nos cogieron, nos exprimieron y nos dejaron libres, con un cerebro semilavado, a bordo de sendos automóviles.

He pensado que fue el automóvil, el vehículo primero que nos dieron a cada jefe para su uso personal, el que materialmente nos hizo alejarnos a unos de otros. Compañeros seguíamos siéndolo, pero ya no con aquella fraternidad que antes existió.

Tuvimos cada uno un automóvil del botín del enemigo y a ellos montamos con nuestros subalternos de confianza. Los automóviles nos distanciaron materialmente por los caminos y, afectivamente por las estimaciones. Nos alejaron y ya no tuvimos la camaradería del vivac ni el compañerismo de antes.

El automóvil fue el primer causante de la desunión, como la desgracia y el sufrimiento habían sido el motivo de la unión y la fraternidad entre los que luchaban.

El origen de este libro es el cuartelazo del mes de febrero de 1913. La Ciudadela fue el albergue de los rebeldes y allí, en su seno, se fraguó el crimen; la confabulación de atacantes y atacados que unidos dieron al traste con un gobierno absolutamente legal y asesinaron a los mandatarios. La Ciudadela fue el cerebro del mal y el cobijo material de los maleantes. Tenebrosa encrucijada de la ciudad de México.

Fue construida en la época colonial en despoblado. Una manzana rectangular con gruesos muros de piedras y dentro de ellos habitaciones, grandes almacenes para armas y municiones, amplios patios y un foso circundante hicieron de la edificación una verdadera fortaleza.

Dentro de la Ciudadela estuvo prisionero los últimos días de su vida nuestro gran Morelos; de allí salió conducido hasta San Cristóbal Ecatepec, donde fue fusilado el día 22 de diciembre de 1815.

La Ciudadela desempeñó importante papel en las innúmeras revoluciones a raíz de la Independencia. Quien se apropiaba de ella podía considerarse como dueño de la capital.

Siendo uno de los puestos militares más importantes, allí se originaron no pocos cuartelazos y en ocasiones, se adhirieron a los rebeldes las fuerzas de la guarnición.

Uno de los más destacados movimientos fue el del 4 de agosto de 1847 (en plena invasión norteamericana), durante la administración del presidente Mariano Paredes y Arrillaga. Se pronunciaron los generales Mariano

Salas y Juan Morales, aprehendieron al presidente y lo depusieron para hacer que, otra vez de tantas, volviera al poder el nefasto Santa Anna.

A raíz del golpe de estado de Comonfort, de acuerdo con Zuluaga, éste se pronunció en la Ciudadela el 11 de enero de 1858, declarando que el mismo Zuluaga se encargaría de la presidencia en tanto que una Junta de Representantes de la Nación nombraba presidente interino. Ese mismo día, y a consecuencia de este pronunciamiento, Comonfort puso en libertad a Juárez, a quien tenía preso, y éste desde luego huyó a Querétaro, donde estableció su legítimo gobierno.

El día 1º de octubre de 1871 los generales Cosío, Pontones, Carrillo, Toledo y Negrete se pronunciaron contra el gobierno de Juárez. El movimiento fue sofocado, a costa de mucha sangre, por el general Sóstenes Rocha.

Dos horas de lucha bastaron al general Rocha para tomar la Ciudadela. Comenzó el combate a las diez de la noche y prometía ser dura la pelea contra los amotinados resguardados dentro de los muros de la fortaleza, pero aprovechando Rocha una imprudente salida de los envalentonados, cayó sobre ellos a la bayoneta, con ímpetu, haciéndolos retroceder y penetrando tras de ellos al recinto. Allí, en las tinieblas, se combatió con inaudita rudeza. Corrió la sangre en abundancia; se consumó la victoria para los del gobierno, que defendía el general Rocha, quien cegado por el triunfo efectuó innumerables fusilamientos de los pronunciados.

El último pronunciamiento ocurrido en la Ciudadela fue en el mes de febrero de 1913, y a eso se refiere este libro.

La Ciudadela ya no es un reducto; tampoco lo era cuando la Decena Trágica. Sus muros de un solo piso —común y corriente— siguen siendo fuertes. No tiene fosos ni puentes; no está en despoblado con campos de tiro y la dominan casi todas las construcciones que se levantan en su derredor. Las armas modernas y la aviación la abatirían en un momento. Ya no espanta a nadie, es sólo un símbolo maligno. Es un fantasma que languidece, que ya murió; un cadáver que debiéramos sepultar demoliéndolo. Nada agradable recuerda. ¿Qué objeto tiene conservarlo?

Allí no ha habido nada bueno ni grato que recordar; antes bien, verla es pensar en pasadas felonías, sangrientas luchas, asesinatos, fusilamientos. Siempre fue el reducto de la traición y de la inconformidad con lo que era justo. Es lo que fue y significó La Bastilla en París.

Siempre estuvo del lado malo de las cosas; nunca del lado legal. Ha sido siniestra.

Hecho este exordio, el lector puede, si lo desea, empezar la lectura del libro.

*Francisco L. Urquiza*

---

*La Ciudadela quedó atrás,*  
con un tiraje de 1 000 ejemplares,  
se terminó de imprimir en el mes de  
noviembre de 2009, en los talleres  
de Gráfica Creatividad y Diseño  
S.A. de C.V. Plutarco Elías Calles  
1321. Col. Miravalle. Del. Benito  
Juárez. C.P. 03580. México, D.F.

✱

En su composición se utilizó la tipo-  
grafía Espinosa Nova, diseñada por  
Cristóbal Henestrosa y que rescata  
el trabajo tipográfico del impresor  
novohispano Antonio de Espinosa.  
El cuidado de la edición estuvo a  
cargo de la Dirección General de  
Publicaciones del Consejo Nacional  
para la Cultura y las Artes.

---





## Otros títulos de la colección



*Nuestra lengua y otros cuatro papeles*  
Alfonso Reyes

*Los piratas del boulevard*  
Heriberto Frías

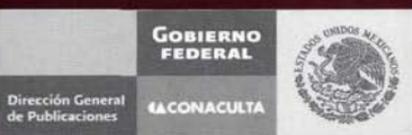
*Nueva oración sobre la dignidad del hombre*  
Belisario Domínguez

*Novedad de la patria*  
Ramón López Velarde

Francisco L. Urquizo

# La Ciudadela quedó atrás

¿Cómo sería México si Victoriano Huerta hubiera fracasado en el golpe de Estado que comenzó el 9 de febrero de 1913? La Historia nos habría ahorrado, cuando menos, el horror del millón de muertos de la Revolución mexicana. Escrita por Francisco L. Urquizo (1891-1969) a los 74 años, *La Ciudadela quedó atrás* rescata con inusual lucidez, neutralidad y rigor, los hechos de la Decena Trágica, observados de primerísima mano por el autor en su juventud. Clásico del tono menor, memoriosa epopeya íntima de unos días que habría sido mejor que no hubieran pasado, *La Ciudadela quedó atrás* es el nervioso testimonio de un joven soldado que medio siglo después del asesinato del presidente Madero sigue sin poder creer lo que vio y escuchó. La hora más trágica de un país es también, en muchas ocasiones, la que produce su mejor literatura.



ISBN: 978-607-455-296-6



9 786074 552966